

Dr. Kenneth McAll

LA CURACION ESOTERICA

METODO CURATIVO
INVESTIGANDO

EL ARBOL GENEALOGICO



LA TABLA DE ESMERALDA

Esta apasionante y original obra del Dr. Kenneth McAll explica cómo, a través de sus experiencias médicas, ha descubierto un asombroso y nuevo método curativo.

Muchos pacientes supuestamente "incurables" están siendo víctimas en realidad de un control ancestral del que el autor intenta liberarlos trazando su Arbol Genealógico. Consigue así identificar al antepasado responsable de la dolencia. Actúa entonces para romper los lazos o ataduras que existen entre el antepasado y el paciente mediante una ceremonia religiosa que libera al antepasado y le permite reconciliarse con Dios.

Este libro viene a revolucionar el enfoque espiritual, médico y psiquiátrico dado a numerosas modalidades de enfermedades tanto físicas como mentales. Es indudable que suscitará gran controversia no sólo entre los profesionales de la Medicina, sino también entre los religiosos.

"El Dr. Kenneth McAll es un eminente cirujano y psiquiatra británico, especializado en el tema de la Satanología, es una figura de prestigio internacional que actúa como mediador entre la profesión médica, los psiquiatras y la iglesia en todo lo relacionado con el satanismo, la posesión demoníaca y los exorcismos".

Dr. BILLY GRAHAM

Tradido de
Vicente A. Serrano

LA TABLA DE ESMERALDA

KENNETH McALL

LA CURACION ESOTERICA

LA TABLA DE ESMERALDA

Título del original inglés: HEALING THE FAMILY TREE

Traducido por: A. LINARES

© 1982, Dr. Kenneth McAll

© De la traducción, Editorial EDAF, S.A.

© 1986; Editorial EDAF, S.A. Jorge Juan, 30. Madrid.

Para la edición en español por acuerdo con SHELDON PRESS. LONDON (Inglaterra).

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

ISBN: 84-7640-083-7 Depósito legal: M-21380-1986

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Artes Gráficas EMA, S. A. Miguel Yuste, 27. 28037 Madrid

INDICE

	<i>Págs.</i>
1. EL DESPERTAR	7
2. ROMPER LAS ATADURAS	12
3. LA CURACION A TRAVES DE CRISTO	32
4. LIBERTAD DE ELECCION	48
5. NIÑOS QUE SUFREN	63
6. EXPULSAR A LOS ESPIRITUS MALIGNOS	76
7. EL MUNDO DE LAS SOMBRAS	90
8. "AL SEÑOR EN ORACION"	111
9. APENDICE: TRES ORACIONES	123
10. NOTAS	129

LA CURACION ESOTERICA

Nacido en China en 1910, el Dr. Kenneth McAll se graduó en Medicina por la Universidad de Edimburgo (Escocia). Luego volvió a China como misionero y cirujano y, durante la II Guerra Mundial, permaneció cuatro años en un campo de concentración japonés junto con su esposa e hijo. Sus experiencias en China suscitaron en él un gran interés acerca del tema de los poderes de la "posesión", y desde entonces ha consagrado su vida a la curación de enfermedades psiquiátricas a través de la guía e iluminación divinas. Al regresar a Inglaterra dedicó diez años a la-práctica de la Medicina General y, durante dieciocho, ha trabajado como psiquiatra-asesor. Es Miembro Asociado del Roy al College of Psychiatrists, y ha escrito diversos libros y artículos acerca de las enfermedades menta/es y los poderes curativos de la Eucaristía.

1. EL DESPERTAR

Nada más salir del protegido ambiente de la Facultad de Medicina de la Universidad de Edimburgo, me disponía a iniciar una carrera profesional perfectamente planificada y predecible con la que me proponía sanar y curar los males tanto físicos como espirituales del mundo.

Por haber nacido y haberme criado en el seno de una familia de misioneros Congregacionales, me pareció perfectamente lógico empezar en China, a pesar de que el país se encontraba, en esos momentos, devastado por los estragos de la guerra chino-japonesa.

El territorio en el que ejercí primero la práctica de la medicina, con unos diez millones de pacientes en potencia, abarcaba una amplia área, buena parte de la cual se encontraba infectada por fanáticos grupos guerrilleros. Muchas veces me vi arrestado por simples sospechas y retenido para ser interrogado, y en una ocasión incluso fui juzgado, acusado de espía y condenado a muerte por una especie de consejo de guerra. No obstante, un cirujano en un país arrasado por la guerra es algo sumamente valioso, por lo que fui absuelto y se me permitió seguir en mi trabajo. Cuatro años después estalló la Segunda Guerra Mundial y quedé atrapado.

Una tarde, a la puesta de sol, me encontraba recorriendo una polvorienta carretera que atravesaba los desiertos campos de una zona bélica del Norte de China, pues transportaba suministros médicos a un hospital situado en un pueblo cercano. Aquella era una más de mis "excursiones" habituales, en las que con frecuencia tenía que caminar tres días seguidos, durmiendo sólo unas pocas horas y siempre bajo la amenaza constante de ser asaltado por bandidos o detenido para ser interrogado. De repente, me sorprendió la aparición de un hombre vestido

totalmente de blanco, que surgió inesperadamente detrás de mí. Señalando un pequeño pueblecito que se encontraba al final de un camino en ángulo recto con la carretera en la que nos encontrábamos, me dijo que allí había muchos heridos que necesitaban mi ayuda. Al principio, pensé que se trataba simplemente de un labrador que volvía a casa tarde y que se había equivocado, pero su insistencia me convenció de que debía cambiar la dirección que llevaba y acompañarle a su pueblo. Se abrieron las puertas del mismo y me vi empujado dentro, pero el hombre desapareció de repente. Los aldeanos me explicaron que acababa de escapar milagrosamente de una emboscada de los japoneses, ya que el hospital al que me dirigía estaba ahora en su poder. Se mostraron muy interesados por mi cambio de dirección y por cómo había llegado a saber que entre ellos había heridos, insistiendo en que ninguno de los habitantes de la aldea había salido de sus muros a lo largo de dicho día.

Recordé entonces que aquel extraño, totalmente vestido de blanco, se había dirigido a mí en inglés, cuando yo era el único extranjero en kilómetros y kilómetros a la redonda. Entonces supe que quien se me había aparecido era el mismísimo Jesucristo. Se esfumó la burlona tolerancia con que hasta entonces había contemplado la creencia implícita de los chinos en espíritus y aparecidos. Comprendí también que el mundo espiritual contiene influencias tanto positivas como negativas y me di cuenta de que mi oración diaria pidiendo protección había sido escuchada y recibido una respuesta espectacular. Supe que, por dramáticas y difíciles que sean las circunstancias que rodean a una persona, si ha consagrado su vida a Cristo estará siempre a salvo.

La guerra hizo que tanto yo como mi mujer, que también es médico, pasáramos cuatro largos años en un campo de concentración japonés, junto con otros mil doscientos prisioneros apiñados en el edificio de una fábrica, protegidos del frío del

invierno únicamente por papeles de periódico en las ventanas. Al principio, cada prisionero hacía la guerra por su cuenta, guardando celosamente sus propias pertenencias y con temor a que su vecino pudiera robárselas. Luego, y en secreto, unos pocos comenzamos a reunirnos todas las mañanas para orar, pidiendo ayuda a Dios para el campo de concentración en su conjunto y para las necesidades especiales de cada individuo. Según se nos fueron uniendo más y más prisiones, fue cambiando la atmósfera que reinaba en el campo. Hicimos un fondo común con nuestros recursos, compartimos nuestros conocimientos, realizamos obras de teatro y conciertos, nos ayudamos mutuamente y dejamos de pelear por la comida y la ropa. Aquello representaba la diferencia entre el simple hecho de existir y el vivir y, por primera vez en mi vida, fui plenamente consciente del poder curativo de la oración en ausencia de medicinas.

Con el tiempo mi esposa y yo volvimos a nuestro hogar en Inglaterra, totalmente famélicos y agotados tanto física como mentalmente. Afortunadamente, formamos un armonioso equipo de trabajo practicando ambos la medicina y, durante los siete años siguientes, intentamos volver a llevar una vida normal. Pero yo, me sentía confuso y perturbado. No podía dejar sin más a un lado las muchas cosas inexplicables que había visto, oído y vivido en China. Me sentí sobre todo atormentado por el recuerdo de un "loco maligno" o *feng kwei*, que se había visto "curado" de su locura gracias a la intervención de una mujer normal, la cual se había limitado a orar. Aquel hombre era realmente un loco peligroso. En Occidente se habría dado por sentado que su locura había sido causada por las presiones intolerables de la sociedad moderna, pero en aquella remota aldea de las llanuras septentrionales de China la gente sabía que algo maligno se había adueñado de él y que no había más remedio que expulsarlo por el medio que fuera.

Después de que hubieran fallado los sedantes a base de hierbas y la magia blanca de los hechiceros, los medios elegidos fueron tan bárbaros y crueles como el diagnóstico, se encadenó a la víctima a un muro para ser lapidada. El hecho de que no muriera rápidamente se interpretó como una indicación de que podía curarse, por lo que se recurrió a un tipo especial de ayuda, no a la de un misionero o médico, sino a una de las numerosas mujeres chinas que no conocen la Biblia pero que han consagrado sus vidas a difundir las ideas prácticas del cristianismo, sin por ello dejar de creer en sus supersticiones acerca de los espíritus benignos y malignos. En esta ocasión se eligió a una valerosa mujercita que se dirigió a aquella especie de guiñapo sanguinolento en que se había convertido el pobre loco y comenzó a rezar, pronunciando una sencilla oración exorcizadora en nombre de Jesucristo. El hombre cayó inconscientemente sobre sus cadenas. Aquellos rudos y primitivos aldeanos lo interpretaron como una señal de que se había visto liberado de su "locura maligna" y le lavaron, le dieron de comer y le cuidaron hasta que volvió a estar en condiciones de ocupar su puesto entre ellos. Y la curación se hizo realidad.

En aquel tiempo, me mostré más bien escéptico. Lo descarté todo como un estallido de violencia colectiva y afirmé desdeñosamente que, aunque no las comprendía bien, sabía que esa clase de prácticas no podían dar nunca resultado en una sociedad civilizada. Pero más tarde, en el tranquilo y seguro pueblecito inglés en el que vivía, me di cuenta de que esas personas con la mente enferma a las que los chinos denominan "locos malignos" se pueden encontrar en todos los países del mundo, así como que yo era capaz de ayudarlas, aun sin saber muy bien cómo. ¿Era posible que el mismo tipo de exorcismo que había devuelto la cordura a aquel loco chino pudiera servir también para otras personas?, o ¿posiblemente no había sido más que el simple poder de sugestión lo que había

propiciado su recuperación? mientras me esforzaba inútilmente por combatir las dolencias psicosomáticas de mis pacientes me encontraba una y otra vez con la influencia evidente y frecuentemente desastrosa de la mente y el espíritu sobre el cuerpo.

Finalmente, cedí. En 1956 decidí que debía investigar las enfermedades psiquiátricas y descubrir por mí mismo si los métodos normalmente aceptados de tratamiento eran o no la mejor forma de prestar ayuda a los pacientes. Volví a la Universidad, me especialicé en psiquiatría y viví en diversos hospitales para enfermos mentales, aprendiendo todo lo que pude acerca de las personas mentalmente perturbadas y en ocasiones violentas, condenadas a pasar el resto de sus días en esa clase de lugares, como una raza aparte, arrastrando una existencia sin esperanza. Tenía que haber una forma de llegar a ellos, de sacarlos del laberinto en que les había encerrado su propia locura. Y yo tenía que encontrarla. Mi meta ha sido siempre la misma: ayudar a las personas a ponerse en contacto con Dios y aprender a vivir siguiendo sus designios y dejándose llevar por su guía.

2. ROMPER LAS ATADURAS

Cuando los pacientes llegan hasta mí, con frecuencia tras haber soportado años y años de tratamiento médico y psiquiátrico sin resultado alguno, pueden encontrarse en un estado mental muy poco receptivo, mostrándose escasamente dispuestos a cooperar y reacios a confiar en otro médico más. Lo primero es averiguar su historial médico, comprobar los diagnósticos anteriores y confirmar que se han llevado a cabo todas las pruebas o "test médicos" necesarios; no se debe dar nada por sentado. Una vez creado ese sentimiento de confianza mutua, los pacientes se muestran por lo general capaces de descargarse de los "secretos" que han constituido la fuente de su enfermedad.

Numerosos problemas emocionales tienen sus raíces en un desequilibrio puramente bioquímico que exige medicación y que, una vez identificado, puede solucionarse fácilmente, aunque 10 siempre resulta fácil de descubrir. Pero numerosas heridas o lesiones emocionales de carácter profundo exigen una terapia diferente y el amor y el apoyo de una comunidad cristiana. No podemos ignorar o desdeñar cualquier medio por el que se pueda lograr la plena curación de un individuo.

Un número cada vez mayor de pacientes, que me fueron enviados, reconocieron haber sufrido la presencia de "espíritus" ó la intrusión de "voces" de otro mundo, visibles y audibles sólo para ellos, y que la psiquiatría rechazaba como muestras de locura. Esto me recordó las tradicionales supersticiones chinas acerca de los espíritus malignos y benignos con las que tantas veces me había tropezado durante mi estancia en Extremo Oriente. Poco a poco me fui dando cuenta de que los espíritus y las voces eran reales y que también existía una diferencia entre ellos. Algunos parecían ser malignos y se producían muchas veces como resultado

de prácticas ocultistas, mientras que otros parecían ser voces neutrales e inofensivas que pedían ayuda. Algunas veces el paciente podía identificar las voces como pertenecientes a algún pariente muerto recientemente, pero con frecuencia no existía la menor conexión entre dicho espíritu y la mente del paciente.

¿Quiénes eran esos espíritus que parecían moverse libremente y actuar por cuenta propia? ¿Cómo y por qué podían mantener a seres vivos bajo esa servidumbre? Mediante un análisis atento y con frecuencia penoso de los historiales de mis pacientes, escuchándoles cuando por fin empezaban a confiar en mí, y consiguiendo que confiaran en Dios sostenidos por la firme creencia de que Este estaba siempre dispuesto a escucharlos amorosamente y perdonarlos, lográbamos encontrar juntos la respuesta.

Una relación entre dos personas, iniciada feliz y voluntariamente por ambas partes, puede llegar a un punto en que una de ellas se vuelve totalmente pasiva y dependiente de la otra. Con frecuencia, la parte pasiva no es ni tan siquiera consciente de esa pérdida de su propia identidad y con el tiempo llega a ser incapaz de escapar al control de la otra. A ese estado se le ha denominado "síndrome de posesión".

Muchos pacientes que han acudido a mí a lo largo de los últimos treinta años han padecido esta enfermedad mental, lo que quiere decir que buena parte de sus vidas la han pasado más o menos bajo la influencia de otra persona que podía estar viva o muerta, ser o no conocida por el paciente.

En 1960, el doctor P.M. Yap, especialista en psiquiatría del gobierno de Hong Kong, describió el síndrome de posesión en un artículo publicado en la revista *"Journal of Mental Science"*.¹ El tratamiento que recomendó era el de la terapia a base de electroconvulsiones (TEC), pero no se molestó en registrarlo o dejar

constancia de las mejoras o avances de sus pacientes. En aquella época la TEC se practicaba sin anestesia, y la sensación de liberación experimentada por el paciente se debía, probablemente, no sólo a ese estado parecido a la amnesia producida por el "shock" eléctrico, sino también a una situación de "stress" extremo, interpretándose los resultados alcanzados como una curación aunque en realidad no lo fueran. Sin embargo, y recientemente, los psiquiatras han descubierto que resulta mucho más positivo romper la relación existente entre controlador y controlado, volviéndose éste último plenamente consciente de su situación y mostrándose dispuesto a cooperar para salir de ella. Si esta ruptura se logra transfiriendo el control mediante oraciones a Dios se consigue una aceptación del poder controlador de Aquél y el don de la liberación.

Es importante formular un diagnóstico diferencial en cada uno de los casos y clasificar el síndrome de posesión bajo una o más categorías previamente definidas.

La relación de servidumbre entre un ser vivo y otro es la más evidente y la más fácil de diagnosticar. La relación de servidumbre de un ser vivo con otro muerto, (pudiendo tratarse de un antepasado, de una persona sin ninguna relación con el individuo sometido a dicho control, de un niño nacido muerto o del resultado de un aborto, así como de personas que vivieron en otros tiempos en un determinado lugar ocupado ahora por el individuo afectado) puede plantear considerables dificultades para su diagnóstico. Pero el mal más difícil de descubrir y combatir quizá sea el derivado de la existencia de una relación de servidumbre entre un ser vivo y un control oculto.

La liberación no constituye en absoluto una especie de píldora milagrosa que basta tragar para lograr una curación instantánea. Se trata más bien de un tratamiento

largo y en ocasiones penoso, que se debe seguir con plena consciencia y confianza hasta alcanzar la curación, aunque con frecuencia el momento final de la liberación puede producirse de manera repentina y espectacular. En primer lugar, hace falta cortar la atadura con el controlador, sea ésta persona viva o muerta, luego perdonarle de todo corazón y finalmente transferir el control a Jesucristo, realizando al mismo tiempo cualquier cambio necesario en el entorno para apoyar y favorecer estas medidas.

La ruptura del cordón umbilical que une a su madre a un hombre muy pegado a las faldas de la misma puede resultar traumática para ambas partes, sobre todo cuando dicho cordón es tan fuerte que puede impedir al hijo un desarrollo psicológico independiente. Ruth, madre viuda de algo más de sesenta años, se venía quejando durante años y años de una supuesta "enfermedad cardíaca". Había consultado con numerosos especialistas, ninguno de los cuales había encontrado el menor rastro de enfermedad real, y en consecuencia, no se le había prescrito tratamiento alguno. Para aliviar sus síntomas había recorrido en vano hospital tras hospital.

El primer día que vino a verme escuché la historia de Ruth durante varias horas y el segundo le dediqué más tiempo todavía. Hablaba de forma incesante y nerviosa acerca de su hijo, sin responder nunca directamente a ninguna de mis preguntas. Finalmente empecé a impacientarme y le dije: "Me parece que debe de haber equivocado en la relación que mantiene con su hijo". La mujer se mostró muy afectada, experimentó un violento ataque de ira y me gritó: " ¡Qué idea tan repugnante! ". Luego se marchó dando un portazo. Poco tiempo después telefoneó desde una cabina cercana para darme cuenta de las grandes quejas que tenía contra mí. Creí que había perdido cualquier posibilidad de ayudarla.

Dos días después, Ruth volvió a presentarse en mi consulta. No la reconocí de inmediato. Mostraba un aspecto limpio y aseado, con el pelo cuidadosamente peinado y luciendo una tranquila sonrisa. Me preguntó si podía contarme ahora la historia que explicaba todo su comportamiento anterior. Me mostró una carta que acababa de recibir de su hijo, Rufus, sobre el que tanto me había hablado. Pero lo que no había mencionado en ningún momento es que se trataba de un esquizofrénico, confinado en un hospital para enfermos mentales situado a muchos kilómetros de distancia.

Luego me contó que, tras salir de aquella manera de mi casa el jueves por la mañana, y después de telefonarme, había vagado de un sitio para otro durante mucho tiempo. Finalmente, y tras llegar a lo alto de una colina, sintiéndose sin aliento, había entrado en una iglesia para descansar. Al sentarse en un banco, escuchó una voz que le decía claramente: "¡No has cortado jamás el cordón umbilical que te une a tu hijo menor!".

"Pensé que era usted doctor", me dijo, "que me había seguido hasta la iglesia". Airadamente había mirado en torno suyo, incluso debajo del altar y no encontró a nadie. Luego volvió a escuchar la voz y, esta vez, se dio cuenta de que era Dios quien debía de estar habiéndole. Cayó de rodillas y respondió humildemente: "Si eso es verdad, Señor, lo cortaré ahora". Entonces se apoderó de ella una extraña sensación como si realmente hubiese cogido unas tijeras y cortado el cordón umbilical. Se convirtió de inmediato en una mujer completamente distinta.

Rufus, el menor de sus cinco hijos, de veinticinco años, sólo tenía ocho cuando su padre murió de repente. Desde ese momento, Ruth le había programado y organizado la vida entera decidiendo incluso su profesión y eligiendo la mujer con

la que había de casarse. Su esposa en aquellos momentos se encontraba en un sanatorio, aquejada de tuberculosis.

La tarde de aquel mismo jueves, Rufus había experimentado una liberación súbita e inesperada, y escribió inmediatamente a su madre, explicándole que había sentido "que otra vez era él mismo" y que había pedido permiso al hospital para pasar el siguiente fin de semana con su hermano. Rufus estaba totalmente curado. Su esposa se sintió también desacostumbradamente bien ese mismo día y, tras varias pruebas que arrojaron resultados negativos, el sanatorio antituberculoso le dio el alta. Poco tiempo después recogió a su hijo del orfanato donde estaba siendo atendido. Veinte años más tarde, Rufus y su mujer se encuentran perfectamente bien y Ruth no ha vuelto a experimentar la "dolencia cardíaca" de la que tanto se quejaba.

Los lazos y ataduras en el seno de una familia pueden saltar incluso por encima de una generación. Carol, de dieciocho años de edad, trabajaba como dependiente en una tienda. Empezó a experimentar ataques extraños y sin previo aviso que no parecían responder a ninguna pauta o ritmo determinado, produciéndose algunas veces varias veces al día, y otras a intervalos de una semana. Durante esos ataques, que podían durar hasta media hora, permanecía en una postura perfectamente quieta, sin responder a nadie y al parecer sin darse cuenta en absoluto de lo que ocurría a su alrededor. El tratamiento psiquiátrico no había conseguido mejora alguna y tampoco aliviar la gravedad e intensidad de los ataques.

Entonces se le pidió a la madre de Carol que llevase un diario detallado acerca de la joven y de él se dedujo un factor común a todos los ataques; inmediatamente antes de cada ataque, Carol había estado siempre en contacto con su abuela

materna, o bien por teléfono o carta o bien mediante una visita. Esta señora en cuestión, dotada de gran temperamento y carácter, y que vivía a cierta distancia, seguía tratando a Carol como su nieta favorita, y las dos estaban permanentemente en contacto.

Pedí a los abuelos que vinieran a verme y, aunque de mala gana, lo hicieron. La madre de Carol se encontraba presente, pero la propia Carol permaneció todo el tiempo en otra habitación. Cuando introduje el auténtico tema de la reunión, la abuela se mostró sumamente irritada, se puso de pie y empezó a insultarme en voz alta mientras que la madre de Carol gritaba histéricamente. No obstante, el abuelo, que había permanecido todo el tiempo sentado y en silencio, comenzó a hacer gestos de asentimiento con la cabeza y a repetir una y otra vez: "tiene razón, doctor, yo siempre dije que llegaríamos a esto".

En ese momento mi esposa entró en la habitación, alarmada por el ruido, y sugirió que debíamos rezar todos juntos. Yo me limité a pedirle a Dios que cortase la atadura negativa que existía entre Carol y su abuela. Después, la abuela dijo: "Bien, no tendré nada más que ver con Carol y dejaré de intentar influenciarla, ya que parece que lo único que estoy haciendo es entrometiéndome en su vida". Carol no volvió a sufrir ningún otro ataque. Cambió de forma de vida, estudió para enfermera y actualmente trabaja en un hospital.

Ruth cortó la atadura destructiva que le unía con su hijo Rufus a solas con Dios; en el caso de Carol y su abuela se alcanzó el mismo resultado orando en grupo, también se pueden romper las ataduras mediante oraciones por delegación, incluso sin el conocimiento de las personas afectadas.

Dos de los hijos de Miriam habían muerto a consecuencia de su negligencia. Después de esto, parecía incapaz de romper el ciclo de mala suerte, o males

continuos en su vida. Afirmaba ser capaz de predecir las fechas en que iban a morir los miembros de su familia, consiguiendo atemorizarlos a todos. Lanzó maldiciones contra diversas personas, algunas de las cuales mostraron signos de un odio irracional y de una ira exagerada, produciéndose así la desintegración de dos familias. Su nieta, Mavis, empezó a experimentar ataques de epilepsia que se fueron haciendo cada vez más intensos poco antes de que Miriam muriese, lanzando maldiciones hasta el momento de expirar.

Mavis realizó considerables esfuerzos por superar su dolencia y se hizo cristiana, pero esto sólo pareció agravar la situación. Cuando alguien intentaba rezar con ella, adoptaba la postura fetal y empezaba a blasfemar, quejándose al mismo tiempo de que podía oír voces discutiendo. Más tarde, sin que Mavis lo supiera, un grupo de personas oró por ella para romper el lazo y conseguir el perdón para su abuela Miriam. Los ataques de epilepsia cesaron, la vida de Mavis volvió a ser normal y descubrió que podía orar en paz.

Cliff, maestro de escuela de treinta y pocos años, era homosexual. Vivía muy apegado a su madre y temía cualquier relación no sólo con mujeres, sino también con los capellanes, negándose a asistir a las reuniones que se celebraban en la escuela por las mañanas. Tras someterse a tratamiento con diversos medicamentos y a numerosas sesiones con varios psiquiatras, ninguno de los cuales le ayudó a superar su problema, contacté con la madre de Cliff y le pedí que me informara acerca de la vida anterior de su hijo.

Era una buena mujer, que se mostraba sumamente activa en su iglesia, y que antes de casarse había sido enfermera. Y no sin considerables esfuerzos, consiguió contarme algo acerca de su vida y de su embarazo. Durante éste

trabajaba en un gran hospital. En diversas ocasiones, mientras hacía el turno de noche, había mantenido relaciones sexuales con uno de los pacientes, que era capellán del ejército. Al parecer, el comportamiento de la madre había provocado una reacción inexplicable en el niño todavía nonato, influyendo en toda su vida y en su forma de pensar tanto con respecto a las mujeres como a los capellanes. Puedo afirmar que cuando la madre efectuó su confesión con auténtico arrepentimiento y dolor de corazón, plenamente compartido con el hijo al que había hecho tanto daño incluso antes de nacer, éste la perdonó al igual que Jesucristo había estado esperando para perdonarla, sintiéndose inmediatamente liberado. El perdón absoluto y sin condiciones otorgado por la persona querida a la que le había causado tanto mal consiguió romper de una vez por todas aquel nocivo lazo creado por el miedo, la ira y la aversión. Actualmente, Cliff está felizmente casado y lleva una vida satisfactoria y normal.

Si el lazo es con una persona ya fallecida y a la que no conocemos, la primera dificultad que se plantea es identificar la fuerza controladora. La forma más eficaz de averiguarlo consiste en trazar un Árbol Genealógico e intentar averiguar si ha habido problemas o excesos relacionados con la conducta o comportamiento o si en él se encuentra alguna persona o suceso del que convendría confesarse a Jesucristo y obtener su perdón. Esto no siempre resulta fácil; pero, con paciencia y oraciones se puede lograr en mayor o menor medida. Dado que se está haciendo en nombre de Jesucristo, aún en el segundo de los casos resultará muchas veces suficiente para conseguir pruebas que permitan identificar al "espíritu controlador" en cuestión.

Con la elaboración de un Árbol Genealógico se pretende alcanzar los objetivos. En primer lugar, averiguar si alguno de nuestros antepasados dio muestras de ese mismo comportamiento o conducta inaceptable; en segundo lugar, averiguar qué

voz, qué espíritu es el que nos está hablando a través de la persona que busca nuestra ayuda; es decir, el paciente. En el primero de estos dos casos, un comportamiento similar puede expresarse en forma de sentimientos, aversiones, acciones e incluso en forma de determinadas enfermedades físicas similares. También pueden manifestarse en forma de distintos tipos de fobias.

Molly, una mujer de treinta años de edad, sana, inteligente y perfectamente integrada en su entorno, llegó a contraer lo que ella misma describía como "una fobia nueva y ridícula": Un temor paralizante a viajar a cualquier lugar que se encontrara próximo al agua, incluso a pequeñas distancias. El verano anterior sus dos hijos habían sufrido un remojón cuando, encontrándose en una barca en un lago muy tranquilo, ésta se había volcado. Ningún tratamiento psiquiátrico había conseguido combatir esa fobia, por lo que terminó acudiendo a mí. No tuvimos que remontarnos demasiado en su Árbol Genealógico para descubrir que uno de sus tíos se había ahogado durante el naufragio del Titanic. Por lo que su familia sabía, nadie le había consagrado al Señor, por lo que decidimos celebrar una Eucaristía en su honor. La celebración de la Eucaristía, en la que nuestro Señor se encuentra siempre presente, constituyó el acto fundamental del proceso de consagración y curación. Molly tomó parte en la ceremonia e inmediatamente después se sintió completamente liberada de su fobia. Aunque el problema se resolvió de esta manera tan sencilla, a partir de entonces Molly decidió aceptar un mayor grado de disciplina intelectual en su vida.

En cierta ocasión me pidió ayuda un norteamericano que se encontraba sumamente perplejo y preocupado. Apenas sabía nada de su Árbol Genealógico salvo que procedía de los primeros colonos calvinistas instalados en lo que actualmente es Estados Unidos, tras haber llegado allí desde Inglaterra. En la Eucaristía que celebramos por cualquiera de sus antepasados que necesitara de oraciones, fuimos conscientes de la presencia

de una joven de rostro triste, que permanecía de pie con la cabeza inclinada justo delante del altar. Junto a ella se encontraba una mujer mayor, a la que un hombre situado detrás de ella estaba intentando poner de rodillas. El hombre era alto, tenía una espesa barba oscura y mostraba una expresión cruel en la cara, así como rudos modales. Llevaba una chaqueta oscura con un gran cuello blanco, calzones, medias blancas y un alto sombrero negro que mantenía firmemente sobre la cabeza. En ningún momento se arrodilló. Todo esto coincidía con las duras e implacables tradiciones de los calvinistas, que intentaron afirmar su identidad en el "Nuevo Mundo" obligando a los demás a aceptar y adoptar sus principios y convicciones tan rígidamente mantenidos.

Lo único que mi paciente norteamericano pudo hacer fue contemplar impotente cómo aquel hombre obligaba a la muchacha de aspecto triste a salir de la iglesia, pero también vio como ésta era seguida por un ángel, probablemente para consolarla. Tuvimos la intuición de que, a pesar de los años transcurridos desde su fallecimiento, nosotros éramos los primeros en darnos cuenta de que necesitaba que se orase por ella. Debido a ello y a la actitud del calvinista, repetimos la Eucaristía para implorar el perdón del Señor; entonces vimos al hombre arrodillarse ante el altar tras haberse quitado el sombrero. Y descubrimos que había otros miembros de la familia que habían muerto en circunstancias poco cristianas y a los que nunca se había hecho mención en el hogar de mi paciente. Entonces celebramos otra Eucaristía consagrándoselos específicamente al Señor. La visión que entonces tuvimos fue la de aquel mismo hombre, luciendo ahora las vestiduras propias de los sacerdotes y sosteniendo una corona con ambas manos. Estaba a punto de aproximarse al altar cuando aparecieron ángeles que le guiaron y le condujeron hacia una luz brillante. Finalmente mi paciente norteamericano y sus antepasados quedaron en paz.

La víctima de un control ancestral puede sentirse dominada por una fuerza imposible de describir, salvo en términos tales como "un olor espantoso", "un peso o carga sobre la espalda", "una nube oscura", "una voz que me dirige". Durante esos períodos, las palabras que pronuncia no son las suyas propias y sus acciones no son producto de su propia voluntad.

Margaret tenía setenta y tres años cuando comenzaron de repente sus "ataques". Se trataba de estallidos violentos de irritación sorda, de agresiones no provocadas hacia su hermana menor, con la que vivía, llegando incluso a romper objetos sin que la propia Margaret fuera consciente de lo que estaba haciendo, y sin que este tipo de comportamiento fuese en absoluto característico de ella. Su madre, que había muerto cuatro años antes, a los noventa y seis años de edad, se había comportado siempre de manera similar. Después de cada uno de sus "ataques", Margaret se sentía obligada a disculparse y experimentaba auténtico remordimiento, pero era incapaz de ofrecer cualquier explicación. Cuando su hermana Nellie pidió mi ayuda decidimos que, a la siguiente crisis, ordenaría a Satanás que abandonase el cuerpo de su hermana Margaret en nombre de Jesucristo. No obstante, cuando intentó hacerlo, Margaret la abofeteó fuertemente en la cara, al tiempo que gritaba "¡es la tía abuela Agnes!, ¡es la tía abuela Agnes!".

Trazamos por tanto su Árbol Genealógico con el mayor detalle que pudimos, y de él surgió una extraña pauta. Durante las seis últimas generaciones, el miembro femenino de mayor edad de la familia había mostrado signos de un comportamiento perturbado. Esta tendencia había comenzado hacia 1750, coincidiendo con un crimen cometido en el seno de la familia. La hija mayor Elizabeth, se había vuelto alcohólica y había destruido buena parte de las propiedades familiares antes de morir completamente alcoholizada a los cuarenta años de edad. A partir de entonces, todas, las hijas mayores de la familia habían experimentado violentos

ataques de ira ante la menor provocación, hasta llegar a Margaret, mi paciente, nacida en 1904.

La sobrina de Margaret, Rhonda, hija mayor de su hermana menor, había nacido en 1941 y tenía por tanto treinta y dos años de edad. Se había sometido a tratamiento psiquiátrico durante varios meses antes de que se me planteara el caso de Margaret. Rhonda sólo había accedido a someterse á tratamiento después de que, al volver una tarde a casa, su marido hubiese encontrado los muebles estropeados, las ventanas rotas y una situación general de caos, amenazándola con marcharse de casa y pedir el divorcio, llevándose a sus hijos consigo. Entonces se dio cuenta de que necesitaba ayuda y accedió a ver a un psiquiatra. Rhonda y su marido tenían tres hijos, todos varones, por lo que quizá la transmisión familiar de este perturbador rasgo en las hijas mayores se había visto interrumpido para siempre.

No obstante decidimos celebrar una Eucaristía por Rhonda y las hijas mayores de las seis generaciones anteriores. Junto a dos clérigos, un médico y dos enfermeras, Nelly y yo mismo ayudamos a la ceremonia en honor de los antepasados familiares que al parecer habían contribuido a perpetuar esa cadena de violentos ataques de ira. Aunque se celebró en privado, sin el conocimiento de mi paciente Margaret ni de su sobrina Rhonda, ninguna de las dos mujeres experimentó nuevos ataques. El comportamiento de Rhonda volvió a ser completamente normal y su marido dejó de amenazarla con pedir el divorcio. Su matrimonio pudo seguir con normalidad. Margaret volvió a ser la cariñosa hermana mayor y terminaron por fin los problemas de Nellie.

La ruptura de la atadura y la transferencia del control a Jesucristo pueden producirse de manera simultánea y afectar tanto a cristianos como a no cristianos. Esther, una viuda de setenta años, tenía un hijo esquizofrénico, Samuel, ingresado en un hospital para enfermos mentales en el otro extremo del mundo, le

preocupaba mucho tanto su bienestar como su futuro. Partiendo de síntomas confusos e incompletos, llegué a la conclusión de que su enfermedad no se debía a ninguna anomalía médica sino en gran medida a la duradera influencia ejercida por su madre sobre él. Sugerí entonces que deberíamos remitir este problema a Jesucristo, recurriendo para ello a la oración, y que Esther debería permitirle tomar el control tanto de su hijo como de sí misma. Dado que Esther era judía no le resultaba fácil asimilar esta idea, y pidió tiempo para reflexionar sobre ella. De hecho se le estaba pidiendo que renunciara a su fe y se hiciera cristiana. Se marchó y se perdió en la noche, con signos de gran preocupación. De repente, en mitad de la oscuridad vio delante de ella un gran crucifijo resplandeciente, podía tratarse simplemente de un producto de su propia imaginación, debido a que, tras nuestra discusión no había dejado de pensar en el tema. Pero lo que no podía haberse imaginado era la voz de Jesucristo que escuchó. Jesús le dijo claramente que debería confiarle a su hijo Samuel y también consagrarse ella misma a Él. Desde ese instante aceptó a Jesucristo en su corazón y se sintió capaz de liberar a su hijo y confiárselo a Él. En el otro extremo del planeta, y sin conocer para nada la conversión de su madre, Samuel empezó a recuperarse de su esquizofrenia. Su madre, Esther, actualmente se considera como una "judía cristianizada".

El padre de una mujer llamada Norma, y que era eclesiástico me planteó en cierta ocasión un caso de pauta repetida de comportamiento. Norma se veía aquejada de un deseo compulsivo e inexplicable, verdaderamente atroz: el de sacarles los ojos a sus propios hijos, algo más acorde con prácticas propias del siglo XVI que con una conducta moderna. Hablamos de sus antepasados; y, cuando trazamos su Árbol Genealógico, descubrimos que varias generaciones antes, el lugar de residencia de la familia había sido un castillo, con foso, mazmorras, etc. La familia del eclesiástico no había estado nunca en él. Decidimos por tanto ir al castillo. Y, en unas mazmorras, descubrimos una cámara de torturas

en al que, entre otras cosas, encontramos instrumentos que parecían haberse utilizado para un acto tan atroz como el que tanto obsesionaba a Norma. Entonces me atreví a sugerir que, al tratarse de un eclesiástico, su padre debía consultar con el obispo. Así lo hizo y, de mutuo acuerdo, decidieron celebrar al cabo de cinco días una ceremonia de Eucaristía. Con gran asombro, el eclesiástico se enteró de que su hija se había visto liberada de su obsesión el mismo día en que se tomó la decisión. Norma no tenía ni la menor idea de cuáles eran sus intenciones; el hospital para enfermos mentales en una de cuyas celdas acolchadas se hallaba internada se encontraba a muchos kilómetros de distancia, por lo que resultaba evidente que no podíamos haber recabado su consentimiento. Posteriormente descubrimos que una tía que también se encontraba ingresada en otro hospital para enfermos mentales, y de la que yo no sabía nada, se sintió curada aproximadamente en el mismo momento. La simple decisión de celebrar la Eucaristía tuvo efectos mucho mayores de los que habíamos esperado. A pesar de ello, celebramos dicha Eucaristía cinco días después, pero transformándola en una ceremonia de acción de gracias.

Una patología física similar o unos síntomas similares de enfermedad parecen señalar la existencia de un antepasado que necesita la Eucaristía. Un profesional de sesenta y cinco años de edad empezó a experimentar ataques periódicos de asma para los que los médicos no podían encontrar explicación alguna. Averigüé que su padre se había ahogado muchos años antes, en plena borrachera, y se le había enterrado anónimamente sin la presencia de la familia ni ninguna otra persona. La explicación de que los ataques de asma eran una especie de representación de la sórdida muerte de su padre irritó considerablemente al hombre en cuestión. No obstante, tres meses más tarde, después que sus ataques se hubieran hecho progresivamente más graves e intensos accedió a asistir a una ceremonia de Eucaristía en honor a su padre.

La celebramos y se sintió inmediatamente curado.

Cierto día vino a verme un joven maestro de escuela gravemente preocupado por una pesadilla con la que soñaba con frecuencia. Siempre se veía al borde de "un negro abismo que parecía ser la eternidad" y se sentía incapaz de moverse. Las pesadillas habían empezado cuando, en un intento de superar su problema de alcoholismo había pensado seriamente en la idea de la Religión en lugar de hacer caso omiso de ella. Finalmente averiguamos, que durante la guerra, y cuando sólo tenía dos años, su padre había muerto en la cubierta de un submarino en el momento de la inmersión. Dado que mi paciente era católico, le sugerí que pidiese a un sacerdote que dijera una misa de réquiem (Eucaristía de la resurrección) para su padre, quien evidentemente no había sido debidamente consagrado a Dios en el momento de su muerte. El hombre se mostró de acuerdo y "aquel abismo negro de la eternidad" no volvió a presentársele nunca. Sólo tomó en serio las voces que escuchan mis pacientes cuando no respondan a un tratamiento o medicación convencional.

Gil sacaba buenas notas en el colegio y era un magnífico atleta. A los catorce años, el día que murió su padre, se encerró en una habitación y se echó a llorar. Siguió abrumado por el dolor y se volvió tan hosco y poco comunicativo que con el tiempo terminó ingresando en un hospital para enfermos mentales esquizofrénico atípico, dedicándose la mayor parte del tiempo a imitar la voz y las formas de comportamiento de su padre y hablando con él.

Después de que hubiese permanecido doce años en el hospital sin experimentar mejoría alguna, su madre recurrió a nosotros en busca de ayuda. Como no deseaba interferirme en su tratamiento, preferí no ver personalmente a Gil. Su madre me contó que la familia (incluido el padre antes de morir) no tenía ideas ni creencias religiosas, y dijo no recordar apenas nada acerca de la ceremonia de

enterramiento. Simplemente se limitó a comentarme: "era un hombre terrible. Gracias a Dios que nos libramos de él. Fue todo tan repentino y horrible que lo único que quería era acabar con todo aquello lo antes posible. Creo que lo que hizo fue una cremación, pero acabó en muy pocos minutos y no tengo ni idea de las palabras que se pronunciaron durante la ceremonia".

Accedió a asistir a una nueva ceremonia en honor en su difunto marido y, un sábado por la tarde, junto con un sacerdote anglicano y un ministro metodista, celebramos una sencilla ceremonia en una capilla sin que ocurriera nada espectacular. Al día siguiente, domingo, a Gil se le permitió ir a su casa a comer con su familia. Su hermano mayor y su hermana observaron un cambio, pero Gil insistió en esperar que volviera su madre para explicar lo que había ocurrido.

Al parecer, la tarde anterior, se encontraba como casi siempre en la biblioteca del hospital llorando y llamando a su padre. De repente, se le ocurrió que era muy egoísta por su parte pedirle a su padre un imposible retorno a la vida, pensamiento que no se le había ocurrido nunca antes. Entonces, y a pesar de no creer en Dios, se encontró rezándole y pidiéndole que cuidara de su padre. Gil añadió sonriendo: "Desde ese momento me he sentido estupendamente". Averiguamos que ese acontecimiento había tenido lugar aproximadamente en el mismo momento en que estábamos celebrando la ceremonia en honor de su padre. Desde entonces Gil ha seguido estando perfectamente normal y bien y nunca ha vuelto a "hablar" con su padre.

Se formara con quien se formara y por duradero que fuese, una vez cortado el lazo, el vacío creado por la anterior posesión debe transferirse a Jesucristo para permitirle que se haga con el control absoluto de la situación. El paciente es muchas veces consciente de ello y la transferencia se realiza de una forma simple y directa. A Cristo se le ha confiado la misión de cuidar del espíritu controlador y a Él debe concedérsele el pleno cuidado de una vida que ya ha dejado de estar

controlada. El lazo o atadura puede ser tan fuerte que continúe aún después de la muerte, especialmente cuando se mantiene con un ser querido. No es infrecuente que un marido o una esposa sufran por la muerte de su cónyuge hasta el punto de fallecer ellos mismos prematuramente, casi como si lo hubieran deseado. Durante el primer año de viudedad las viudas padecen una tasa de enfermedades graves y fallecimientos diez veces superior a la normal. No hay nada maligno en ello, pero ese dolor y aflicción podrían soportarse mucho más fácilmente a través de Jesucristo.

Los lazos o ataduras entre personas sin relación consanguínea también pueden durar más allá de la muerte. Cuando la relación ha sido de carácter íntimo, el miembro que permanece con vida puede buscar la continuación del dominio sobre él por parte del ya fallecido. Esa clase de lazo o atadura debe cortarse sin contemplaciones pues resulta totalmente destructivo. Cuando la trajeron a mí, Georgina tenía veintitrés años. Había estudiado para llegar a ser maestra de escuela, pero nunca había podido terminar sus estudios. Desde el punto de vista médico era considerada una esquizofrénica, habiéndosele atribuido numerosas etiquetas o denominaciones psiquiátricas. Ni los medicamentos terapéuticos, ni la terapia a base de electroconvulsiones ni dieciséis psiquiatras diferentes habían logrado curarla de manera permanente, Georgina me dijo que su auténtico problema radicaba en los "apagones". Se producían sin aviso ni advertencia previa y duraban de tres a catorce días. Durante esos períodos se comportaba de manera extravagante y luego no recordaba absolutamente nada de lo que había hecho. En cierta ocasión, cuando se le confió un dinero de la escuela para llevarlo al banco, se encontró a sí misma en medio de la calle, cargada de regalos inútiles que no recordaba haber comprado en absoluto.

Cuando estaba a punto de marcharse después de nuestra primera entrevista, me dijo de repente: "Por alguna razón me siento incapaz de mentirle". Entonces me

contó que durante años había mantenido una relación lésbica con una enfermera ya fallecida. Durante días o semanas enteras soñaba despierta que seguía en contacto con su amiga muerta y que mantenían conversaciones. Durante esos períodos permanecía echada en la cama olvidándose totalmente de todo lo que ocurría a su alrededor. Georgina y yo acudimos a un sacerdote que, tras arrodillarse ante el altar, cortó sin más la atadura, limitándose a ordenar al espíritu poseedor que "en nombre de Jesucristo" se marchara "al lugar que le correspondía".

En ese momento, Georgina lanzó un grito y luego todo quedó en paz. Más adelante nos confesó que había tenido todo el tiempo la sensación de tener un agujero en la cabeza y que ahora se sentía totalmente limpia y en paz consigo misma. Desaparecieron sus extraños "apagones" y decidió adoptar una nueva disciplina espiritual. En la actualidad está felizmente casada y me ha contado que sus experiencias han ayudado mucho a otras personas en situaciones similares.

La mayoría de los casos de ataduras entre dos seres vivos o entre un ser vivo y otro muerto no son tan espectaculares ni dramáticas como el de Georgina, consistiendo la mayoría de las veces en un lazo entre una hija y un padre al que ha idealizado y que pretende reencontrar en su marido, o entre un hombre y una madre posesiva que le ha tenido la mayor parte del tiempo debajo de sus faldas.

Harry se casó con la joven recepcionista del hotel de su madre, y los recién casados siguieron viviendo en el hotel. Su esposa contrajo una gran depresión que le impedía conciliar el sueño. Finalmente, gracias a una ceremonia de Eucaristía, se logró cortar el lazo de atadura entre Harry y su madre, y ésta accedió a que Harry y su mujer se trasladasen desde el hotel a una pequeña casita cercana. Cuando Harry se vio libre del control de su madre inició una nueva relación con su esposa y ésta a su vez se sintió libre de la depresión que la aquejaba. Los tres establecieron un lazo espiritual de carácter nuevo e irrompible.

La Eucaristía debe celebrarse en un estado de ánimo tranquilo y reverente. El paciente alcanza su curación encomendándose tranquilamente a Jesucristo y consiguiendo que Este le acepte amorosamente. La liberación puede producirse inmediatamente después de anunciar su intención de someter su caso a Dios. Otras veces la curación tiene lugar mientras se está celebrando la ceremonia, aunque sea a distancia. En ocasiones el proceso curativo comienza y demuestra finalmente su eficacia meses después de celebrar la ceremonia.

En todos los casos de atadura, los esfuerzos de la psiquiatría deberían utilizarse para lograr la integración de la personalidad, pero es fundamental haberlo en conjunción con la oración y la ceremonia de la Eucaristía, que tiene poder tanto para romper el lazo de carácter destructivo como para crear lazos vivificantes con Jesucristo.

3. LA CURACION A TRAVES DE CRISTO

Como preparación para una Eucaristía de Consagración, trazamos el Árbol Genealógico e identificamos aquellos por quienes oraremos. En el caso de niños que hayan nacido muertos o de abortos resulta conveniente darles un nombre (Isaías 49.1). Si el niño no tenía nombre, algunas veces el Señor le sugerirá uno, pudiendo elegirlo también la familia, de manera que la oración se convierta en algo mucho más específico y personal.

A continuación decidiremos quién queremos que esté presente. Algunas veces, durante la celebración de la ceremonia se encuentran presentes sólo unas pocas personas. Con frecuencia se celebra sin la presencia de aquellos por los que se ofrece o, de hecho, sin su consentimiento o sin que se conozca lo que se está haciendo en su nombre. Frecuentemente, su estado mental, la distancia geográfica a la que se encuentran o su desinterés hacia la Eucaristía les impide participar en ella. Pero, siempre que es posible, intentamos que las personas vivas que necesitan que oremos por ellas se encuentren presentes entre nosotros, de manera que puedan pedir instrucciones o directrices y, lo más importante, aprender lo que tienen que hacer para poder continuar orando ellas solas en futuras ceremonias de Eucaristía. Resulta conveniente que estén presentes y que sean capaces de aceptar el amor de Jesucristo tanto hacia ellas mismas como hacia sus antepasados. También invitamos a otros miembros de la familia o amigos dispuestos a orar, incluyendo a personas no cristianas pero de mentalidad suficientemente abierta como para experimentar el poder de Jesucristo. Cuanto más amor haya presente, más cerca estaremos de Jesús y más profunda será la curación.

Normalmente empezamos con una oración informal en voz alta, pidiéndole al

Padre que convoque a los muertos por los que estamos orando, y también porque durante la celebración de la ceremonia se produzca la curación que esperamos; también se pide porque tanto los muertos como sus descendientes vivos reciban el perdón y la plenitud de la vida; que Satanás les abandone y que el Espíritu Santo compense cualquier carencia que pueda haber en nuestras oraciones. Nos habremos preparado así para la ceremonia de la Eucaristía y estaremos listos para la Oración del Señor.

No soy teólogo. Soy un simple investigador, con una limitada comprensión de cómo funciona la capacidad curativa de Dios. Pero, observando y escuchando atentamente he llegado a la conclusión de que en la manifestación de dicha capacidad curativa pueden advertirse cuatro etapas o movimientos claramente diferenciados que corresponden a las distintas oraciones que pronunciamos.

1. Primera etapa

Mediante la frase "Y líbranos del mal", de la oración del Padre Nuestro con la que comenzamos la ceremonia le estamos pidiendo a Dios que libere tanto a los vivos como a los muertos de cualquier servidumbre que puedan mantener con el maligno. Esta oración de liberación pide que se nos proteja del mal y en nombre de Jesucristo que fije que la persona o personas en cuestión sean consagradas pacíficamente a Jesús. De hecho estamos pidiendo que, a través de su sangre representada por el vino de la comunión, Jesucristo depure las líneas sanguíneas de los vivos y los muertos de todo lo que bloquee o impida una vida sana, especialmente rompiendo cualquier maldición de carácter hereditario y expulsando a cualquier espíritu maligno. Al actuar así estamos simplemente obedeciendo las órdenes del Señor, no sólo en el sentido de curarnos sino también en el de expulsar al maligno (Marcos 16.17-18).

Dado que Satanás puede expresarse tanto atormentando a nuestros parientes muertos como con la violencia y los crímenes humanos, así como a través de trastornos emocionales y físicos es necesario alcanzar a través de la Eucaristía la desaparición de todas estas cadenas invisibles del mal en nosotros mismos y en los ya fallecidos. "No se puede beber al mismo tiempo del cáliz del Señor y del cáliz de los demonios; no se puede comer al mismo tiempo en la mesa del Señor y en la mesa de los demonios". (1 Cor.10.21). Y decidiéndonos por el cáliz del Señor rompemos los antiguos pactos con el maligno e iniciamos un nuevo pacto con Dios.

2. Segunda etapa

La segunda etapa del proceso de Curación se refiere a un aspecto esencial: el perdón. Mediante oraciones en las que se pide perdón y lecturas de las Escrituras, ofrecemos el amor y el perdón del Señor tanto para los vivos como para los muertos, contrarrestando así cualquier avance que pueda haber hecho Satanás. Si deseamos ayudarles mediante la ceremonia de la Eucaristía, debemos perdonar antes a los muertos. Si alguna persona no puede perdonar de hecho a algún pariente muerto, deberá preguntarse si desea realmente hacerlo, aún cuando no pueda sentir todavía ese deseo de perdonar en su corazón. A menos que desee sinceramente empezar a perdonar y a amar, deberá abandonar la ceremonia de la Eucaristía; pues, para que resulten eficaces, tanto el amor como la oración deben ser sinceros (Mateo 5.23-24).

Normalmente he descubierto que, cuando la ceremonia de la Eucaristía no funciona como estaba previsto, es porque la persona en cuestión no es sincera en su deseo de perdonar o amar. La profundidad e intensidad del sentimiento de perdón deben ser tan grandes como lo fueron cuando el Señor eligió morir por esa persona. "Esta es mi sangre, derramada para el perdón de los pecados" (Mateo

26.28).

La frase "te perdono" dicha a un muerto puede no ser sino palabras vacías que enmascaren la escasa disposición a perdonar, o al menos la incapacidad de estar a la altura del perdón total y absoluto de Jesucristo. En la parábola del hijo pródigo, Jesús demuestra en qué consiste el perdón total; en primer lugar, y al igual que el padre que espera continuamente la vuelta de su hijo, en lugar de negarla, debemos sentir en el fondo de nuestros corazones toda esa dolorosa destrucción que deseamos perdonar. Si no nos enfrentamos a ella, no podremos nunca perdonarla. En segundo lugar, tenemos que amar al responsable de esa destrucción, tal como dijo San Agustín: "odiar al pecado pero amar al pecador". Una vez que nos enfrentamos a la destrucción total, debemos decidir lo que queremos, así como si elegimos perdonar incondicionalmente aún cuando la otra persona no responda nunca a nuestro perdón ni experimente cambio alguno. El *perdón* se convierte así en *amor otorgado* antes de que la otra persona lo haya hecho, se lo haya ganado, aceptado o incluso comprendido. Es como el padre que sale corriendo a abrazar a su hijo pródigo incluso antes de saber que éste ha vuelto arrepentido de todo el mal y la destrucción que ha causado, cuando podría haberlo hecho simplemente para pedir más dinero. Ama a su hijo no porque éste se lo haya merecido o comprenda ese amor, sino simplemente porque necesita el amor del padre y no puede crecer sin él.

Jesucristo nos permite elegir entre el ser humano mayor que piensa sólo en su propio dolor o el padre que se centra en el dolor de su hijo y le abre los brazos en un gesto de bienvenida y perdón. El padre piensa no en el dolor y en la destrucción causados sino en el bien que puede hacerle a su hijo y cómo puede aproximarlos más a Dios.

El rito de la Eucaristía implica un doble perdón; a través de Jesucristo no sólo perdonamos a los muertos sino que también les pedimos que nos perdonen ellos a

nosotros. Pero ¿para qué necesitamos el perdón nosotros los vivos?. Pues para poder identificar el mal del que muchas veces no somos conscientes y que está dentro de nosotros mismos, y por tanto podemos confesarlo y ser perdonados por el Señor. Para ello deberíamos preguntarnos si hemos conseguido o no llevar una vida equilibrada y si no estaremos echando la culpa a fuerzas ajenas a nosotros de un comportamiento que podríamos haber cambiado nosotros mismos. Deberíamos preguntarnos también si creemos más en la capacidad de controlarnos del maligno que en el poder de Dios para liberarnos. ¿Qué es lo que expulsa a Dios de la vida de una persona? Puede ser el abuso de las drogas, la obsesión por el dinero y el sexo o las prácticas ocultistas. Resulta fácil engañarnos y tranquilizarnos por haber negado al Señor la posibilidad de penetrar en todas y cada una de las partes de nuestras vidas de manera que nuestra voluntad dependa totalmente de la de El. Debemos preguntarnos también si una parte de nosotros mismos no desea en alguna ocasión la muerte de un hijo nuestro o rechazar algún miembro del Arbol Genealógico, así como si realmente perdonamos a un pariente muerto por algo que nos hizo a nosotros o a alguno de nuestros seres queridos. No tiene ningún sentido decir: "podría perdonarle cualquier cosa, pero eso..." o: "le perdonaría si no hubiese hecho esa u otra cosa..."

Algunas veces sabemos hasta qué punto los muertos carecían de amor y necesitaban el perdón de Dios, ya que numerosos hábitos o costumbres pecaminosos se transmiten de generación en generación (tal como hemos visto en el Cap. 2). Podríamos orar por tanto para pedir que por intercesión del Señor, todos los antepasados que nos han transmitido la ira o el mal genio reciban nuestro perdón. Podemos pedirle al Señor que les ayude a aceptar el perdón por este mal (los ataques de ira o de mal genio) y también por cualquier otro mal que sólo El conozca (2 Cor. 5. 18-20).

Tom acudió a la celebración de la ceremonia de la Eucaristía con un secreto.

Durante toda su vida se había sentido muy avergonzado por el hecho de ser hijo ¡legítimo adoptado pocos días después de su nacimiento. En consecuencia, desconocía totalmente su Árbol Genealógico y no sabía cómo orar. En lugar de revelar sus dificultades durante la ceremonia, se limitaba a orar por "mamá" y "papá".

Durante el rito del perdón, Tom pudo ver a sus padres adoptivos en el lado izquierdo del altar, mientras que en el derecho pudo ver una pequeña cabaña de madera en la que se encontraban dos personas evidentemente muy pobres, y en las que creyó identificar a sus auténticos progenitores. Sabiendo que el Señor también se encontraba presente. Tom se limitó a preguntar: "¿qué es lo que debo hacer en esta situación?": Como respuesta Tom vio a María, la madre de Jesucristo que parecía estar dándole la bienvenida a niños situados en torno al altar, y que se acercaba hacia él. Esto le sorprendió mucho ya que la devoción a María no formaba parte de sus creencias religiosas. La Virgen le dijo que no se preocupara, ya que Ella sabía lo que había que hacer, y luego volvió al altar. Allí mismo, reunió a los padres reales y a los adoptivos, que se abrazaron amorosamente antes de que los ángeles los tomaran en sus brazos y los condujeran lentamente hacia una luz brillante e intensa.

Aunque no podemos estar seguros de cuáles eran sus sentimientos, es posible que los auténticos padres de Tom quisieran mantener el secreto tanto como él mismo, y necesitaran del amor y la comprensión de los padres adoptivos antes de poder sentirse en paz. Mientras los contemplaba, Tom vio como la confusión iba alejándose de su corazón y como éste iba llenándose de gratitud para esas cuatro personas que habían sido en gran medida responsables de haberle conducido a ese momento concreto de su vida. Había necesitado en todo momento reconciliarse con sus padres, que le habían convertido en ilegítimo. Ahora se sentía tan libre que no solamente les contó todo a su mujer y a sus hijos, sino que también

compartió su secreto con sus correligionarios. Muchos se sintieron tan conmovidos que a la tarde siguiente decidieron celebrar la Eucaristía llevando consigo sus respectivos Árboles Genealógicos, y logrando así la curación de numerosos males y angustias. "Perdonad y seréis perdonados".

3. Tercera etapa

La tercera etapa del proceso de curación resulta quizá la más difícil, pues en ella Jesucristo nos invita a ser testigos de su muerte y resurrección cuando convoca a los muertos. "Pues siempre que coméis este pan y bebéis este cáliz, anunciáis la muerte del Señor hasta que El venga" (1 Cor. 11-26). Durante esta parte de la ceremonia, las personas afectadas pueden colocar su Árbol Genealógico sobre el altar junto con los dones del pan y el vino que se ofrecen a Dios y se consagran. Oramos pidiendo que, mientras Jesucristo consagra el pan y el vino y se produce la Transustanciación, se produzca también en el seno de las familias por las que se está haciendo la ofrenda, tanto para los vivos como para los muertos todos los que estamos orando. Frecuentemente, mientras recibo la comunión, pronuncio el nombre de una persona muerta para indicar que la estoy haciendo en su nombre y que estoy pidiéndole a nuestro Señor que se aproxime a la persona a la que me estoy refiriendo.

En el momento de ofrecer los dones de comunión, algunas veces logramos ver la imagen de la persona a la que Dios está sanando. En cierta ocasión nos habíamos reunido siete personas para celebrar una ceremonia de Eucaristía en nombre de Dorothy, que llevaba seis años sufriendo de anorexia nerviosa. Sin que Dorothy lo supiera, nos planteamos orar por una hermana suya que no había llegado a nacer, pues su madre había abortado, así como por su padre y su abuelo, que se habían suicidado los dos. De repente me pareció que, sobre el gran muro de ladrillos rojos

situado detrás del altar se me aparecía una figura tallada en madera negra de nuestro Señor. Entonces dije: "Pensé que vos Señor estabais arriba, en el Cielo; ¿Cómo es que no estáis vivo? ". No hubo respuesta. Entonces escuché los pasos de alguien que recorría una nave de la Iglesia, y di por sentado que se trataba - de un turista. Sin ninguna ceremonia, esta persona en cuestión, una muchacha de veintitantos años, con largos cabellos rubios y un vestido que le llegaba hasta los tobillos, se introdujo en nuestro grupo, situándose a pocas pulgadas de la mesa donde se estaba celebrando la ceremonia de la comunión. Se dirigió hacia la cruz y el Señor descendió a ella y a abrazó. Permaneció así abrazada, llorando, durante todo el tiempo que duraron las oraciones de consagración del sacerdote, casi hasta el final de la comunión. Entonces desapareció la escena entera.

Tras la ceremonia, le pregunté al sacerdote que por qué había centrado tanto sus oraciones en los niños y omitido hacer mención a los dos suicidios. Respondió, que según iba avanzando la ceremonia, había ido sintiendo que tanto el padre como el abuelo habían recibido suficiente amor, de manera que había cambiado su enfoque y lo había centrado en el niño abortado. Entonces la madre de Dorothy nos interrumpió abruptamente: "Sí, por quien estaba orando era por ella. He visto una imagen del Señor y he escuchado que el nombre de ese ser que no llegó a nacer era June, luego supe que se trataba de una niña. Debería haber nacido en el mes de Junio". Entonces yo le hablé de la imagen que había visto de la muchacha que se acercaba hasta la cruz y la madre de Dorothy exclamó: "¡Claro!, se parece a mis otros hijos, rubia, ruidosa y algo torpe. Tuve el aborto hace exactamente veintiún años".

Aquella misma tarde se desplazó a la ciudad en la que Dorothy seguía enferma en su cama. Cuando la muchacha oyó lo que había ocurrido durante la ceremonia, dijo: "la conozco, me ha estado llamando por mi nombre, pidiéndome ayuda durante años, pero nunca me he atrevido a decírselo a nadie ya que me habrían

encerrado en un manicomio por escuchar voces extrañas". Dorothy y su madre ahora viven en paz. Una semana después, Dorothy que lleva ya una vida normal y que no padece anorexia, hizo un viaje en tren para poder darnos las gracias a todos nosotros.

Cada una de las siete personas presentes vivimos aquella ceremonia de Eucaristía de manera diferente. El sacerdote sintió una poderosa influencia, la madre de Dorothy oyó una voz y yo tuve una clara visión. Las otras cuatro personas se limitaron a prestarnos apoyo y a pedirle a Dios que actuara con Dorothy de la manera más amorosa posible. Lo que más importa durante una ceremonia de Eucaristía no es en qué consistirán nuestras propias experiencias, sentimientos, voces o visiones, sino más bien que nos concentremos en mostrar al Señor la persona muerta y permitirle sanar o curar a los vivos. La Eucaristía utiliza todos los medios tradicionales para expulsar al maligno: Las Escrituras, la oración en nombre de Jesucristo, la confesión de los pecados y la absolución, la profesión de fe, el Padre Nuestro, la unión en una oración de culto o alabanza, la comunión, el estrechamiento de manos y las bendiciones. Los espíritus malignos temen el inmenso poder benéfico que todo eso genera y también la forma en la que el espíritu de Dios puede cambiar los corazones de los hombres. El sacrificio de Jesucristo, que Este ofreció a Dios sin reservas para la redención del género humano, purifica la conciencia de los hombres, de manera que éstos son auténticamente capaces de servir a Dios.

Por ejemplo, cuando Tom vio a sus padres verdaderos y a los adoptivos abrazándose y abrazando a la Virgen María, conoció la profunda compasión de la Virgen hacia ellos y empezó a sentir amor, cuando hasta entonces sólo había sentido rechazo por su calidad de huérfano. En la Virgen María encontró una madre muy especial, cuyo amor era capaz de curar todas las heridas y dolores. Si Tom no hubiera visto nada, es dudoso que toda su persona hubiera podido llegar a

sentirse sanada. Muchas veces Jesucristo nos permite ver lo que sabe que necesitamos experimentar para que pueda producirse ese proceso de curación.

Todos salimos de la ceremonia en honor a Dorothy experimentando un profundo amor los unos hacia los otros y hacia la propia Dorothy (aún cuando en aquel momento ni tan siquiera sabíamos que se había visto sanada) así como hacia nuestro Señor. Esa abundancia de amor sólo podía haber procedido de Dios (Gal. 5.22).

Comprender que de Jesucristo emana amor tanto para los muertos como para los vivos, y sentir que se encuentra presente durante la celebración de nuestras ceremonias, puede ayudarnos a centrar nuestras oraciones, como es debido. Durante una ceremonia de Eucaristía que celebramos en Inglaterra, en nombre una señora norteamericana que tenía un hijo esquizofrénico internado en Estados Unidos, comprendí por fin el poder de la oración a distancia, cuando Dios llama a los muertos a su seno. En uno de los lados de la iglesia, observé la presencia de una pequeña figura oscura con hombros redondeados como los de un jorobado y, en un primer momento, pensé que se trataba de algún ayudante del sacerdote. Pero luego tuve una visión de nuestro Señor en el lado derecho del altar mirándonos y diciendo: "Al fin hay alguien haciendo algo por él". Cuando terminaron nuestras oraciones, el jorobado pareció flotar en dirección ascendente hasta unirse a todo un conjunto de figuras cubiertas por túnicas que estaban agrupadas alrededor del Señor y diciendo: "Cuidaremos de ti".

Luego, mientras tomábamos una taza de café, y yo estaba escribiendo mi visión, la norteamericana madre del hijo esquizofrénico golpeó la mesa con el puño: "Ese era mi padre", gritó como queriendo excusarse. "Recé por él". "Tenía un poco de joroba y se suicidó. Pero yo no quería decirlo". Cuatro días después, recibí una carta de su hijo desde Estados Unidos. Había desaparecido su esquizofrenia. Hoy en día, doce años después, no ha vuelto a atormentarle. Resulta pues

evidente que, incluso cuando el paciente no se encuentra presente y no sabe que se está orando por él, pueden ocurrir muchas cosas.

Judy era la hija favorita de su padre. Los dos tuvieron un grave accidente de tráfico en el extranjero cuando ella sólo tenía once años, sufriendo diversas fracturas y una intensa conmoción cerebral. Permaneció en estado de coma un mes entero. Inmediatamente después de recuperar el conocimiento, recibió la noticia de que su padre había fallecido en el accidente. Judy contrajo una grave depresión y luego se volvió esquizofrénica, diagnosticándosele finalmente una anorexia nerviosa. Cuando cumplió los dieciocho años, pesaba sólo algo más de treinta y cinco kilos.

Entre un 30 y un 50 por ciento de los pacientes con anorexia nerviosa fallece por dicha enfermedad si se les trata con los medios convencionales. Durante los últimos años se me han confiado sesenta y seis pacientes de anorexia nerviosa, de los cuales cincuenta y uno se encuentran perfectamente bien en la actualidad. En cinco casos se me quitó la custodia de los enfermos y diez casos todavía siguen sin resolver.

El historial médico de Judy demostraba que sus médicos estaban haciendo frente adecuadamente a los síntomas físicos de la enfermedad; pero, tras hacerle un análisis de sangre y preguntarle cómo se alimentaba y dormía, le receté grandes dosis de un complejo a base de vitaminas D para ayudar a mantener elevado su grado de concentración y atención.

Durante nuestras entrevistas, las respuestas de Judy a mis preguntas se vieron continuamente puntuadas por referencia a su padre muerto. En tres ocasiones me dijo, "quiero reunirme con papá", y entonces me enteré que, durante una de sus estancias en el hospital, había pensado incluso en el suicidio como forma de lograrlo. También me dio la impresión de que su dolencia se veía agravada por el hecho de que el cadáver de su padre había sido sacado de casa e incinerado a

toda prisa mientras su madre y el resto de la familia todavía se estaban recuperando del "shock" del accidente y soportando una situación de extrema tensión y la propia Judy se encontraba en estado de coma, entre la vida y la muerte.

Aunque exploramos atentamente su Árbol Genealógico, no nos ofreció solución alguna, pues no había ningún otro antepasado que pudiera estar necesitando que se orara por él. Todos los recursos mentales y toda la energía física de Judy estaban centrados en su padre. Cuando logró aceptar por fin la idea de que era éste el que necesitaba ser liberado mediante sus oraciones, pidió participar en una ceremonia de Eucaristía en su nombre celebrada por su sacerdote. Al día siguiente de la celebración de la ceremonia, la madre de Judy intentó convencerla de que tomara el desayuno, esperando encontrarse con su habitual negativa. La firme respuesta de ésta: "Deja de preocuparte por mí, tengo hambre", le causó una considerable sorpresa.

Judy volvió a sentir un apetito normal e introdujo cambios radicales en su vida. La disciplina espiritual se convirtió en parte de sus hábitos, reservándose momentos de tranquilidad para escuchar a Dios y para leer diariamente la Biblia, así como para participar regularmente de las ceremonias de Eucaristía celebradas en su iglesia. En la actualidad trabaja como enfermera y considera que su largo historial como enfermera le ha proporcionado una mayor comprensión y compasión hacia sus pacientes.

4. Cuarta etapa

En el momento de la bendición final tiene lugar la cuarta etapa del proceso de curación. Dejamos de centrarnos en las necesidades de los muertos y oramos

fundamentalmente por las de los vivos. Muchas veces los presentes se unen silenciosamente en esta oración poniendo las manos sobre las cabezas de los que más cuidados necesitan y el ministro o sacerdote puede hacer sobre su frente la señal de la Santa Cruz (algunas veces con óleos), invocando así la capacidad curativa de Jesucristo.

Una epiléptica de sólo diecinueve años que tenía todo el lado derecho de su cuerpo paralizado se sintió curada durante la fase de la bendición e imposición de manos tras la celebración de una ceremonia de Eucaristía en nombre de su abuelo muerto.

En su caso, la curación se produjo en forma de una sensación de liberación que comenzó en los hombros y se fue extendiendo poco a poco por todo su cuerpo. Al acabar la oración era ya capaz de moverse libremente. Nunca ha vuelto a tener un ataque de epilepsia. Imponiendo las manos sobre la persona enferma, nos convertimos en canales a través de los que Jesucristo y quizá los muertos pueden expresar su amor.

Esta expresión de amor continúa cada vez que se celebra una ceremonia de Eucaristía. Muchos santos, como Santa Isabel de Hungría, Santa Teresa de Jesús, Santo Tomás de Aquino y San Malaquías hablan del poder curativo ofrecido por los vivos a los muertos a través de la Eucaristía. San Bernardo relata así la siguiente experiencia de San Malaquías: "La hermana de San Malaquías era una mujer tan mundana que su hermano decidió no volver a verla mientras siguiera viva. Pero aunque no la vio en carne y hueso, sí la vio en espíritu. Tras la muerte de su hermana, cierta noche escuchó una voz que le decía que ésta se encontraba a su puerta quejándose de que no había comido nada durante treinta días. Cuando se despertó, el santo comprendió de inmediato a qué clase de alimento se estaba refiriendo; pues hacía exactamente treinta días que había celebrado en su honor el sacrificio del Pan Vivo (la Eucaristía de Resurrección). Entonces volvió a

concederle ese beneficio, que le había retirado. Muy pronto la vio acudir a la iglesia, pero sin poder entrar todavía en ella, ya que seguía vistiendo de negro. Continuó ofreciendo todos los días el Santo Sacrificio en su nombre, y pronto la vio por segunda vez, en esta ocasión con un atuendo de color más claro. Finalmente la vio por tercera vez, totalmente vestida de blanco, y rodeada de espíritus".

Como resultado de estas repetidas Eucaristías, tanto San Malaquías como su hermana muerta alcanzaron la curación. Dando muestras de gran dureza de corazón, había decidido no ver nunca a su hermana, y necesitaba por tanto reconciliarse con ella. Gracias a la Eucaristía empezó a amarla y perdonarla y compartir con ella el Pan Vivo, primero a intervalos de treinta días y finalmente a diario. Según se iba sanando, lo iba haciendo su hermana muerta. De esa manera llegó a apreciar profundamente el poder curativo de la Eucaristía celebrada con frecuencia en honor de los muertos y, cuando se le preguntó cómo quería que fuese su muerte, dijo que esperaba que ocurriera el Día de Todos los Santos (2 de noviembre) en el monasterio de San Bernardo, ya que ése era el día en el que todos los monjes celebraban una Eucaristía en honor de los muertos. De hecho, su deseo se vio cumplido y San Malaquías murió un 2 de noviembre en el monasterio de San Bernardo, camino de Roma.

Algunas veces hace falta repetir la Eucaristía varias veces antes de percibir sus propiedades curativas. Durante el verano de 1978 se me hizo evidente la importancia de esas repeticiones. Mientras estaba en Estados Unidos, un Obispo de la Iglesia Episcopal Norteamericana trajo consigo a uno de sus ministros para verme. Durante cuarenta años, aquel hombre había padecido tartamudez y dificultades en el habla, habiendo perdido numerosos ascensos y nombramientos como consecuencia de esa incapacidad. Ningún tratamiento médico le había servido de ayuda. También tenía dos marcas o señales rojas en la parte delantera del cuello que sangraban con frecuencia, y eccemas en la cara y en el abdomen.

Cuando empecé a investigar su Árbol Genealógico, descubrí que el hermano favorito del sacerdote se había suicidado y que entre sus antepasados inmediatos había habido también dos abortos voluntarios y otros dos involuntarios. Celebramos una ceremonia de Eucaristía en su honor y, cuando el hombre colocó su Árbol Genealógico sobre el altar en el momento del ofrecimiento, sentí al Señor y a los ángeles encima de nosotros. Delante de él se arrodillaron dos mujeres cubiertas por velos. Entonces pregunté: "Señor, ¿por qué no cuatro personas?". Me respondió: "Estas dos mujeres son los abortos". Entonces vi también dos ángeles que arrastraban a un hombre que hacía todo lo que podía, resistirse, obligándole a contemplar las ofrendas del pan y el vino. Al final de la ceremonia, me condujeron hacia la derecha, mientras que los ángeles, elevaban a las dos mujeres hasta llevarlas hacia una luz intensa y brillante a la izquierda donde había permanecido el Señor, y de esa brillante luz surgió una gran multitud de personas para darles la bienvenida. El Señor dijo: "Esta es su familia; los abortos involuntarios ya están allí".

Aquella misma tarde, hablé acerca de la ceremonia con la pariente del sacerdote que había sufrido los dos abortos involuntarios. "Ya sé porque están en el cielo" dijo, es porque siempre he rezado por ellos y los he amado".

Hubo que esperar a después de la séptima ceremonia de Eucaristía para que aquel hombre poco predispuesto a entregarse al Señor, y que se había suicidado, se viera finalmente conducido a la luz. Desde entonces, el sacerdote atormentado por la tartamudez y por los síntomas físicos del eccema y las hemorragias, se ha visto casi totalmente curado. Su mejoría ha permitido desarrollar plenamente su labor y, años después, durante la celebración de una ceremonia de Eucaristía por otros pacientes míos su habla había vuelto a ser casi normal.

Aunque, según mis experiencias, normalmente sólo hace falta una ceremonia de Eucaristía para liberar a un niño nacido muerto, para liberar a un adulto que

necesite más amor y perdón pueden hacer falta varias ceremonias. No creo que el Señor exija un número mágico de Eucaristías.¹ Depende de cuánto amor necesite la persona muerta y de cuánto amor sean capaz de proporcionarle las personas vivas. Cuanto más profunda sea la herida, más amor hará falta. Este se puede otorgar en una sola Eucaristía en la que se rece con profundo amor o en cien en las que se rece de manera más rutinaria. Es posible que, incluso después de que se haya visto liberado un niño nacido muerto o un adulto ya fallecido, nuevas ceremonias de Eucaristía pueden acercarle todavía más a Jesucristo. "En la casa de mi padre hay muchas moradas" (San Juan 14.2), quizá se abran para nosotros en proporción a la profundidad de nuestro conocimiento del amor de Jesucristo. Según nuestro amor vaya creciendo, iremos aproximándonos a la Eucaristía y preguntándole a Jesucristo: "¿Cómo deseas amar a través de mi hoy?". Con frecuencia no querrá que nos centremos en los muertos, sino que nos empujará a orar por alguien enfermo o abrumado a perdonar a un amigo poco posible, a pedir directrices sobre cómo aproximarnos a un vecino pobre o simplemente alabar y dar gracias al Padre por su generosidad. Al igual que hay distintas formas de amar y de recibir amor existen muchas maneras de orar o rezar durante la Eucaristía.

Mientras permaneció entre nosotros, Jesús no oró nunca de esta manera por las personas, ya que aún no se había producido su resurrección, pero prometió que "el que cree en mí... hará ñ obras que yo hago, y las hará aún mayores, porque yo voy al Padre" (San Juan 14.12). Cuando se produjo la ascensión de Jesucristo, se nos abrieron las puertas del cielo. El fue "los primeros frutos de los que se han quedado dormidos" (1 Cor. 15.20).

4. LIBERTAD DE ELECCION

La Santa Cena o primera ceremonia de la Eucaristía celebrada por Jesucristo no sirvió para sanar o librar de sus pecados a un Judas que ya había traicionado a su Señor o a un Pedro que habría de negarle poco después. La Eucaristía se limita a ofrecernos como ejemplo la vida de Jesús, y nosotros podemos elegir entre seguir su forma de vida o rechazarla. La lucha de Pedro por seguir la forma de vida de Jesucristo le enseñó la importancia de encontrarse entre amigos cristianos consagrados " en la unión fraterna, en la fracción del pan y en las oraciones" (Hechos 2.42). En numerosas ocasiones, mi casa se ha convertido en centro de refugio para personas atormentadas, permitiéndoles así vivir en el seno de una amorosa atmósfera cristiana que sirvió para acelerar y reforzar su curación. Como descubrió Joe, necesitamos a Jesucristo tanto en la Eucaristía como los unos en los otros.

Desde su infancia, Joe había sido miembro de una banda de ladrones y atracadores, habiendo llegado a convertirse en el conductor del coche con que realizaban sus fechorías. Por sus manos habían pasado propiedades robadas por valor de setecientas mil Libras Esterlinas, y ya había cumplido los 38 años cuando la policía le capturó finalmente por haber robado cuadros del estudio de un conocido artista. Permaneció en la cárcel tres años y, durante dicho período, el artista le visitó todas las semanas. Cuando le pusieron en libertad, el artista le estaba esperando a la puerta de la prisión para llevarle a su propia casa.

En ella, y por primera vez, Joe conoció la confianza y el amor.

Tras permanecer durante algún tiempo con el hombre al que había robado, Joe vino a vivir con mi familia. Continuamos cuidando de él y ayudándole a recuperarse tanto física como mental y espiritualmente mediante nuestra forma diaria de vida. El ejercicio regular de cuidar el jardín o cortar madera contribuyó a su mejoría física, mientras que la belleza y placidez del campo contribuyeron a que también se relajara mentalmente. Muchas personas esperan experimentar una curación física y mental sin tener que adoptar una forma equilibrada de vida en la que se combinen ejercicio, una dieta alimenticia sana, reposo y diversión.

Todas las mañanas, Joe y yo pasábamos un rato tranquilos y a solas con Dios pidiéndole sus directrices para el resto del día. Cuando Joe empezó a hacerlo, pasó por un difícil período durante el que recordó los diversos lugares en los que había ido escondiendo los productos de sus robos. Con la cooperación de la policía, devolvió algunos de los objetos robados a sus legítimos propietarios, pero muy pronto la policía empezó a sospechar de él y le sometió a vigilancia, creyéndole con frecuencia culpable cuando se cometía un nuevo robo. Joe tuvo que aceptar primero el perdón de Dios, luego perdonarse a sí mismo y a la policía, y también intentar ayudar a los que había perjudicado. He visto a otras personas en circunstancias similares seguir mentalmente enfermas por mostrarse incapaces de perdonarse a sí mismas o a los demás, algo que Joe aprendió a hacer gracias al apoyo y el amor de sus amigos.

Es importante ayudar a una persona como Joe a asumir la responsabilidad de sus propias acciones y a reparar el daño causado. En su libro *"Whatever Became of Sin?"* el doctor Karl Menninger afirma que ayuda mucho decir: "Soy un pecador, alguien responsable de mis malas acciones pero que, con la ayuda de Dios, es

capaz de cambiar". No obstante, una personalidad dependiente no reconocerá que tiene la capacidad de cambiar sino que continuará echándole la culpa de sus malas acciones a algún control externo, afirmando que "el demonio o un antepasado mío me obligan a hacerlo".

Permitir a una persona utilizar esto como excusa para evadir sus propias responsabilidades cuando tiene la libertad de cambiar sirve únicamente para reforzar el mal. Uno debería tener cuidado de no echarle la culpa a esos controles externos, sobre todo si la persona no consigue evolucionar ni sacar el máximo partido de la libertad que le queda. La actitud ideal es la de Molly, la señora que le tenía miedo al agua debido a que un tío suyo se había ahogado durante el naufragio del Titanic (véase Cap. 2). Con la ayuda de Dios consiguió librarse de aquella "fobia nueva y ridícula". No todos los pacientes tienen la sensación de poseer suficiente fortaleza y libre albedrío como para adoptar una decisión tan firme como la de Molly; pero, con algo de ayuda, la mayoría pueden llegar a reconocer y a utilizar la poca o mucha libertad que todavía les quede.

Verse libre del control del mundo de los espíritus se parece mucho a verse libre del control del alcohol. Algunas teorías actuales sugieren que el alcohólico carece de una enzima necesaria para transformar el alcohol en el organismo y que esa deficiencia puede tener un origen genético que se remonte a varias generaciones atrás. Desde el momento que el organismo deja de producir la enzima en cuestión, el alcohólico pierde su fuerza de voluntad básica para dejar de beber y es incapaz de hacerlo sin ayuda. De forma similar, los que están bajo el control del mundo de los espíritus padecen una enfermedad espiritual tan real y auténtica como el alcoholismo. Pueden tener un origen genético que se remonte a varias generaciones atrás e incluso modificar la composición física para provocar dolencias tanto físicas como emocionales. Con el tiempo el paciente deja de tener

libertad de elección y se ve arrastrado de la misma manera que un alcohólico. Apenas tiene sentido exigirle que muestre mayor fuerza de voluntad; lo que necesita es ayuda.

Muchas veces la recuperación de un alcohólico se produce únicamente tras seguir un programa como el ofrecido por organizaciones como "Alcohólicos Anónimos". Esta clase de programas ponen el acento no en la fuerza de voluntad únicamente, sino también en el poder superior de una comunidad amistosa y dispuesta a apoyar, que ayude al alcohólico a asumir la responsabilidad de usar su libertad para renunciar al alcohol para el resto de sus días. De la misma manera, la liberación del control por parte del mundo de los espíritus depende del poder superior de nuestro Señor y del apoyo de una comunidad cristiana que anime a una persona a utilizar y ampliar su cada vez mayor libertad. Al igual que, cuando se vuelve abstemio, un alcohólico experimenta una nueva libertad, una persona que padezca el control de los espíritus experimentará una notable libertad tras la celebración de la ceremonia de la Eucaristía o de otras oraciones con las que se pretenda su liberación. Pero, en ambos casos, la tentación de volver a los viejos hábitos en lugar de utilizar la libertad recién reconquistada seguirá siendo muy fuerte. Muchos llegarán a la conclusión errónea de que la única manera de seguir cambiando de hábitos es mediante el ejercicio de su propia fuerza de voluntad, sin ayuda de Dios ni de ninguna comunidad.

Para ayudar a los alcohólicos durante este período crítico, el programa de Alcohólicos Anónimos se centra en doce pasos, todos igualmente importantes para poder romper las ataduras que nos ligan con el mundo de los espíritus. Joe y otros muchos pacientes que han conseguido liberarse de esa dependencia del mundo de los espíritus han podido hacerlo porque han continuado aplicando estos doce pasos:

1. Hemos reconocido que carecemos de poder alguno sobre el alcohol y que nuestras vidas resultan imposibles de controlar.
2. Hemos llegado a creer que sólo un poder mayor que nosotros mismos puede devolvernos la cordura.
3. Hemos adoptado la decisión de poner nuestra voluntad y nuestras vidas al servicio de Dios tal como lo entendemos.
4. Hemos realizado un análisis moral exhaustivo y a fondo de nosotros mismos.
5. Hemos reconocido ante Dios, ante nosotros mismos y ante otros seres humanos la naturaleza concreta de nuestros males.
6. Estamos totalmente dispuestos a permitir a Dios que elimine todos estos defectos de carácter.
7. Le pedimos humildemente que elimine nuestros fallos o deficiencias.
8. Hemos hecho una lista de todas las personas a las que hemos causado daño, y estamos dispuestos a ofrecerle la reparación a todas.
9. Hemos ofrecido reparaciones directas a todas esas personas siempre que ha sido posible, salvo cuando actuando así se les podría perjudicar a ellas o a terceras personas.
10. Hemos seguido realizando ese inventario moral de carácter personal y, cuando hemos visto algo malo, nos hemos apresurado a reconocerlo.
11. Mediante la oración y la meditación hemos intentado mejorar nuestro contacto consciente con Dios tal como lo entendemos, rogándole no sólo

que nos dé a conocer lo que quiere de nosotros, sino que también nos proporcione la fortaleza necesaria para ponerlo en práctica.

12. Habiendo experimentado un despertar espiritual como consecuencia de la aplicación de estos pasos, hemos intentado transmitir este mensaje a los demás alcohólicos y aplicar estos principios en todos y cada uno de los aspectos de nuestras vidas.

Conviene señalar que este programa nos conduce a un último paso, el de un despertar espiritual tan fuerte que permite a un alcohólico ayudar a otro. De forma similar, según los pacientes se van viendo liberados del control que ejercen sobre ellos los espíritus, van descubriendo que su despertar espiritual les permite liberar a los demás mediante las oraciones y, sobre todo, a través de su participación en la ceremonia de la Eucaristía.

Algunas veces parece como si el Señor nos pidiera que hiciésemos llegar los beneficios de nuestras oraciones más allá de los miembros de nuestra propia familia y nuestros amigos. Manya comenzó la ceremonia de la Eucaristía orando por tres de sus parientes de origen polaco-judío. Se quedó asombrada al descubrir que éstos iban acompañados por cientos y cientos de desgreñados judíos-polacos, con las cabezas gachas, que parecían estar saliendo de campos de concentración y que se acercaban arrastrando los pies hacia el altar. Cuando Manya estaba a punto de recorrer la nave de la Iglesia, para recibir la Eucaristía, experimentó la sensación de que le resultaba imposible hacerlo debido a que todas las naves estaban repletas de refugiados. Mientras continuaba orando, Manya vio a Jesús de pie sobre el altar esperando para darles la bienvenida. Los judíos-polacos se aproximaron, le miraron y luego comenzaron a cantar y a bailar aleluyas mientras

que los ángeles les conducían hacia una luz brillante, situada detrás del altar.

Incluso después de finalizada la ceremonia, continuaron llegando más y más refugiados a las naves del templo. Manya y otras varias personas permanecieron en la iglesia orando por el pueblo judío, aunque ni tan siquiera se le había mencionado. Entonces vieron como, delante del altar, muchos judíos quedaban liberados. El marido de Manya, pastor protestante, compartió esa experiencia totalmente real y auténtica y se sintió tan afectado por ella que nada más volver a casa convocó a su parroquia y celebró una Eucaristía de Resurrección. Había contemplado como Jesús libera a los que acuden a Él y no sólo durante la propia Eucaristía sino también fuera de ella. Así pues, Jesús nos pide que continuemos amando a los muertos por los que hemos orado, tanto durante como después de la Eucaristía.

Evidentemente, deberíamos seguir orando por los vivos también. Algunas veces nuestras oraciones parecen quedar sin respuesta y los vivos no parecen beneficiarse de ellas. En esas ocasiones, me gustaría preguntarle a Dios: "¿por qué no estás ayudando a esa persona?". Se pueden identificar muchas razones por las que una persona no recibe los efectos beneficiosos de la oración: es posible que no se entregue totalmente a Jesucristo, que no esté dispuesto a perdonar o que no lleve una vida equilibrada. Por otro lado, conviene no olvidar que algunas personas que sí experimentan esos efectos beneficiosos no cumplen ninguna de esas condiciones. Muchas veces, la causa fundamental es la falta de amor y apoyo por parte de una comunidad cristiana, pero en otras ocasiones simplemente se debe a que no estamos escuchando con la suficiente atención el plan que Dios tiene reservado para nosotros, y que es único e intransferible. Aunque una persona puede no estar recibiendo ayuda de la forma que nosotros preveíamos, podemos estar seguros de que nuestras oraciones no se pierden nunca (Rom. 8.26).

Aunque no puedo estar seguro de lo que va a ocurrir, cuando rezo durante la ceremonia de la Eucaristía, sé que mi oración recibirá una respuesta amorosa. Creo incluso que cuando el Señor no está curando de la forma que yo creo es necesaria, está utilizando mi oración de manera diferente, quizá en favor de una persona a la que ni tan siquiera puedo llegar a ver o conocer. Puede estar sanando o curando a una persona que ha acudido a la Eucaristía para orar, al propio celebrante, o a alguno de los miembros más importantes de la jerarquía de la iglesia, como un obispo, o, como hemos descubierto durante la celebración de numerosas ceremonias, quizá pueda tratarse de un pariente olvidado que se ve repentina e inesperadamente curado o dado de alta en un hospital situado a mucha distancia o incluso en otro país. Cuando le pedimos que nos revele cuál va a ser su siguiente medida de carácter curativo, debemos estar en todo momento dispuestos a prestar oídos a las instrucciones de Dios.

Una mujer mayor, Josephine, padecía una enfermedad senil que le provocaba daños irreversibles en el cerebro. Celebramos una ceremonia de Eucaristía en su honor y nos sentimos decepcionados cuando vimos que no parecía producirse curación alguna. Pero, aún sin nuestro conocimiento, el Señor estaba dando el siguiente paso del proceso curativo a través del hermano de Josephine, que era sacerdote. Durante la celebración de la ceremonia de Eucaristía en honor de su hermana experimentó un profundo amor y una sensación de compasión que le aproximaron más no sólo a ella sino a todas las personas mentalmente perturbadas. Como consecuencia directa de ello, actualmente dedica un día a la semana a visitarles y a orar con ellos pidiendo su curación y, al mismo tiempo, el ejercicio de su ministerio cristiano se ha visto considerablemente enriquecido.

En cierta ocasión, mientras me encontraba en Nueva York, asistí a la

celebración de una ceremonia de Eucaristía junto a una mujer que afirmaba estar escuchando voces y practicar la escritura automática. Esperaba que, mientras orábamos, se sintiera liberada de ese control de los espíritus y, de hecho, durante la ceremonia de la Eucaristía cesaron las voces. Pero volvieron dos días más tarde. Finalmente, unos amigos la llevaron a ver a un obispo que, aunque no demasiado convencido, accedió a pronunciar una oración pidiendo su liberación. En ese mismo momento quedó total y permanentemente liberada de su posesión. Y, a través de su propia oración de liberación, el obispo descubrió de repente el poder del maligno y el mayor alcance y realidad del poder curativo de Jesucristo. Fuimos por tanto testigos de cómo el Señor ponía en marcha un doble plan, para la total curación de la mujer y para la revelación al obispo.

Una de las curaciones más espectaculares de toda mi carrera fue la alcanzada con Claudine. Tenía cincuenta años y había pasado doce bajo vigilancia constante en un hospital, pues padecía esquizofrenia crónica. Ni los tratamientos ni los medicamentos habían conseguido influir su temperamento violento, que además se veía agravado por espejismos o alucinaciones. Sus médicos consideraron que no había nada que perder, pues su estado no podía deteriorarse más, y se adoptó la decisión de operarla del cerebro en un hospital de Londres.

La operación fracasó. Claudine empeoró todavía más, perdiendo incluso la vista y el habla. Tras estos daños irreversibles y sin que se hubiera experimentado mejoría alguna en su estado esquizofrénico, se renunció a intentar curar a Claudina y se la dejó "vegetar" en un hospital para enfermos mentales. Adquirió una gran corpulencia, que unida a su calvicie (desde la operación no había vuelto a crecerle el pelo), la dotaba de un aspecto bastante repulsivo. Aproximadamente dieciocho meses después, su familia obtuvo de la institución en la que se encontraba internada permiso para que Claudine pasara con ellos un día y una noche.

La condujeron ante mí. No dio la menor señal de entender nada de lo que se le decía y, tras un rápido reconocimiento, confirmé que parecía no haber ninguna esperanza para ella y que no me sentía capaz de recomendar terapia alguna. Los daños eran de hecho irreversibles. Pero, en aquellos momentos, no comprendía todavía del todo la influencia del Árbol Genealógico ni me daba cuenta del poder curativo de la Eucaristía. Sin saber qué otra cosa decir o hacer, me limité a orar en voz alta, intentando convencerles de que escuchasen las direcciones o instrucciones del Señor y le pidieran perdón por la destrucción causada por los hombres a aquel ser humano. Entonces pronunciamos juntos el Padre Nuestro, con su invocación final "y líbranos del mal". Con nuestra oración, pretendíamos que, como mínimo, Claudine pudiese vivir en paz. Luego mi paciente y su familia volvieron a casa, donde ésta debería pasar la noche.

A la mañana siguiente, se despertaron todos cuando oyeron a Claudine gritar: " ¡Venid y miradme! ". Como no habían escuchado ni una sola palabra de labios de Claudine desde su desastrosa operación, los padres, asombrados, corrieron hasta su habitación. Claudine, estaba mirándose en el espejo y gritando: "¡mirad mi pelo! ". A lo largo de la noche le había crecido sobre la cabeza cinco milímetros de cabello. Podía hablar, podía ver, y era capaz de evolucionar y mejorar.

Durante ese mismo día, se volvió a llevar a Claudine a la institución para enfermos mentales en la que estaba internada. Los médicos atónitos por el cambio producido, la interrogaron durante horas y horas. Una y otra vez, ella se limitó a responder: "rezaron conmigo". Los médicos no lograron entender qué había ocurrido. Resultaba casi increíble que una paciente que había sufrido daños tan graves e irreversibles pudiera experimentar una recuperación tan súbita y completa, que incluso le permitió reiniciar una vida normal.

Cuando por primera vez me encontré con Claudine, intenté prestar oídos a Dios, pero no escuché ninguna voz ni reconocí ninguna directriz clara. Lo único que sentí fue compasión por Claudine e ira y resentimiento ante la ineptitud de los que casi la habían destruido. Cuando Jesús se vio ante un leproso, también sintió compasión por él (Marcos 1.41), y cuanto más podamos identificarnos con los sentimientos de Jesús ante una persona, más capaces seremos de cumplir su voluntad o de seguir sus directrices para la curación de la misma.

Mientras trazamos los Árboles Genealógicos para la celebración de la ceremonia de la Eucaristía, nuestro estado de ánimo debe ser en todo momento activo, mostrándonos dispuestos a prestar oídos al Señor de manera que podamos saber cuáles son los pasos que va a adoptar a continuación. (Gal. 2.20).

Mientras cursaba mis estudios universitarios, otro alumno intentó hacerme comprender el arte de escuchar. Era un pesado. Su insistencia en que debería saber escuchar la voz de Dios llegó a resultarme tan irritante que, finalmente, y para acabar de una vez por todas con el tema, accedí a permanecer sentado con él en mi habitación durante media hora y en silencio. Al final de ese tiempo, me preguntó en qué estaba pensando. "En nada" le dije. "¿Te habló Dios?", me preguntó lleno de esperanza. "Por supuesto que no", le contesté secamente. "Es imposible, no pensar en nada, dejar la mente totalmente en blanco", me respondió. "¿En qué estabas pensando?" entonces, le dije que me había limitado a leer los títulos de los libros que había en mi estantería.

"Eso es muy interesante" me contestó. "Léemelos a mí". Aburrido y deseando acabar con la sesión, leí los nombres de los lomos de algunos libros y luego lo dejé. "No has terminado", me instó mi amigo. Nombré unos cuantos títulos más. "Sigue, todavía quedan tres libros" se apresuró a decirme. Airadamente le contesté, "Ya los

he leído". "Pues, muy bien" entonces véndelos" me replicó. Finalmente le confesé que hacía bastante tiempo que había pedido prestados esos libros a un compañero de estudios y nunca se los había devuelto. Mi amigo me convenció para que corrigiese este estado de cosas, por lo que escribí una carta disculpándome, hice un paquete con los tres libros y, acompañado por él, lo llevé directamente a la oficina de correos. Curiosamente, me sentí tan libre como el aire, como si me hubiese librado de una carga que hubiera estado pesando sobre mí todo el tiempo.

En aquella época no estaba seguro de lo que estaba escuchando; pero, a lo largo de mi vida, Dios me ha hablado muchas veces, dirigiendo o encauzando mis pensamientos y acciones. "Cada mañana despierta mi oído, para que escuche como escucha un discípulo" (Isaías 50.4).

Una mañana, cuando me desperté, me encontré pensando en el entonces Primer Ministro, un hombre al que no había visto nunca. Tuve una imagen muy intensa acerca de una decisión personal que debía adoptar y sentí un fuerte impulso de enviarle una advertencia acerca de las acciones que pretendía poner en marcha. Aunque parecía muy presuntuoso por mi parte, le escribí una carta explicándole la situación. Semanas después me llegó una respuesta en la que me daba las gracias por mi intervención, que le había servido para no dar un paso equivocado e irreversible.

En cierta ocasión, a primeras horas de la mañana, cuando me encontraba sumergido en esas ensoñaciones propias del estado de semivigilia, tuve la imagen de una amiga llamada Mabel a la que no había visto durante los últimos ocho años. En mi ensoñación la vi gritando desde una ventana situada en el tercer piso de un extraño edificio de ladrillo. Entonces aquello no significó nada para mí, pero anoté el nombre de Mabel en un trozo de papel y me olvidé del asunto.

Aquella misma tarde, mientras iba en coche desde el trabajo a mi casa, tuve que detenerme en un semáforo. Mientras crecían mi frustración e impaciencia,

experimenté la sensación de que el Señor me estaba empujando a girar a la izquierda. Respondí: "No, quiero ir directamente a casa". "Gira a la izquierda", me ordenó. Iba solo y el otro camino únicamente representaba una diferencia de cinco minutos más. Aún sintiéndome como un tonto, conducí muy lentamente para no perderme nada. Entonces, desde el lado derecho de la calle escuché la voz de una mujer que gritaba: " ¡Doctor Ken! ¡Doctor Ken! ". Miré hacia arriba. Vi a mi amiga Mabel en una ventana del primer piso idéntica a la de la "ensoñación" que había tenido esa mañana. Cuando logré aparcar el coche y subí los tres tramos de escalera, supe que no había sido un sueño sino otra cosa.

Mabel me lo explicó todo. Aquella mañana temprano había acudido al edificio de ladrillo en busca de su hermana porque acababan de enterarse de que el hermano mayor, que tenía cáncer de pulmón, estaba muriéndose. Muchos años antes, yo había tratado a su hermano, por lo que las dos hermanas pasaron el día intentando comunicarse conmigo. Este incidente me demostró que uno de los aspectos más importantes del hecho de prestar oídos a Dios a primeras horas de la mañana favorece una actitud que permite seguir haciéndolo durante el día, incluso cuando nos encontramos delante de un frustrante semáforo. De lo contrario, no me hubiera mostrado tan receptivo a las instrucciones o directrices del Señor cuando Este estaba mostrándome la conclusión de mi "ensoñación", y no habría encontrado a Mabel justo cuando me necesitaba, y como El quería que ocurriera. El psiquiatra William James comentó en cierta ocasión: "Nosotros y Dios tenemos negocios juntos; cuando nos abrimos y nos mostramos receptivos a su influencia, se realiza nuestro destino más profundo. Dios es real porque produce efectos reales".

En otra ocasión, los dictados de la voz de Dios me permitieron dar un consejo que probablemente salvó muchas vidas. Había ido a visitar a unos amigos de

Texas, y un día que me encontraba charlando con un vecino que trabajaba para la NASA (National Aeronautics and Space Administration) descubrió algunos de mis antecedentes, y se enteró que era un psiquiatra que había permanecido encarcelado en China una larga temporada, así como de que uno de mis "hobbies" favoritos era la pintura, se mostró sumamente complacido y me dijo que yo era "exactamente la persona que estaba buscando".

Aunque sorprendido accedí a acompañarle a la planta en la que trabajaba. Al parecer, había urgente necesidad de consejos acerca de un detalle importante de una estación espacial que se estaba proyectando. Los planificadores pensaban que una decoración armoniosa en los interiores representaría una considerable ayuda para los hombres que tuvieran que estar contemplando durante un largo período de tiempo las mismas paredes, dibujos y colores en un espacio sumamente reducido. En consecuencia, quería consultar con alguien que comprendiera los efectos psicológicos de los diversos dibujos y colores, preferentemente con una persona que hubiera estado confinada en condiciones similares. Me agradó mucho poder ayudarles y formulé varias sugerencias para el diseño tanto del transbordador espacial como del programa "SKYLAB".

Tuve el privilegio de contemplar las pruebas a las que se sometió al transbordador espacial "Moonrover" y de poder formular preguntas. Cuando me dijeron que los neumáticos llevaban dentro nitrógeno, escuche la voz del Señor que me decía: "¡Esos hombres estarán en peligro!". Entonces lo discutí con el director que me acompañaba, quien me explicó que los expertos habían previsto las consecuencias si llegaba a pincharse un neumático. Sin embargo, y tras catorce años de investigaciones, llegaron a la conclusión de que se trataba de una posibilidad muy remota. Sin decir nada, remití el problema al Señor, y, bajo su dirección, tracé sobre un trozo de papel un dibujo de las ruedas con muelles en forma de bobinas u ovillos que conectasen el eje con una tira de metal perforado

que serviría como neumático. El director contempló mi dibujo, se rió y se lo guardó en el bolsillo.

Cuatro meses después, uno de los comentaristas de televisión que estaba explicando el alunizaje del "Moonrover" señaló que, en el último momento, los neumáticos rellenos de nitrógeno de la empresa Goodyear se habían cambiado por ruedas con muelles en forma de bobina. Consulté el tema al vecino que me había llevado a la planta de la NASA y no me sentí en absoluto sorprendido cuando me respondió: "Todo fue muy raro. El director encontró un dibujo en su bolsillo e inmediatamente se dio cuenta del cambio en la construcción de las ruedas. No estaba seguro de dónde había salido aquel papel". Pero yo si lo estaba. Una vez más, Dios me había utilizado para producir un "efecto real"; pues en 1979 me enteré de que ese nuevo diseño de las ruedas había contribuido a salvar varias vidas humanas.

5. NIÑOS QUE SUFREN

No nos cuesta ningún trabajo creer que nuestras oraciones ayudan a los vivos gracias a la intercesión de Jesucristo (1 Tim. 2.14). De hecho, sabemos que estamos siguiendo su ejemplo cuando oró por todos nosotros, incluso bajo la sombra de la cruz (San Juan 17).

En las iglesias cristianas se toma a los niños recién nacidos e .nocentes que no parecen necesitar que se ore por ellos, y se les bautiza para proporcionarles el vigoroso apoyo de una comunidad cristiana. Algunas personas incluso creen que los niños bautizados necesitan que se pronuncie por ellos una oración destinada a exorcizar el mal con el que pueden haberse encontrado mientras permanecían en el seno de su madre. Parece ser que cualquier niño que haya experimentado momentos de dolor debería recibir los beneficios de una oración curativa. Está perfectamente justificado contrarrestar y curar los momentos de desapego y desamor, o que puede lograrse a través del amor de Jesucristo durante la celebración de la Eucaristía. Al igual que el bautismo permite a los niños pequeños introducirse en la comunidad de la Iglesia, es cosible que la muerte y resurrección de Jesús, celebradas en la Eucaristía, puedan influir incluso en los niños que todavía no hayan sido bautizados.

Diversos estudios médicos han demostrado cómo el estrés o el hábito de tomar drogas, fumar o beber por parte de la madre pueden afectar negativamente al feto.¹ El niño nonato pueden absorber no sólo pensamientos y sentimientos sino también sustancias tóxicas.² Considero, por tanto, razonable pensar que también es capaz de absorber las oraciones. Un experimento llevado a cabo en 1958 por el doctor J. Cowdy en el hospital de Salisbury demostró que, aproximadamente a partir de las catorce semanas, un feto posee ya en el cerebro un área de memoria en la que se

registran las emociones y los sonidos procedentes de sus padres. Esto se puede demostrar y recuperar la información durante la vida adulta mediante la aplicación de la técnica conocida como abreacción médica; es decir, la inyección por vía intravenosa de un anestésico diluido, comúnmente denominado "droga de la verdad". Bajo dicho tratamiento una paciente mentalmente perturbada recordó el comentario hecho por su padre antes de que naciera: " ¡Si es una niña, le retuerzo el pescuezo! ". Se demostró que su padre efectivamente había pronunciado dichas palabras. Finalmente, la paciente llegó a reconciliarse con esa ofensa que se le había hecho aún antes de nacer y pudo ser dada de alta por el hospital mental en el que se hallaba internada.

Un estudio presentado en 1978 en la Universidad de Loyola, Chicago, demostró que algunos pacientes intentaban suicidarse todos los años en la misma fecha. Investigando este fenómeno, Andrew Feldmar, psicólogo técnico de Vancouver, llegó a la conclusión de que esas fechas no tenían nada que ver con vacaciones, fallecimientos de familiares u otros acontecimientos importantes, sino que coincidían con las fechas en las que sus madres habían intentado abortar. Incluso el método utilizado para intentar suicidarse (envenenamiento, heridas infligidas con instrumentos cortantes, etc.) eran los utilizados en el aborto fallido. Feldmar se sorprendió todavía más al descubrir que el feto había llegado a asimilar el conocimiento de los intentos de aborto incluso cuando éstos se habían producido durante las primeras semanas de embarazo. Llegó a afirmar que la memoria podía remontarse incluso al momento en que se unían el óvulo y el espermatozoide; es decir, al mismo momento de la concepción. Esta clase de investigaciones han demostrado que el feto puede tener grabados en su memoria recuerdos incluso antes de la formación del cerebro a las catorce semanas de embarazo.³

De forma similar, un niño nonato recuerda haber sido amado. Una mujer que esté embarazada de al menos cinco meses puede realizar una prueba que le

demostrará cómo el ser que lleva en su seno responde ya al amor que le demuestra. Si pone la mano derecha sobre el lado derecho de su abdomen y la izquierda sobre el lado izquierdo, podrá conseguir que el feto se desplace de hecho de un lado a otro. Para lograrlo lo único que tendrá que hacer es imaginarse como el feto situado a la altura de su mano derecha va adquiriendo mayor fuerza o bondad al ser acariciado por ésta. El feto lo demostrará desplazándose hasta colocarse de espaldas contra el hueco de la mano amorosa de su madre. Si luego la madre desplaza la concentración amorosa de la mano derecha a la izquierda, el feto seguirá su movimiento hasta situarse en el hueco de su mano izquierda. Si la madre hace este ejercicio todos los días ajustándose a unos horarios regulares, el feto terminará "pataleando" cada vez que no reciba este "baño de amor". Por tanto, el feto puede verse afectado no sólo por la violencia de los intentos de aborto sino también por la simple ausencia o retirada de amor.

Tengo registrados más de seiscientos casos de curaciones directas producidas tras la celebración de una ceremonia de Eucaristía por fetos, víctimas de abortos voluntarios e involuntarios, niños que nacieron muertos o fueron abandonados inmediatamente después de su nacimiento, que nunca había.-, sido debidamente amados o consagrados a Jesucristo en una ceremonia de enterramiento. Cuando se ha celebrado una Eucaristía por esa clase de seres, los resultados han sido impresionantes. Muchos han experimentado los beneficios del poder curativo que se generó, incluyendo pacientes que estaban participando en la ceremonia de Eucaristía, pero también otros que se encontraban a muchos kilómetros en hospitales e instituciones mentales y no sabían nada acerca de dichas ceremonias; e incluso parientes, mentalmente perturbados, que vivían en países lejanos.

Primero, es esencial establecer que se ha formulado el diagnóstico médico correcto. Pero, aún cuando se haya hecho así y se haya aplicado el tratamiento correspondiente, muchas veces me encuentro con que no se ha prestado la menor

atención al estado mental de los pacientes ni se ha realizado ningún intento por descubrir pautas de comportamiento emocional inaceptable. Dado que los estados emocionales caracterizados por la irracionalidad son muchas veces consecuencia de diversos grados de presión ejercida por el síndrome de posesión, el paso siguiente debe ser el de realizar una investigación acerca de los antecedentes de la familia. Para ello trazamos un Árbol Genealógico lo más completo posible. Actuando así se puede llegar a descubrir la causa del problema y a identificar a las personas que no han sido debidamente consagradas al Señor. La gente olvida u oculta deliberadamente los acontecimientos desagradables del pasado y con frecuencia el tener que enfrentarse cara a cara con ellos les resulta una experiencia sumamente traumática.

Muchas veces se me han confiado pacientes así, con diagnósticos tales como esquizofrenia, epilepsia, depresiones de diversos tipos, intentos de suicidio, neurosis, histeria y diversos casos de anorexia nerviosa. Sus pautas o formas de comportamiento abarcan prácticamente toda la gama de posibles enfermedades psiquiátricas: representación de fantasías paranoicas, escuchar voces, creerse Jesucristo, actuar con brutalidad o permanecer acurrucados en la cama chupándose el pulgar. Sus enfermedades físicas iban desde la migraña hasta la artritis de los pies. Muchos mostraban esa personalidad típicamente dependiente de las instituciones que se deriva de haber pasado largas temporadas en hospitales o centros para enfermos mentales. Algunos se encontraban próximos a la muerte, mientras que otros imaginaban que lo estaban.

Joan llegó hasta mí a través de un doctor en medicina general. Antes de mi primer encuentro con aquella niña de sólo nueve años de edad, estudié atentamente las notas de su equipo de médicos y los informes de su profesora. A los cinco años, el carácter abierto y alegre de Joan cambió de repente. Empezó a resultar difícil de

tratar y a dar muestras de comportamiento irracional, diagnosticándosele finalmente una epilepsia. Su madre se quedó muy asustada y desconcertada. En una carta dirigida a mí me decía: "Cuando Joan cae en uno de esos estados, su rostro se descompone y es capaz de permanecer gritándome durante minutos y minutos. Parece tan lejos de ser ella que me da escalofríos. La única forma de hacer frente a los ataques más graves es mediante las oraciones y entonces, tras debatirse y patallar todavía más intensamente, se derrumba de repente, acude voluntariamente a mis brazos y llorar como una niña pequeña. No sé qué hacer con ella, y ésa es la razón por la que nos preguntamos si no deberíamos acudir a su consulta".

La profesora compartía esas preocupaciones. Me escribió: Joan pierde fácilmente el control e incurre en estallidos emocionales. La presentación de sus tareas escolares deja mucho que desear, e incluso cuando hace copias, comete numerosos errores, probablemente debidos a su incapacidad para concentrarse durante un período razonable de tiempo".

Cuando hablé con los padres de Joan, intenté averiguar si la niña seguía alguna pauta determinada de comportamiento, pero no pude encontrar ninguno. Me contaron que "los ataques" habían empezado de repente cuando, a los cinco años, había perdido el conocimiento sin que aparentemente hubiera razón alguna que lo justificara. Desde entonces, se había herido muchas veces y, en cierta ocasión, se había abierto la barbilla. Recientemente, había empezado a correr delante de los coches, de forma que sus padres tenían que sujetarla con una especie de riendas, en aras de su propia seguridad. Su padre me describió cómo era capaz de luchar con la fuerza de un caballo mientras le grita: "Te odio. No eres mi padre, ¿por qué llegué a nacer?". También expresó sus temores acerca de la seguridad de la familia; ya que, durante uno de esos irracionales estados de ánimo, Joan había llegado a amenazar a su hermano con un cuchillo diciéndole: "¡Dime quien eres! ". Y con la

misma insistencia gritaba: "No soy Joan".

Su historial clínico me permitió llegar a la conclusión de que los médicos estaban haciendo todo lo que podían para ayudar a Joan en términos de alimentación, medicamentos y otros recursos terapéuticos. Cuando comenzamos a tratar el Árbol Genealógico, expliqué que me interesaba sobre todo descubrir si alguno de sus antepasados no había sido debidamente enterrado, y quien había fallecido sin haberse visto consagrado a Jesucristo, como ocurre por ejemplo en los casos de suicidio. Pero no tuve éxito alguno. Según el Árbol Genealógico, al menos durante las cuatro últimas generaciones no se había producido al parecer ningún caso de este tipo.

Entonces le pedimos a Joan que entrara en la habitación. Lo hizo de inmediato, se sentó sobre mis rodillas y yo le pregunté cuántos hermanos y hermanas tenía. Su respuesta me sorprendió. "Tengo tres hermanos y tres hermanas", me dijo. "Pero Joan" le repliqué, "tu madre dice que tienes tres hermanos y sólo dos hermanas". Joan se mostró extremadamente airada, saltó de mis rodillas y empezó a dar patadas y gritos: " ¡Tengo tres hermanas, y no dos!". "¿Ves a esa mujer sentada ahí?", gritó, señalando a su madre. "Es una asesina. Tiró a mi hermanita por el water. Mi hermana es amiga mía. La conozco. Se llama Melissa". Al verse acusada, la madre de Joan rompió a llorar y gritó: "¡Cuidado! ¡Le va a dar un ataque!" El padre de Joan se sonrojó y comenzó a discutir con su mujer. Mientras lo hacían, abracé firmemente a Joan y le dije: "Recemos juntos a Jesucristo y pidámosle que cuide de Melissa". Pronunciamos por tanto la siguiente oración: "Jesucristo nuestro Señor, por favor cuidad de Melissa y condúcela a tu reino".

Era evidente que Joan estaba resentida contra sus padres. Algún tiempo después su madre me contó que, antes de que Joan naciera y debido a la equivocación de un médico, había sufrido un aborto involuntario. No lo había mencionado cuando trazamos el Árbol Genealógico porque su marido Graham había negado siempre

que su mujer hubiera estado embarazada en aquella ocasión. Después del aborto se habían ido de vacaciones para ayudar a recuperarse de una crisis nerviosa y la madre de Joan había considerado que su marido se encontraba en una situación demasiado delicada como para tener que hacer frente a más problemas. A Joan nunca se le había mencionado el incidente y nadie conocía el nombre que le hubiera gustado poner a la niña: Melissa.

Dado que nuestro espíritu puede recibir mensajes y mostrarse atento hacia los que han fallecido sin haberse visto amorosamente consagrados a Jesucristo, nada tiene de sorprendente que Joan supiera acerca de Melissa. De hecho, en mis ficheros había alrededor de mil cuatrocientos casos parecidos. Parecía evidente que aquella niña que no había llegado a nacer y que, por tanto, no había sido consagrada a Jesucristo, era la causa de las dificultades de Joan y quizá de las molestas migrañas que su madre llevaba sufriendo desde hacía años. Celebramos, por tanto, una ceremonia de Eucaristía en honor de Melissa y los resultados de la misma modificaron totalmente la vida de la familia. Los estallidos emocionales de Joan, sus muestras de comportamiento irracional e incluso su incapacidad para concentrarse desaparecieron de una vez por todas. Las pruebas realizadas demostraron que su epilepsia estaba totalmente curada y, poco después, dejó de tomar cualquier clase de medicamento. Las jaquecas de su madre pasaron a ser sólo un recuerdo.

Pero los problemas de la familia no habían acabado del todo. Algunos meses después, poco antes de Navidad, Graham sufrió una crisis nerviosa mientras estaba trabajando. Los síntomas eran idénticos a los de un derrumbamiento por agotamiento. Se consideraba un fracasado total, se sentía incapaz de volver a su puesto de trabajo y estaba seguro de que nunca trabajaría de nuevo. Tras varios meses de tratamiento y medicación, su tensión seguía siendo alarmantemente alta y fue su propio médico quien me lo envió. Lógicamente, di por sentado que no

había llegado a reconciliarse con la raíz fundamental de los problemas de Joan y que no se había librado de la influencia de aquella hija suya que no había llegado a nacer, Melissa. Lo negó rotundamente, pero me dijo que creía conocer la razón de su enfermedad. Me confesó lo siguiente: "Mi problema no es Melissa, sino mi madre. Era una mujer bastante puritana, de ideas victorianas y, además, muy posesiva. No aceptó nunca mi matrimonio ni llegó a gustarle mi mujer. Cuando murió, sentía tanto odio hacia ella que me negué a asistir a su funeral". No necesitaba decirme más. Recordando la curación de su hija Joan, Graham y su familia accedieron a celebrar una ceremonia de Eucaristía por su madre. Al cabo de una semana, su tensión había vuelto a ser normal, y muy pronto pudo volver a trabajar.

En la actualidad, Graham se preocupa no sólo por su propia familia; tanto él como su esposa utilizan su recién alcanzada libertad espiritual para ayudar a los demás. La última nota que recibí de la madre de Joan era ya muy diferente de la primera, llena de angustia e impotencia, en la que me contaba los problemas de su hija. "Ayer Graham y yo acudimos a una reunión en el hospital local organizada por el departamento infantil para los padres de niños que padecen ataques, convulsiones o epilepsia. Pero, si sentimos la necesidad de ir no fue por Joan, pues el Señor ha sido bueno con ella. Los dos pensamos que podíamos ser útiles debido a nuestra experiencia. Hemos dado nuestro número de teléfono para que pueda llamarnos cualquier padre que quiera hablar con nosotros".

Pero Graham y su esposa estaban haciendo mucho más que limitarse a dar su número de teléfono. Después me contaba en la carta que Graham había rezado en uno de los pabellones del hospital por un niño pequeño que padecía epilepsia y gastroenteritis. "Después, experimenté la sensación de que debía besar a la madre del niño, algo que no habría hecho jamás de no haber pasado antes por todo lo que pasé con Joan. En realidad no conocía a aquella señora demasiado bien, pero

nada más hacerlo me di cuenta de que había actuado correctamente, pues me abrazó y se aferró a mí pidiéndome apoyo". Al igual que otras muchas personas, Joan y Graham han descubierto en sí mismos una nueva fuerza que les permita actuar con mayor libertad. Un año después, Joan es una niña sana y feliz, que va muy bien en sus estudios y que es la alegría de la familia. Graham se ha convertido en un hombre estable y se encuentra en plena forma, reza todos los días en familia y tanto él como su mujer están dispuestos a compartir sus experiencias con cualquiera que pueda beneficiarse de ellas.

Las personas más afectadas por los niños no consagrados al Señor y que necesitan que se ore con ellos, y que por tanto son las que tienen mayores probabilidades de padecer diversos problemas físicos o emocionales son los propios padres, un hermano o hermana gemelo, el niño que nace a continuación, un niño adoptado en su lugar o incluso, como en el caso de Joan, el niño más sensible de la familia. Algunas veces, los padres no se encuentran afectados por esos acontecimientos del pasado mientras no experimentan en su propia carne la fuerza curativa de la oración. En cierta ocasión, el vicario de una iglesia local comprobó por sí mismo como una de las mujeres de su parroquia había logrado superar una enfermedad mental aparentemente incurable, siendo dada de alta en el hospital, después de haber orado por uno de sus hijos que había abortado y de haberlo consagrado al Señor durante la celebración de la Eucaristía. Muy animado por esta experiencia, el vicario acudió a visitar a otra mujer de su parroquia, Mildred, de algo más de sesenta años, que llevaba dos en un hospital debido a diversas dolencias de estómago. Aunque no se podía encontrar ninguna causa médica que las explicara, continuaban los síntomas dolorosos. Tras hablar con ella, el vicario la convenció para que trazase el Árbol Genealógico y Los gemelos o mellizos muestran una sensibilidad especial hacia su hermano o hermana muertos. Durante la celebración de una ceremonia de Eucaristía, una madre me

mencionó que una de sus hijas gemelas había fallecido en el momento del parto, y que el hospital se había ocupado de enterrar sus restos. Cuando rezamos por primera vez para contrarrestar los efectos negativos de este incidente, brotaron lágrimas de alegría en la gemela que había logrado sobrevivir. Me confesó que había "contemplado" a su hermana crecer todo el tiempo pero que nunca se había atrevido a hablar de ello.

En la India, un verano acudió a mí una madre angustiada para consultarme acerca de su hija esquizofrénica, que había permanecido largas temporadas internada en un hospital para enfermos mentales. Entre otros síntomas, padecía lo que solemos denominar "Ilusiones de grandeza". Cuando trazamos el Árbol Genealógico descubrí que en seno de su familia se habían producido diversos abortos. En dos ocasiones oramos juntos para contrarrestar los efectos negativos de estos abortos y en ambas, a pesar de ser hindú, la madre me dijo que había visto los pies de Jesucristo en la cruz. A la semana siguiente, su hija recorrió seiscientas millas para decirle que, de repente, se habían sentido totalmente bien y que habían desaparecido todos sus síntomas. Cuando le contamos que habíamos orado por ella, se mostró muy agradecida y pidió poder asistir a una ceremonia de Eucaristía. Tras la celebración de la misma, la madre, que había vuelto a ver a Jesucristo, decidió convertirse en una hindú cristianizada.

Algunas veces, un niño adoptado da muestras de un comportamiento anormal o antisocial en lugar de uno propio que ha fallecido. Un amigo mío, policía de profesión, me contó el problema de un hombre que tenía en aquellos momentos veintiocho años. Se encontraba en la cárcel, cumpliendo su décimo-quinta condena por robo. Ya siendo un niño tenía la costumbre de robar del monedero de su madre; pero, curiosamente, siempre robaba en beneficio de otra persona y nunca en el suyo propio.

Analizando el historial con sus padres, les pregunté acerca de su Árbol

Genealógico. "No tiene Árbol Genealógico conocido" me contestaron, "ya que lo adoptamos nada más nacer. Cuando murió el niño que íbamos a tener en el momento del parto, nos dirigimos inmediatamente a un orfanato y adoptamos otro pequeño que creímos se parecía al nuestro. A lo largo de los años le hemos amado y cuidado como si fuera nuestro propio hijo". Durante la celebración de la Eucaristía, aquellos padres preocupados y angustiados le dieron un nombre al hijo que había fallecido en el momento del parto y, a través de sus oraciones, le consagraron a Jesucristo. Inmediatamente después, el hijo que habían adoptado, salió de la prisión convertido en un hombre totalmente reformado y actualmente desempeña un empleo de gran responsabilidad.

Al igual que, en el momento del bautismo, les damos amorosamente nombre a nuestros hijos, deberíamos hacer lo mismo con los que no han llegado a nacer o han muerto al poco tiempo de hacerlo, para reflejar que siguen perteneciendo a nosotros y continuamos amándolos. Algunas veces, una madre, un hermano o una hermana conocen en teoría el nombre que habría llevado el niño en cuestión; en otras, es el propio Señor el que le pone nombre mientras oramos. Durante una ceremonia por un niño nacido prematuramente que había sobrevivido sólo cuatro horas sin llegar a ser enterrado como era debido, su madre intentó darle las gracias a Jesucristo por habérselo llevado pronto con él. Entonces escuchó claramente su respuesta: "No. Al niño tienes que ponerle un nombre y demostrarle que goza del amor de su madre, y luego consagrármelo a mí".

En cierta ocasión un médico me envió a la consulta a una señora a la que se le había diagnosticado una depresión endógena (autogenerada), y que no podía dormir, comer, ni relacionarse con los demás. De joven había ejercido la prostitución y, a consecuencia de ello, había padecido varios abortos tanto voluntarios como involuntarios. Con gran respeto y cuidado, les puso nombre a todos, aceptó el perdón de Dios y continuó consagrándoselos al Señor todos los

domingos cada vez que iba a la iglesia. Se vio libre de su depresión y, posteriormente, ha contraído matrimonio y se siente capaz de ayudar a otras muchas mujeres que se encuentran en situaciones parecidas.

Liberar de esta manera a niños fallecidos prematuramente puede proporcionar una curación no sólo emocional sino también física. Dos mujeres que habían asistido a una ceremonia de Eucaristía por la liberación de sus hijos muertos me contaron posteriormente que habían experimentado una notable mejoría física. La primera, que en el transcurso de sus oraciones había recordado dos abortos involuntarios, descubrió asombrada que de repente habían desaparecido sus dolores o síntomas de osteoporosis de la columna vertebral (enfermedad que consiste en una degeneración de los huesos). Se incorporó de su silla de ruedas y pudo caminar por su propio pie hasta la iglesia. La otra señora recordó y oró por un hijo al que había abortado, y se lo consagró a Jesucristo. Cuatro días después, su médico informó que había quedado totalmente curada de una colitis crónica.

El matrimonio Lancaster vino a verme muy preocupado por tres de sus hijos. La hija mayor era drogadicta, tenían otra anormalmente obesa y el hijo menor mostraba desde los siete años una incontenible afición a robar. De nuestra conversación deduje que tres de los embarazos de la madre habían terminado mal, y que Elizabeth, la hija mayor, había nacido después de un aborto anterior; Evelyn, la hija obesa, tras un aborto involuntario, mientras que Charles, el hijo menor, lo adoptaron para reemplazar a uno que había nacido muerto. Dado que en ninguno de los tres casos se había celebrado una ceremonia de consagración al Señor, decidimos celebrar una ceremonia de Eucaristía por los tres casos, tras la cual toda la familia se sintió liberada. Elizabeth no volvió a probar las drogas; Charles dejó de robar y el peso de Evelyn volvió a ser normal tan sólo después de tres meses.

Hoy en día un aborto es algo totalmente normal y corriente. Sin embargo, el daño psicológico inmediato para la madre es muy intenso y profundo, mientras que los

efectos a largo plazo pueden durar toda una vida.

"Le llevaban también niños pequeños, para que les impusiera las manos; al verlo, los discípulos les regañaban. Pero Jesús los llamaba diciendo: "Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo impidáis, porque de niños así es el Reino de Dios" (Lucas 18.15-16).

Algunas personas creen que todos los niños van directamente al Cielo cuando mueren. Pero eso sólo ocurriría así en caso de haber sido amados y de haber rezado por ellos en la tierra. He sido testigo de más de seiscientos casos de niños fallecidos que habían continuado creciendo al mismo ritmo que lo hubieran hecho de haber seguido con vida. Cada uno llevaba al lado a su propio ángel de la guarda esperando ese momento de amor y de consagración a Dios; y en esos casos el ángel de la guarda tiene permiso para actuar. No estoy de acuerdo con los que afirman que, si un embarazo ha durado sólo unas cuantas semanas, el feto no ha llegado a formarse del todo y por tanto no debe prestársele demasiada atención. Mi experiencia de "haber visto" a esos niños con la edad que habrían tenido de no haber fallecido prematuramente me demuestra que es cierta la palabra de Dios cuando dijo: "Antes de formarte en el vientre de tu madre te conocí" (Jeremías 1.5 y salmos 139.13). Esos niños eran auténticos seres humanos, dotados de alma y también de recuerdos del Dios amoroso que se había ocupado de ellos.⁵

6. EXPULSAR A LOS ESPIRITUS MALIGNOS

Tradiciones milenarias exigen la bendición de los edificios y los lugares para liberarlos de las influencias de los muertos. Yo personalmente he llegado a registrar sesenta y cinco casos de "encantamientos" que han cesado gracias a la oración. Y no se trata de esta clase de fenómenos subjetivos tan corrientes de los que es testigo una sola persona y que se deben probablemente a la proyección psicológica de una experiencia negada o a una imaginación demasiado fértil. Poseen un cierto carácter objetivo; es decir, se trata de sucesos observados por personas en su sano juicio y estables y de objetos que se mueven o desplazan sin que la voluntad humana parezca intervenir. Tras haber tomado en consideración todas las explicaciones posibles: alucinaciones masivas causadas por un contagio psíquico, implicación en fenómenos ocultistas o desequilibrio psiquiátrico, parece claro que para muchas personas hay una explicación más sencilla. El "fantasma" que está hechizando o encantando un determinado lugar puede ser simplemente una persona ya fallecida que necesita que se ore por ella. Si se le trata como tal, no he descubierto nunca que un "encantamiento objetivo" permanezca o se mantenga.

Pero no son sólo las casas y otros edificios los que pueden liberarse mediante el recurso a la oración. Este método funciona también para lugares propensos a accidentes desacostumbrados e inexplicables, tales como tramos rectos y llanos de una autovía o zonas del aire o el mar, como por ejemplo el tan temido Triángulo de las Bermudas.

Durante siglos, el Triángulo de las Bermudas (área del Océano Atlántico limitada por una línea imaginaria que va desde las Bermudas hasta Miami y desde Puerto Rico hasta las Bermudas) ha venido engulléndose aviones y barcos, con

frecuencia sin dejar el menor rastro de ellos. Sólo el peso de los numerosos libros escritos sobre este tema bastarían para hundir un barco pequeño. La mayoría de los marineros prefieren evitar esta zona; pero, al igual que otras muchas personas, especialmente los marineros bisoños, decidí hacer caso omiso de esos temores irracionales. En 1972, mi esposa y yo estábamos navegando por el famoso "Triángulo" en un barco que transportaba plátanos cuando nos vimos atrapados por una tormenta de fuerza nueve. Esta nos empujó hasta el sur, arrastrándonos al mucho menos famoso Mar de los Sargazos. Allí estalló una de las calderas del barco, dejándonos a la deriva.

En medio de aquel pavoroso silencio, mi mujer y yo escuchamos claramente un extraño sonido, parecido a un canto fúnebre, que sonaba día y noche. Al principio pensamos que procedía de la tripulación del barco, compuesta por jamaicanos; pero, tras algunas averiguaciones, nos dimos cuenta de que no era así. Entonces descubrí una revista con diagramas de los antiguos barcos destinados al transporte de esclavos y que seguían más o menos aquel mismo recorrido, con detalles de cómo a lo largo del tiempo llegaron a tirar por la borda a más de dos millones de esclavos. Recientemente se adoptó para la televisión el libro *"Raíces"* de Arthur Hailey, que contaba de manera conmovedora como en el transcurso de los viajes se tiraban al mar a numerosos esclavos ya muertos o a punto de fallecer. El número de esclavos a los que se consideraba imposibles de vender en las Antillas Occidentales o América aumentaba rápidamente según se iban aproximando a su punto de destino; pues las condiciones de los barcos esclavista se iban deteriorando según avanzaba el viaje. Muchas veces los esclavistas cobraban más dinero gracias a los seguros por los esclavos "perdidos" que vendiéndolos en Virginia.

Cuando nos encontramos de vuelta en Inglaterra, se nos ocurrió la idea de que aquel canto fúnebre tenía un determinado propósito. Quizá tenemos la

responsabilidad de orar por aquellos desdichados esclavos que murieron sin verse consagrados al Señor, y arrepentimos de la crueldad de los que causaron tantas y tantas muertes. Por tanto, en Julio de 1977, con la colaboración de algunos obispos interesados en el tema y de unos cuantos miembros de la Comunidad Anglicana de la Resurrección, se celebró en distintos lugares de Inglaterra una Eucaristía por la liberación de todos los que habían encontrado la muerte en el Triángulo de las Bermudas. Algunos meses después, en las propias Bermudas, el obispo anglicano Anselm Ganders y el reverendo Donald Omand, sacerdote anglicano de Devon, pronunciaron las mismas oraciones. Terminó así de una vez por todas la maldición del "Triángulo de las Bermudas".

Desde la celebración de dicha Eucaristía hasta la actualidad; es decir, cinco años, no se han vuelto a producir accidentes inexplicables en el Triángulo de las Bermudas. Es posible que las fuerzas malignas estén reagrupándose en dicho lugar y que, antes o después, vuelva a producirse un accidente o desaparición, pero ahora estamos seguros de que la oración es el arma que necesitamos para destruir dicho mal y acabar con la fuerza negativa.

Muchas autoridades han llegado a convencerse de la posibilidad de expulsar a esos espíritus malignos de los lugares dominados por ellos. Donald Omand reza regularmente en aquellos lugares en los que se ha producido un determinado número de accidentes inexplicables o desacostumbrados y, en todos los casos, ha logrado acabar con dicha "maldición". En el transcurso de una serie de investigaciones de este fenómeno para un informe documental al respecto, un equipo televisivo de la BBC investigó todo lo ocurrido en un trecho de carretera situado entre las poblaciones de Charmouth y Morcombelake, en el condado de Dorset, y en el que no hay ni curvas peligrosas ni cruces no visibles. Donald Omand pronunció sus oraciones en dicho lugar y descubrió que, seis meses antes de hacerlo, se habían producido diecisiete accidentes en dicho trecho de carretera.

Durante los seis meses siguientes no se produjo accidente alguno.

Algunas veces parece que una simple oración y la intención manifiesta de celebrar una ceremonia de Eucaristía en un determinado lugar bastan para expulsar de él a los espíritus. Me di cuenta cuando recibí una invitación para visitar un centro de formación de profesores en el Sur de Inglaterra. Allí, la directora me pidió que lo hiciera en secreto, ya que estaba teniendo problemas con una de las naves de edificio en la que algunos estudiantes se negaban a dormir. Consideraban que el edificio estaba "hechizado", y todos los días podían escucharse ruidos y gritos a media noche. Según las leyendas, eso venía ocurriendo desde trescientos años antes, y la propia directora afirmaba haber escuchado esos extraños ruidos. Le preocupaba cuál podía ser su origen y quería que orase en aquel lugar en un esfuerzo por aplacar al espíritu o espíritus que pudieran estar provocando aquellas perturbaciones.

El hecho de que el edificio tuviera fama de estar "hechizado" lo había convertido en algo así como una atracción turística de la ciudad, y algunas veces acudían personas que permanecían sentadas toda la noche para observar y escuchar. Aquella parte del edificio, situada detrás de una catedral, había sido edificada sobre un antiguo convento de monjas; por lo que, para poner de relieve esta conexión, un grupo de alumnos había cubierto las paredes de "posters", Algunos de tema religioso mostraban la propia catedral, pero otros tenían imágenes de corridas de toros y otras fiestas o celebraciones violentas de carácter secular. Todos eran de brillantes colores, aproximadamente del mismo tamaño y estaban sujetos a las paredes de la misma manera. A modo de experimento los alumnos decidieron cerrar con llave la puerta que conducía a dicha parte del edificio. A la mañana siguiente, descubrieron que los "posters" de carácter religioso habían sido rasgados y estaban sobre el suelo mientras que los demás no habían sufrido daño alguno y seguían en el mismo sitio en el que habían estado siempre. Eso ocurría

cada vez que se reponían los "posters" religiosos.

Cuatro de nosotros decidimos quedarnos una noche en el edificio, aunque sin saber demasiado bien qué hacer. Pronunciamos el Padre Nuestro y le pedimos al Señor que nos iluminara. Como consecuencia de ello, decidimos formar un equipo de clérigos que celebraran allí una Eucaristía y, tres semanas después, nos reunimos en secreto para este fin. No obstante, cuando llegamos, la directora nos dijo que "todo lo que hacía falta era una ceremonia de alabanza y para dar gracias a Dios, ya que desde que habíamos orado allí no habían vuelto a producirse los ruidos ni los gritos. Entonces tuvimos conocimiento de algo que, al parecer, se había producido a consecuencia de nuestra primera visita. Algunos alumnos, más escépticos, habían decidido pasar toda la noche en el edificio, totalmente seguros de que no ocurriría nada. Entonces se habían quedado atónitos al descubrir una figura, parecida a la de un caballero, con un atuendo propio de principios del siglo XVII, incluyendo un sombrero de ala ancha, y que surgió de la puerta de una alacena. En ese momento comenzaron los ruidos.

Aunque dominados por un cierto sentimiento de incredulidad, habían escuchado fuertes gritos mientras la figura del caballero parecía violar y dar muerte a una monja, arrojando luego su cuerpo por las escaleras desde lo alto de un tercer piso, lo que había dado lugar a un ruido parecido a un cubo lleno de ladrillos al caer, prolongándose esos ruidos a lo largo de un corredor hasta llegar a un punto en que desaparecían de repente. El drama había acabado. Sin embargo, en medio de todo aquel estruendo, los aterrorizados alumnos se habían puesto de rodillas ante sus improvisadas camas y habían empezado a orar.

Reproducimos la trayectoria seguida por el caballero hasta el lugar en que los ruidos habían cesado de repente, situado hacia la mitad del corredor, comprobamos que, en aquel punto, el suelo dejaba de ser de piedra y empezaba a ser de madera. Tras preguntar si alguien había oído hablar de alguna salida

secreta del edificio, revisamos una parte del linóleo que recubría el suelo. Debajo de él descubrí una oxidada trampilla de la que partían unos escalones que conducían hasta un sótano. Ninguno de los presentes conocía la existencia ni de la trampilla ni de los escalones.

No puedo saber con certeza si un caballero llegó realmente a violar y dar muerte a una monja en aquel lugar. De lo que sí estoy seguro es de que combatiendo todo el mal presente en aquel lugar, mediante la oración, el Padre Nuestro y la intención manifiesta de celebrar una ceremonia de Eucaristía para todos los que necesitaban ayuda y liberación bastaron para acabar con las perturbaciones y los "hechizos".

Es frecuente que las personas afectadas por casos de "encantamientos" o "hechizos" sin resolver se vean etiquetadas como esquizofrénicas. Meggie fue diagnosticada como tal, y luego, sin saber qué hacer, su médico me la envió a mí. Al parecer, tenía un amigo invisible con el que frecuentemente mantenía conversaciones. Maggie insistía en que Peter siempre estaba intentando ayudarla tanto a ella como a otras personas próximas a la orilla del río. Comprobé su historia y descubrí que otros muchos habían visto esa misma figura de la que se decía que desaparecía misteriosamente en el aire. Se le conocía con el nombre de "Peter el vagabundo". Quizá se tratara de un vagabundo que había muerto sólo en dicho lugar y que estaba intentado ayudar a los demás mientras esperaba a que le ayudaran a él.

Como consecuencia de ello, tres clérigos celebraron una ceremonia de Eucaristía en honor de Peter en la misma orilla del río. Durante la misma Maggie volvió a verle, esta vez vestido de blanco, elevándose desde el río y dándole las gracias a todos los que estaban orando por su liberación. Los propios clérigos experimentaron tal sensación de paz que se ofrecieron para celebrar ceremonias de Eucaristía como ésa en el futuro, y de hecho, así lo han hecho en numerosas ocasiones. Ni Maggie ni nadie ha vuelto a ver a Peter.

Hace algunos años, una familia con tres hijos y dos hijas decidió vivir en una hermosa mansión de estilo Tudor situada en New Forest. Estaba edificada sobre cimientos muy antiguos y a través del jardín corría un riachuelo con dos rústicos puentes entre sus orillas. La mansión incluso tenía un "ala encantada". "Nadie podía dormir en ella" se les dijo. "De noche es horroroso". Todo esto fue considerado una tontería por los padres, quienes dieron por sentado que quienes provocaban aquellos ruidos molestos no podían ser sino murciélagos o lechuzas. De hecho, eligieron esa parte de la casa para construir en ella los dormitorios de los hijos y las visitas.

La familia se instaló tranquilamente, haciendo caso omiso de las historias de "hechizos" y "encantamientos" que le contaba la gente de la zona, los gitanos que pasaban cerca e incluso el cartero, que sólo se atrevía a dejar las cartas en el buzón situado en la puerta de entrada y se negaba a entrar en la casa. Pero la mayoría de los parientes y amigos que les visitaron en su nueva mansión encontraron que se trataba de un lugar delicioso y experimentaron una gran sensación de tranquilidad. Sin embargo, algunas veces ocurrían cosas inexplicables. En cierta ocasión, una amiga que había ido a visitarles fue despertada en mitad de la noche por un hombre que le tiraba insistentemente del brazo, mientras que en otra ocasión una niñera escuchó una voz que repetía una y otra vez: "Por favor, ¿no quiere despertarse nadie y ayudarme?". Pensando que había algún ser atormentado en aquel lugar, la niñera se levantó y empezó a andar por el pasillo en dirección a la voz. Se asustó mucho cuando se dio cuenta de que ahora la voz procedía de detrás de ella; es decir, que la había sobrepasado. Meses después, uno de sus hijos, un niño sumamente apacible y estable de diez años, empezó a llorar durante la noche diciendo que se había despertado al comprobar que la puerta de la alacena situada en su habitación estaba abriéndose lentamente. Una de las hijas se despertó varias veces a lo largo de la noche a causa de ruidos

que oía en el pasillo situado en la puerta de su habitación y de lo que ella misma describió como "alguien que padece flatulencia". Finalmente, decidió dejar en el pasillo un tarro con tabletas contra la indigestión, acompañado de una nota: "la próxima vez, prueba con éstas".

Algunas veces los niños pequeños y algunos de sus compañeros de juegos pedían que "le dijese al viejo que se marchase; pues nos pisa los trenes, está arrastrando siempre los pies, y aunque no nos tira las cosas y permanece siempre en silencio y tranquilo, entra continuamente a través de las paredes y las ventanas cerradas y se nos aparece por las esquinas". Lo contaban sin darle importancia, sin ninguna muestra de temor; para ellos sólo era una molestia. Su padre siguió mostrándose escéptico. Pero una noche, y procedente del dormitorio de los niños situado encima de la sala en la que estaba leyendo, escuchó muchos ruidos, de cajones que se abrían y cerraban, de pies que se arrastraban por el suelo y voces. Se dirigió inmediatamente al piso de arriba. El dormitorio estaba en silencio y en total oscuridad. Los niños estaban como siempre bien arropados, tranquila y pacíficamente dormidos. Se sintió desconcertado. Cuando atravesaba el vestíbulo en su camino hacia el piso de abajo, fue sorprendido por un golpe fuerte e inesperado sobre el candelabro, pero no había nadie allí y nada de lo que podía ver lo había tocado.

Coincidiendo con las Navidades, Elspeth, la hija mayor fue por primera vez a la nueva casa. Se trataba de una estudiante sumamente sensata y razonable, a la que divirtieron enormemente los cuentos e historias de su familia. Por la noche, dijo sus oraciones y se metió tranquilamente en la cama, feliz de encontrarse por fin en casa. A la mañana siguiente, y durante el desayuno, comentó de manera casual: "esta noche he charlado durante un buen rato con "vuestro amigo". Creí que eras tú papá, que estabas andando de un lado para otro en el desván buscando algo, por lo que me incorporé en la cama con la intención de subir y ayudarte". Dándose

cuenta de lo que acababa de decir, se tapó la boca con la mano y, medio riendo, añadió vehementemente: "es verdad. No paraba de andar en el desván situado encima de mi habitación, pero al mismo tiempo podía verle. No entiendo cómo. Era un hombre muy viejo y alto, con bigote y expresión amable. Llevaba un traje de color gris que le estaba algo grande y zapatillas. Dijo que se llamaba Conan Doyle y a mi me llamó Elspeth. Me dijo: "Siento haberte despertado, no quería hacerlo. Estoy buscando mi diario; es de cuero rojo con una goma elástica alrededor. Lo escondí por aquí en algún sitio y mi mujer dice que no hay más remedio que encontrarlo para mis memorias. Por favor ayúdame. Me siento muy feliz de que ahora viva aquí una familia con niños, como la mía. Ahora échate y vuelve a dormir. Te prometo no volver a venir; pero, por favor, si encuentras mi diario, déjalo al otro lado de la puerta. Luego desapareció".

Elspeth no prestó demasiada atención a este incidente, pero su familia se quedó muy sorprendida y desconcertada. Su padre fue a ver al párroco del lugar, un hombre que había vivido en aquella zona durante muchos años, y discutió con él todo lo que había pasado. El párroco le contó que en cierta ocasión, Conan Doyle había vivido en aquella casa y estaba enterrado en el cementerio local. Dijo: "He oído decir tantas cosas acerca de los "encantamientos" o "hechizos" de su casa, y ahora por fin sabemos de quien se trataba. Creo que se siente avergozado del diario que llevó durante tantos años. Ya sabe, Conan Doyle practicó el cristianismo hasta que empezó a coquetear con el ocultismo en nombre del espiritualismo, Murió en 1930 a los setenta años de edad. He decidido acudir a su casa y rezar para que finalmente pueda descansar en paz".

Varios miembros de la familia se reunieron en la sala de música, parte de la cual había sido en otros tiempos estudio de Conan Doyle. El párroco pronunció una oración extremadamente breve, sin acompañarla de ningún rito, y luego encomendó al atribulado autor al Señor. Desde ese día, ya hace veintiún años, no

ha habido nuevas manifestaciones de "hechizos" o "encantamientos" y la casa ha permanecido tranquila. De hecho, los pobladores de la zona comentan la nueva paz y tranquilidad que reina en toda ella incluyendo las colinas circundantes. Un reportaje periodístico, una semana después de pronunciarse esa oración, comentaba que el elevador del edificio en el que se encontraba la antigua clínica quirúrgica de Conan Doyle en Welbeck Street de Londres se había detenido delante de su puerta, a pesar de haberse pulsado otro botón. El *"Daily Mail"* informó que Madame Roberts, la famosa médium que vive en Kent, ha recibido por fin un mensaje de Conan Doyle, quien deseaba disculparse por haber contribuido a hacer errar a tantas y tantas personas a lo largo de su vida". Su diario no ha llegado a encontrarse jamás.

Muchos espectros son simplemente producto de imaginaciones hiperactivas y con frecuencia proyecciones de aquellas cosas con las que una persona no desea enfrentarse. Por ejemplo, una solterona reprimida puede ver ante su puerta vagas figuras de hombres que intentan violarla; pues niega y teme su propia sexualidad, que se refleja así en esas fantasías. Pero para ella serán hombres de verdad y sólo accederá a compartir sus experiencias con quien ella tome en serio. Se crea o no en la existencia de espectros hace falta aconsejar a esas personas e intentar ayudarlas. Una de las formas de lograrlo consiste en celebrar una ceremonia de Eucaristía por "cualquiera que se encuentre presente", permitiendo así a la persona en cuestión perdonar a la sombra sublimada que pueda estar proyectando, olvidándose de sus propios temores y centrándose en Jesucristo, que es el único que le permitirá superarlo. Los espectros pueden ser tan subjetivos e irreales como los seres que pueblan nuestros sueños, y unos y otros revelan muchas cosas acerca de los aspectos de una persona que necesita el amor y el perdón de Jesucristo.

Actualmente le dedico cada vez menos tiempo a averiguar si los fantasmas son o no objetivos y más a descubrir por qué una persona viva cree que la persona muerta, o fantasma, necesita que se ore o implore por ella y que se realice un intento de reconciliación.

Cuando la persona viva empieza a reconciliarse con el espectro, está, al mismo tiempo, reconciliándose con los aspectos de su propio ser susceptibles de proyectarse en forma de fantasmas. Así, cuando la solterona reprimida perdona al fantasma de la lascivia, está empezando a reconciliarse con sus propios impulsos sexuales y a ofrecérselos a Jesucristo, aún cuando esos fantasmas puedan carecer de realidad objetiva.

No sabemos si esos fantasmas que nos acosan son benéficos, neutrales o malignos, y ni tan siquiera cuál podría ser la interacción entre esas tres cosas. No podemos estar seguros de cuál es la mejor manera de liberar o exorcizar las casas, las carreteras, las aulas o los campos de batalla y tampoco podemos decir si los espíritus malignos volverán o no a concentrarse en los lugares de los que han sido expulsados; en caso de que pudieran hacerlo, ¿cómo se podría impedirlo? lo que sí sabemos con total certeza es que, cada vez que celebramos una ceremonia de Eucaristía por una persona muerta que pueda necesitar ser liberada, y se la encomendamos a Jesucristo, el Señor de todos los poderes (Rom. 8.38-39), los lugares o personas dominados por espíritus malignos quedan liberados.

Don Robert Petitpierre, monje benedictino y especialista en exorcizar lugares, sigue para ello cuatro pasos tradicionales. En primer lugar, realiza un exorcismo general de todas las habitaciones de la casa, usando agua bendita. En segundo lugar, realiza una **ceremonia de Eucaristía** con oraciones para los muertos. En tercer lugar, bendice todo el edificio y cada una de sus habitaciones; en cuarto lugar, realiza otra ceremonia de Eucaristía en honor del Santo Patrón o de San

Miguel y todos los ángeles, concluyendo con la alabanza del Te Deum o el Gloria. Entonces la casa se encuentra bajo la protección del Señor.

Aunque es posible que, actualmente, Inglaterra albergue a la mitad de los espectros de todo el mundo, la creencia de que determinadas casas o lugares necesitan verse liberados y exorcizados es muy primitiva y se encuentra en casi todos los países. En todas las religiones existe una larga tradición de peregrinaciones a lugares sagrados o santuarios.

Casi durante dos mil años, los cristianos han peregrinado a Tierra Santa para seguir reverentemente los pasos de Jesucristo. En la Biblia se habla también de profanación de determinados lugares, como ocurrió en aquellos sobre los que cayó la sangre derramada por Caín (Génesis 4.10). Jesús pasó muchas veces cerca del basurero de Jerusalén, Gehena, en el valle de Hinnom, que había sido profanado a causa de sacrificios de niños realizados por los paganos. La simple proximidad a dicho lugar bastaba para convertir a un judío en "alguien impuro". Todo el mundo conocía la existencia del mal, a la que se consideraba como una imagen del infierno (Mateo 5, 22). De forma similar, en la Edad Media, los lugares profanados por una misa negra eran considerados "impuros" hasta haberse visto purificados mediante un exorcismo.

Los agricultores conservan todavía la antigua costumbre de bendecir los campos en determinados días; los barcos o edificios pueden verse bendecidos en el momento de su construcción; las iglesias se consagran siempre a Dios cuando se construyen. "Oh, Padre, dignate bendecir estos muros, llénalos con tu amor" (Whittier). No obstante, se han perdido muchas de esas tradiciones, ya que el mundo espiritual en que creían las gentes del Medievo se ve actualmente ridiculizado y considerado como una muestra de superstición. Por tanto, la gente tiende a mostrarse insensible hacia la capacidad de determinados lugares (por ejemplo Lourdes) para permitirles abrirse y recibir mejor el espíritu de Cristo,

mientras que otros lugares les permiten recibir mejor los espíritus de los muertos o de los seres malignos.

Algunas veces hace falta liberar los lugares no sólo de los muertos sino también de las maniobras de los ocultistas. Un médico amigo mío afirmaba escuchar y ver con frecuencia a un perro negro, que, durante la noche, subía y bajaba los escalones de tres en tres. Aunque su esposa no le creía yo sí. Decidimos contrarrestar por tanto la influencia de ese espíritu maligno, exigiéndole que se marchara y orando por cualquiera que necesitara que se orase por él. Inmediatamente cesaron las correrías del perro nocturno. Un año después, cuando este médico amigo mío estaba quitando un radiador empotrado en la pared, descubrió detrás de él un perro negro pintado en el muro, junto con algunas manchas de esperma de velas, que eran claramente los restos de alguna ceremonia ocultista realizada mucho tiempo antes. ¡Sólo entonces se convenció su mujer que mi amigo no había estado imaginando todo aquello!

Pero esto no es un caso aislado. El doctor Kurt Koch está de acuerdo en que los hechizos o "encantamientos" se producen generalmente en aquellos lugares en que se han realizado prácticas ocultistas. Según uno de sus escritos: "Una de las manifestaciones más desconcertantes es la de la presencia de espectros en los hogares o en lugares en que han actuado los ocultistas, y no sólo mientras éstos están vivos sino incluso después de su muerte. Mientras siga vivo quien practique el ocultismo, el fenómeno de los espectros puede comprenderse aplicando la teoría de Bender acerca de la existencia separada de poderes psíquicos disociados. No obstante, la persistencia de esos fenómenos tras la muerte de la persona que practica el ocultismo no puede ser explicada de manera racional. En ese caso debemos recurrir a una explicación transcendental, a menos que nuevas investigaciones científicas sobre los fenómenos psíquicos nos lleguen a proporcionar la llave que nos permita descifrar este misterio".¹

De hecho, mientras no dispongamos de una explicación científica mejor, deberíamos utilizar cualquier medio del que dispongamos para devolver la paz a un lugar "encantado" o "hechizado". Para ello, lo que tenemos que hacer, en primer lugar, es renunciar a cualquier participación en fenómenos ocultistas y anular la influencia del maligno-, ordenándole que se marche, sin olvidar hacer desaparecer todos los objetos utilizados en las prácticas ocultistas susceptibles de atraer a los espíritus a esos lugares. Luego, y siempre que sea posible, tendremos que descubrir la identidad de la persona que pueda estar "encantada" o "hechizando" el lugar y liberarle mediante las oraciones, para lo que resulta especialmente eficaz la celebración de una ceremonia de Eucaristía. Si no se puede averiguar su identidad, deberán pronunciarse las oraciones por cualquiera que pudiera necesitarlas, incluyendo a aquellos heridos o perjudicados por la persona muerta. En tercer lugar, se pedirá a todos los presentes que se encomienden al Señor y soliciten la protección de sus ángeles, de manera que su presencia pueda llenar todo el lugar y no quede espacio alguno para el mal.

7. EL MUNDO DE LAS SOMBRAS

En 1964, Mortimer, por aquel entonces obispo de Exeter, me invitó a participar en la recientemente creada Comisión de Exorcismos de Exeter. Aunque llevaba solamente un año ejerciendo la práctica privada de la psiquiatría, pude presentar a la Comisión doce casos, pues varios médicos me habían enviado pacientes suyos gravemente afectados por fenómenos ocultistas.

El trabajo de la Comisión aumentó a partir de aquella reunión, en la que sólo respondieron a la invitación dos obispos anglicanos, hasta hoy que se encuentra representados treinta y ocho. Actualmente, todas y cada una de las diócesis de Inglaterra cuentan con un exorcista oficial. La Iglesia está empezando a darse cuenta de los peligros del ocultismo. Pero no deseo exagerar la importancia de la participación demoníaca, ya que éste sólo representó un 4 por ciento de los casos tratados por mí tanto en hospitales como clínicas. No obstante, la proporción de esos casos que me llegan está aumentando cada vez más y mis pacientes tienden a ser los que no han respondido a otros tratamientos psiquiátricos. Muchas personas que no han experimentado mejoría alguna a pesar de llevar años y años en tratamiento se han visto curadas mediante la oración, aún en los casos en que ni tan siquiera sabían que se estaba rezando por ellas.

Cuando existan sospechas de que en la vida de una persona intervienen fuerzas ocultas, antes de poner en marcha cualquier otro tipo de tratamiento es imprescindible realizar un reconocimiento médico a fondo. Aquel de quien se sospeche que está bajo control demoníaco puede encontrarse en realidad aquejado de psicosis depresiva, esquizofrenia o padeciendo los efectos de otras psicosis orgánicas. La persona en cuestión podría ser un neurótico agudo, y la causa está en su propia personalidad o en una imagen surgida de su

subconsciente profundo. Aunque todos esos diagnósticos podrían tratarse como trastornos psiquiátricos, no excluyen el control demoníaco.

Puede haber enfermedades que sean sólo mentales; pueden ser mentales acompañadas de control demoníaco; y puede haber solamente control demoníaco. La prueba que permite verificar esto no es la presencia o ausencia de una enfermedad mental, si no más bien si se produce o no una respuesta a las oraciones o a la celebración de la ceremonia de la Eucaristía. Este diagnóstico debería ser lo más preciso y exacto posible.

Muriel, una mujer de treinta y algunos años, afirmó estar "poseída" y ver demonios bailando delante de ella. Su párroco, un sacerdote católico, me la envió pidiéndome una opinión psiquiátrica con la esperanza de que, si su relato fuera cierto, yo lograría identificar a los "demonios", de manera que pudieran ser exorcizados. Era innegable que Muriel parecía sumamente deprimida y confusa. Estaba también muy pálida. Describió sus demonios como pequeñas cosas negras que bailaban delante de sus ojos cada vez que se levantaba rápidamente de la cama o de un sillón. Un sencillo análisis de sangre bastó para revelar que padecía una grave anemia y que su tensión era muy baja. No obstante, una mañana temprano, cuando estaba orando tranquilamente, tuve la intuición de que parte de su problema estaba relacionado con algún tipo de bastón.

Durante la siguiente visita, le entregué a Muriel una receta para combatir la anemia y, cuando estaba a punto de marcharse, le pregunté por el bastón. Se sonrojó y farfulló: "¿Qué quiere decir?". Entonces le contesté que ni yo mismo sabía exactamente lo que había querido decir y volví a preguntarle por el bastón. Finalmente, me contó la historia de un bastón con joyas incrustadas en el puño que había sido robado por uno de sus antepasados. Durante generaciones había permanecido oculto bajo el suelo de la casa de su familia. Tras algunas

investigaciones consiguió que el valioso bastón le fuera devuelto a los descendientes de su legítimo propietario. A las dos semanas Muriel se había transformado totalmente, convirtiéndose en una mujer liberada y feliz.

Actualmente le dedico cada vez menos tiempo a los pacientes "poseídos", como Muriel, que lo que necesitan fundamentalmente es un tratamiento médico, y más a los auténticamente oprimidos por fuerzas ocultas. Y con el término "ocultismo" le refiero a todas las prácticas que buscan alcanzar el poder o el conocimiento de una fuente contraria a las enseñanzas de Dios Deuteronomio 5.6; 18.10-12). Por ejemplo, astrología, tableros con signos y letras de los espiritistas, la escritura automática, aróscopos, buenaventuras, adivinaciones, sesiones de espiritistas, cartas del tarot, brujería y meditación trascendental¹ son todos instrumentos del maligno. Al principio pueden practicarse de manera inocente, sólo para pasárselo bien, pero en todos los casos contribuyen a alejarnos de Dios. La psiquiatría reconoce el hecho de que el ocultismo permite la entrada en el mundo de los espíritus malignos. Los investigadores psiquiátricos están demostrando incluso la existencia de curaciones, tales como un cambio de orientación sexual, alcanzadas mediante oraciones y exorcismos y que ofrecen libertad y posibilidad de escapar de dicho mundo. En un artículo publicado en la revista médica jánica "*The Practitioner*" (marzo de 1974) el doctor Richard Mackarness (Ayudante de Psiquiatría en el Park Prewett Hospital, Basingstoke Hampshire) explicó cómo un exorcismo sirvió para ayudar y curar a un paciente aquejado de una enfermedad mental de carácter esquizoide.

En los últimos diez años se ha producido una importante eclosión del interés por los fenómenos ocultistas, sobre todo entre los jóvenes. Este mayor interés ha coincidido con el abuso de las drogas tanto "blandas" como "duras", y es posible que ambas cosas estén relacionadas entre sí. Al tiempo que los siquiátras tienen

que ocuparse cada vez más de pacientes aquejados de abuso de drogas, los hospitales para enfermos mentales se están llenando de pacientes negativamente afectados por su participación en prácticas ocultistas. Algunos de ellos se encuentran gravemente enfermos y no responden bien a los tratamientos psiquiátricos ortodoxos a base de electroshocks y medicamentos psicotrónicos. En algunos casos, lo único que puede ayudarles es el exorcismo y las oraciones".

Tras probar los medicamentos tradicionales con esos pacientes, y obtener resultados negativos, el doctor Mackarness llegó a la siguiente conclusión: "Habiendo agotado los recursos terapéuticos ortodoxos, comencé a sospechar que me encontraba frente a un caso de síndrome de posesión. Un colega, el doctor Kenneth McAll, había publicado recientemente un artículo al respecto, por lo que decidí pedirle que viniera a ver a mi paciente y discutiéramos juntos la posibilidad de exorcizarla. Yo me llevé un crucifijo de casa y, junto con la enfermera que llevó como acompañante, celebramos la ceremonia de exorcismo. El resultado fue espectacular. La paciente dijo de inmediato que se sentía mejor y, a partir de entonces, experimentó una recuperación continua y sin recaídas. Dejó de tomar drogas y no ha vuelto a hacerlo".

La paciente que estaba tratando el doctor Mackarness era una obrera fabril de treinta y ocho años de edad internada en un hospital para enfermos mentales, como "esquizofrénica". Se dedicaba a recibir imaginarias llamadas telefónicas de su padre muerto y afirmaba "ver pisadas" sobre el suelo del pabellón donde se encontraba internada. Su capacidad mental no era demasiado grande y tanto su forma de pensar como de hablar se veían limitadas por un bajo coeficiente de inteligencia. Desde el punto de vista físico, no parecía padecer ningún mal, salvo que en algunas ocasiones no dormía bien. Se trataba de una mujer pequeña y nerviosa, angustiada y muy consciente de sí misma, en cuya familia no había antecedentes de enfermedades o trastornos mentales.

Cuando se me llamó para pedirme una segunda opinión psiquiátrica, y la paciente me contó que, cinco meses antes, había acudido a una pareja de espiritistas en busca de curación, a los que había pedido que la ayudasen ya que pensaba que debía ser una "drogadicta" a pesar de que la única droga que tomaba era un suave tranquilizante. La pareja de espiritistas habían realizado unos cuantos pases de manos a su alrededor, lo que la había asustado mucho e impulsado a volver rápidamente a su casa. Entonces empezó a sufrir alucinaciones, imaginándose que su padre estaba en "la casa y en el jardín" y escuchando su voz por el teléfono. Aquejada de insomnio y gravemente perturbada, había ingresado en un hospital para enfermos mentales.

Parecía posible que la causa de su trastorno fuese una fuerza ocultista, por lo que decidimos orar por ella mientras la paciente se encontraba todavía alucinada. En nombre de Jesucristo pronunciamos una sencilla oración en la que le pedimos a Dios guía y protección, y luego rezamos el Padre Nuestro y ordenamos a cualquier espíritu maligno que se marchase sin oponer resistencia. No hizo falta ningún otro tratamiento. La paciente quedó curada desde ese mismo momento y volvió a su casa dos días más tarde, para ocuparse de su marido y de un hijo adolescente que tenían. Cinco años después ni tan siquiera se acordaba de lo que le había pasado.² El personal del hospital me contó que a consecuencia de la actividad de esa pareja de espiritistas había otras muchas personas internadas en él. Visité al miembro varón de la pareja y me confesó que había provocado otros muchos desastres. Decidió no volver a entrometerse en la vida de las personas, y estudiar la vida de Jesucristo en la Biblia, libro que nunca se había atrevido a leer.

Con bastante frecuencia los que necesitan verse liberados del maligno reaccionan contra las oraciones y todas las cosas sagradas. Incluso el orar en silencio (lo que elimina la posibilidad de sugestión) puede perturbarlos, y su comportamiento errático puede verse desencadenado por el simple hecho de empezar y dejar de

orar en silencio. Todos estos datos pueden ser de gran ayuda para la formulación de un diagnóstico.

Una muchacha de dieciocho años fue a ver una película sobre el demonio y los fenómenos ocultistas. Aunque muy impresionada por lo que vio, pensó que ese tipo de recuerdos se desvanecen con el paso del tiempo. Sin embargo, y en su caso, se sintió cada vez más atormentada por visiones del demonio y oír voces que la ordenaban destruirse a sí misma. Tuvo que dejar de trabajar y empezó a consumir drogas hasta la adicción. Nueve meses después vino a mi consulta, acusándose en primer lugar de haber ido a ver esa película. Era evidente que limitarse a recetarle tranquilizantes hubiera sido poco más o menos como ponerle una cataplasma sobre una pierna rota, por lo que le sugerí que deberíamos orar juntos. La joven accedió de inmediato. Con gran simplicidad, me limité a pedir a Jesucristo que aquel poder maligno dejara de ejercer control sobre su vida. Desde ese momento no volvió a tener visiones, ni a escuchar voces y dejó de consumir drogas.

En cierta ocasión el médico de un centro superior de estudios bíblicos me envió a un tal Brian. Se trataba de un estudiante divorciado de casi treinta años, cuya conducta estaba perturbando gravemente la vida del centro. No podía dormir y se veía aquejado de temores inexplicables.

Brian me contó que, durante su infancia, sus padres se habían peleado continuamente, terminando por divorciarse, así como que, en cuanto pudo, se había marchado de casa para alistarse en la Royal Air Force. Allí había hecho amigos que le habían introducido en el mundo de los tableros con signos y letras de los espiritistas, la numerología y las cartas del tarot. Se había interesado mucho por la astrología e incluso llegó a participar en aquelarres de brujas, pero se sintió muy alarmado, cuando tras haber aprendido a utilizar la "escritura automática",

descubrió que repetidamente y sin poderlo evitar escribía siempre las palabras: "asesino alemán".

Cuando consultó con una médium, que utilizó fotos de su familia para recibir mensajes de los muertos, Brian supo que se parecía mucho a un tío abuelo suyo que había muerto durante la guerra. En otros tiempos, la médium se había mostrado muy activa en el seno de una iglesia no conformista; pero, tras descubrir sus "poderes", la simple mención del nombre de Jesucristo bastaba para impedirle funcionar como médium.

Brian experimentó un fuerte deseo de descubrir personalmente la fe en el cristianismo y, con el tiempo, terminó pidiendo su ingreso en el centro Superior de Enseñanzas Bíblicas al que nos hemos referido. No obstante, era incapaz de romper los lazos que le unían al pasado y se veía cada vez más atormentado por aquellas palabras.

Cuando trazamos su Árbol Genealógico, descubrimos que, durante la guerra, su tío abuelo, al que se había referido la médium, había saltado en pedazos a causa de la explosión de una mina alemana, sin haberse visto debidamente encomendado al Señor. Celebramos una ceremonia en su honor y, en el transcurso de la misma, Brian pidió perdón por su perverso comportamiento durante su época como ocultista. Conoció al mismo tiempo el perdón y la liberación y pudo completar sus estudios sin dificultad.

PERDON Y RENUNCIACION

Para recibir daños o males procedentes del ocultismo no es necesario estar directamente implicado en fenómenos ocultistas, mediante su participación en esa clase de fenómenos los padres pueden incluso llegar a dañar a sus hijos. John era

un niño de solo cuatro años que cada vez con mayor frecuencia padecía ataques parecidos a los de la epilepsia, durante los cuales hacían falta hasta tres adultos para reducirle. Había que mantener lejos 3 su alcance todos los objetos de la casa susceptibles de romperse y no se le podría dejar en ningún momento solo, por mor a que ¡e diera un ataque. Cuando fui a verle pasamos juntos un raro agradable y perfectamente tranquilo, jugando con trenes de juguete. Finalmente, renuncié a averiguar algo a aves del propio John y decidí hablar con su padre.

Y mientras nos encerrábamos en su estudio para evitar que nos molestase o interrumpiese el niño, oré en silencio pidiendo le se me revelase alguna clave que me permitiera desentrañar la situación. Me sorprendió mucho ver en las estanterías del estudio numerosos libros acerca del espiritismo, y el padre de John me asombró contándome que, desde hacía algún tiempo, venía llevando a cabo experimentos de "radiónica", así como que un médium espiritista había sido su "mejor amigo" durante los últimos quince años. Inmediatamente y sin pensarlo, le dije: Cuando pida perdón a Dios y quemé esos libros su hijo será liberado! Como pastor metodista está usted quebrantando las leyes de Dios". Reaccionó furiosamente y me mandó que me fuera inmediatamente de su casa sin más discusión.

Algún tiempo después, John comenzó a sufrir un ataque que, intermitentemente, duró treinta y seis horas. Sus padres y los amigos que les ayudaron quedaron agotados, pero no así el niño.

Movido por la desesperación, el padre pidió ayuda a un vicario anglicano que vivía cerca. Juntos se dirigieron a la iglesia parroquial y, ante el altar, el padre pidió perdón a Dios por el daño que había causado a través de sus escauceos con el ocultismo. Después quemó todos los libros que tenía sobre fenómenos ocultistas y se sintió purificado. Desde entonces John no ha vuelto a sufrir ningún "ataque". Su profesor en la escuela para niños difíciles a la que asistía se quedó sorprendido

ante ese cambio. Actualmente asiste a una escuela normal y va bien en sus estudios. Y su padre celebra regularmente ceremonias u oficios en su propia iglesia.

Parece injusto que un niño sufra las repercusiones de la participación de su padre en fenómenos ocultistas, pero conviene no olvidar que el maligno provocará sufrimientos y angustia en cualquiera que haya heredado esa clase de aficiones, aunque sea sin saberlo él mismo. Dios nos ordena no adorar ídolos. Dice: "Yo, Yavé, tu Dios, soy un Dios celoso, que castigo la maldad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen" (Exodo, 20.5).

Así, algunos pastores y sacerdotes especializados en redimir espíritus atormentados, como el reverendo **Pat Brooks**,³ exigen incluso que la persona "poseída" renuncie o se arrepienta de toda una serie de ofensas relacionadas con la práctica del ocultismo que puedan haber cometido sus antepasados. "Si confiesan sus pecados y los de sus padres..." (Lev. 26.40). También dice: "Dado que, para que pueda tener éxito, una parte importante de la ceremonia debe consistir en quebrar la herencia o legado demoníaco en el árbol genealógico, deberemos repetir todos juntos la lista de ofensas". Tras esta confesión, viene la renunciación o rechazo: "Ahora, en nombre de Jesucristo, rompo cualquier dominio demoníaco de carácter psíquico y hereditario que pueda haber en mi árbol genealógico como consecuencia de la desobediencia de cualquiera de mis antepasados".

Idéntico énfasis en la necesidad de renunciar a las obligaciones o servidumbres heredadas pone el doctor Kurt Koch,^{4,5} cuya oración para estos casos es la siguiente: "En nombre de Jesucristo renuncio a las obras y pompas del demonio, así como a las prácticas ocultistas de mis antepasados, y me consagro a Jesús, mi Señor y Redentor, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén". El Dr. Koch utiliza esta fórmula porque ha tenido que hacer frente a más de 10.000 casos de

dependencia o servidumbre para con el ocultismo, y con frecuencia se ha tropezado con modelos de desastres heredados que se transmiten a través de generaciones y generaciones. Según él: "En la familia de encantadores y hechiceros en cuyo historial pude rastrear hasta tres o cuatro generaciones, encontramos efectos tales como muerte en un hospital para enfermos mentales, casos de melancolía, suicidios y accidentes fatales que se repiten de manera regular y siguen por tanto un modelo determinado... Los síntomas de este tipo que se dan prácticamente en todas las familias e "hechiceros" me ponen sobre alerta y me permiten conocer la implicación de algunos miembros de las mismas en "fenómenos ocultistas".

El doctor Koch recomienda también la liberación mediante s mismos procesos que yo utilizo; es decir, un diagnóstico exacto, renuncia, confesión de los pecados y su absolución, ración de consagración y, lo que es más importante, un cambio tal de vida con la ayuda de una comunidad amorosa que participe de la palabra de Dios, de la oración y sobre todo, de la Eucaristía. Muchas veces el Señor acorta este proceso. En el caso la paciente esquizofrénica del doctor Mackarness, la oración de liberación se pronunció de inmediato. Pero, muchas veces, esa oración tiene que esperar hasta que la persona sea capaz de pedir perdón y renunciar a su participación voluntaria en los fenómenos ocultistas, como ocurrió en el caso del padre de John.

ACCION DE LIBERACION⁶

A diferencia de esas situaciones en las que se encontraban presentes las personas afectadas, la liberación puede producirse bien mediante oraciones a distancia. Esa clase de oraciones resultan especialmente útiles cuando la persona que necesita

ser liberada se niega a que la ayuden, no goza de libertad suficiente como para renunciar previamente a su participación en fenómenos ocultistas o es víctima de una participación involuntaria.

En cierta ocasión, su psiquiatra le envió a una mujer de cuarenta y cinco años, casada y bastante rica. Llevaba varios años alcoholizada; pero, curiosamente, cuando estaba en nuestra casa se mostraba perfectamente normal y, al parecer, no sentía ninguna inclinación por la bebida, mientras que en su hogar, la costumbre de beber sin parar había prácticamente acabado con la vida de la familia. La madre de la paciente participaba muy a fondo en fenómenos espiritistas y estaba intentado establecer un contacto espiritista con su marido muerto. Cuando la interrogué, descubrí que su abuso de la bebida estaba relacionado con una maldición que le había lanzado su madre por negarse a firmar determinados documentos legales sin haberlos leído primero.

Un grupo decidimos que, sin el conocimiento de la familia, nos ocuparíamos de que todos los jueves por la tarde se dijeran oraciones en diferentes partes del país, y, que en dicha tarea participarían sobre todo clérigos. De aquella manera conseguimos romper la maldición que pesaba sobre aquella mujer alcoholizada y confiarla a la protección del Señor y de los ángeles. Aunque la paciente no sabía nada acerca de nuestro círculo de oraciones, dejó de beber el primer jueves sin que nada hiciera prever que fuera a comportarse así y, algunas semanas más tarde, ella y su familia celebraron su primera Navidad sin alcohol después de muchos años. El marido, que se sintió sumamente complacido por el cambio experimentado por su esposa, comenzó a asistir regularmente a la iglesia, y, con el tiempo, se convirtió en capellán. En el transcurso de los meses siguientes se arreglaron incluso los difíciles y tempestuosos matrimonios de los dos hijos varones de la pareja.

CAMBIAR DE VIDA

Por eficaces que sean las oraciones, con el tiempo, dejarán de tener efecto si la persona en cuestión no utiliza la libertad alcanzada mediante las mismas para pedirle a Satanás que le deje en paz y a Jesucristo que ocupe su lugar. Una señora que mantenía relaciones lesbianas decidió entretenerse invitando a toda una serie de personas, incluyéndome a mí, a orar pidiendo su liberación. Sin embargo, después continuó llevando ese mismo tipo de vida, y no utilizó la libertad recientemente conquistada para consagrarse a nuestro Señor Jesucristo. Me negué a seguir visitándola y le dije que sólo volvería cuando mostrase verdaderamente deseos de cambiar de vida. Si, tras la libertad alcanzada después de la liberación, se permite que el maligno permanezca con nosotros (expresándose mediante el pecado, resentimiento o la implicación continuada de fenómenos ocultistas), esa libertad suele perderse muy pronto.

Por el contrario, si una persona utiliza dicha libertad para invitar a Jesucristo a convertirse en ejemplo de su vida, el maligno no tendrá más remedio que alejarse de ella. Dado que es de vital importancia acumular recursos espirituales, de vez en cuando hemos aceptado en nuestro hogar a personas que necesitaban ser liberadas para que pudieran vivir en el seno de una amorosa comunidad cristiana. Al ser amados por nosotros y por el Señor, se benefician también de una curación interior de anteriores relaciones o acontecimientos de carácter traumático. Por ejemplo, en caso de haber sido heridas o dañadas por su padre, empezarían a conocer mejor a Dios en la figura del Padre para recibir así la influencia de Dios en lugar de la del maligno.

A menos que un agravio se vea curado mediante consejos, amor y oraciones, se convertirá en una puerta abierta que permitirá el retorno del maligno. Para ayudar a

las personas a cerrar esas puertas del subconsciente a cualquiera salvo al Señor, les enseñamos también a escuchar y a mantener la mente despierta y alerta. De esa manera, pronto reciben las instrucciones de Dios. Cuanto más capaz sea una persona de entregarse a Jesucristo, más fácil resultará liberarla para siempre del control del maligno. Las personas que necesitan que se ore por ellas se sentirían menos avergonzadas si comprendieran de verdad que la liberación se produce fundamentalmente porque se arrepienten de verdad y están llenas del poder y el perdón de Jesucristo de manera que, aunque estén llenas de él, el maligno no puede permanecer ya en ellas.

Durante veinte años los médicos habían intentado tratar a un ingeniero de cuarenta años que padecía dolores gástricos y tensión. Además, en los últimos tiempos, venía quejándose de sentir algo así como una "venda apretada" alrededor de la cabeza, acentuándose su depresión e imposibilitándole incluso, para el trabajo. Todas las pruebas realizadas por especialistas de hospitales habían dado resultados negativos, y tampoco había respondido positivamente a ningún tratamiento. No podía dormir y cada vez tenía menos apetito, a pesar de atiborrarse de alimentos, por lo que al final llegó a plantearse la posibilidad del suicidio. Entonces me lo mandaron. Parecía estar sufriendo una depresión autoinducida, con el consiguiente hábito de despertarse temprano por la mañana. Recordó sus sueños y todos giraban en torno a perturbadoras conversaciones con sus amigos muertos. Le interrogué cuidadosamente acerca de sus creencias y actitudes religiosas. Todos los miembros de su familia habían sido miembros de la iglesia anglicana; pero, durante los últimos años, había conocido a una mujer que se anunciaba como psicóloga. De hecho, lo que hacía era adivinar el futuro en una bola de cristal, y el hombre y su familia habían llegado a depender más y más de sus consejos.

Tras introducir algunas alteraciones en su medicación e incorporar vitaminas, le sugerí la idea de una oración especial.⁷ Dicha oración ponía un mayor énfasis en la idea de anotar todos los pensamientos que se le ocurrieran durante ese período de contemplación privada a primera hora de la mañana. Diez días después, me trajo una lista de sus pensamientos, todos resultaron ser sumamente pertinentes y prácticos. Una de las sugerencias decía que sus dolores de cabeza se debían en gran medida a la falta de ejercicio al aire libre; otra, que durante la semana debería de asistir a la ceremonia de la Eucaristía y participar más en los ritos y actos de su iglesia local. También se dio cuenta de que debería ser más consciente del mal que le estaba controlando a través de su relación con la adivinadora, y que él mismo debería realizar su propia ceremonia de renunciación y liberación. Lo hizo limitándose a tomar la Biblia en su mano y decir firmemente: " ¡Satanás, márchate!". El cambio que experimentó fue muy notable y rápido. Recuperó la paz, pudo relajarse y volver a dormir normalmente. También recuperó su energía y capacidad de trabajo y ahora, cuatro años después, ha logrado convertirse en una autoridad internacional en el campo de la ingeniería.

Aunque su mujer se sintió muy complacida por la recuperación de su marido, no se mostró totalmente de acuerdo con su nueva forma de pensar acerca de Jesucristo. Hasta entonces, a ella se le había considerado siempre como "el pilar de la familia" y como una persona que siempre tenía razón. Por propia iniciativa volvió a consultar con la adivinadora. Cuando volvió a casa, se sintió desorientada y preocupada, empezó a escuchar ruidos por todas partes, y a albergar la idea paranoica de que sus vecinos estaban haciendo todo lo posible por molestarla.

Llamó a su médico de cabecera y éste hizo todo lo necesario para que la ingresaran en un hospital, Mientras nos encontrábamos esperando en la antesala de su habitación, su marido y yo pronunciamos las oraciones de exorcismo, pero no parecieron beneficiarle en lo más mínimo.

A la mañana siguiente, cuando se despertó en el hospital, se encontró perfectamente bien y empezó a actuar de manera totalmente normal. Al cabo de un par de días le dieron el alta y lúe devuelta a su casa, no volviendo a tener problemas; desde entonces ninguno de los miembros de la familia ha ido a ver a la adivina.

Su marido había alcanzado la liberación personal gracias a sus propios esfuerzos; pero, en los casos más graves de control a lrgo plazo, hace falta la asistencia y amor de una comunidad cristiana para que la persona recientemente liberada pueda adquirir nuevos hábitos o costumbres.

Un ejemplo extremo y poco habitual de lo expuesto anteriormente es el que se produjo en una señora de unos sesenta y cinco años procedente de Australia. Durante cincuenta había venido oyendo "voces" con las que conversaba, llamándolas por su nombre, y, durante todos esos años, ningún tratamiento médico consiguió ayudarla. Muchas veces los consejos que le daban esas voces provocaban resultados realmente desastrosos; pero, aún así, no lograba escapar a su influencia. Con frecuencia las voces se autodenominaban "las tres bestias", y se habían apoderado de ella cuando, a los dieciséis años, sin ser todavía cristiana, la habían anestesiado para extirparle el apéndice. Dado que, cuando se reza en equipo, las oraciones tienen mayor poder y capacidad de discernimiento, nos juntamos cuatro para orar rogando por su redención y liberación. Al parecer tuvimos éxito; ya que "las voces" que la habían atormentado durante cincuenta años cesaron de repente.

Sin embargo, esa misma noche, descubrió con desesperación que, tras haber permanecido controlada durante tanto tiempo, carecía ya de propia voluntad. No sabía cómo utilizar el tenedor e incluso ni cómo lavarse. Sólo tras nueve meses de paciente entrenamiento en la formación de nuevos hábitos y en la acumulación de

confianza en sí misma pudo viajar de vuelta a Australia sin que nadie la acompañara.

Normalmente no puedo prestar tanta atención a mis pacientes, por lo que recomiendo que una persona por la que se ore pidiendo su liberación vaya acompañada por un amigo o amiga que, en caso necesario, continúe ocupándose de ella. Normalmente el proceso de liberación no se produce de la noche a la mañana, si no que aporta una renovada libertad que permite elegir nuevos caminos. Hay que abandonar la muletilla de "el demonio me obligó a hacerlo" y sustituirla por un nuevo conocimiento y comprensión de lo que nos impide elegir libremente nuevas formas de comportamiento o nuevos caminos. No queda más remedio que seguir luchando con los viejos hábitos y superarlos mediante la adopción de otros nuevos. Expulsar a los espíritus malignos mediante la redención resulta relativamente más fácil que mantenerlos alejados llevando una vida equilibrada en la que las oraciones y la celebración de la ceremonia de la Eucaristía favorezcan una influencia cada vez mayor de Jesucristo.

Es importante que la redención se vea seguida por un mayor énfasis en el poder de Jesucristo en lugar de en la presencia de los demonios. Muchas veces va seguida por un período de fuertes tentaciones en las que el maligno intenta volver a la persona afectada haciéndole dudar de su recién alcanzada libertad. Los individuos en cuestión pueden despertarse a mitad de la noche y volver a sentir una presencia maligna, o experimentar el mismo impulso maligno y pensar que es demoníaco. Deben aprender a considerarlo simplemente como un mal hábito que pueden cambiar libremente con la ayuda continuada de la disciplina cristiana.

Cuando se produzcan esas tentaciones, la persona afectada debe centrarse en el poder de Jesucristo y reafirmarlo tranquilamente, sabiendo que el maligno carece de poderes a menos que las dudas o los pecados repetidos le permitan volver a poseerla. "Si el Hijo os hace libres, seréis de veras libres" (San Juan 8.36).

Cuando, tras verse libre, un paciente me pregunta por qué vuelven a producirse ataques, normalmente le recomiendo que diga un Padre Nuestro y se imagine al Padre enviando a sus ángeles para protegerlo. Si lo hace con convicción, normalmente no hace falta nada más, sobre todo cuando el paciente se libera de un entorno negativo para entrar en una amorosa comunidad cristiana y sigue sintiéndose protegido por Jesucristo, como se le prometió a través de la Eucaristía. Si continúan los ataques, debo intentar descubrir por qué el paciente no consigue expulsar al maligno e intentar continuar la curación de los traumas que están bloqueando el desarrollo de una relación total y plena con Jesucristo.

Ruth era una mujer inteligente, aunque sumamente delgada y llena de temores. Vino a verme junto con su marido, debido a sus frecuentes estallidos de mal genio que, en su caso, iban unidos siempre a unos dolores agudos e intensos. Entre 1946 y 1972 se había sometido a numerosos exámenes y reconocimientos en un hospital, así como a numerosas operaciones de carácter exploratorio. Nada había contribuido a aliviarla.

Le hice un reconocimiento físico rutinario, pero sólo pude encontrar una anomalía: su riñón derecho parecía desplazarse en el abdomen. Cuando se lo mencioné, el marido se mostró sumamente irritado. Insistió que, desde un punto de vista médico, se había hecho todo lo posible por solucionarlo y que, si me habían consultado, era en mi calidad de psiquiatra, por lo que debería ocuparme únicamente de esos aspectos. Sin más discusión, tomó a su mujer por el brazo y se marchó airadamente.

Aunque asombrado por esta actitud extraordinaria, me quedé todavía más sorprendido cuando Ruth, sola, volvió a verme varios meses después. No había experimentado mejoría alguna ni realizado ningún progreso. La envié al departamento de rayos X del hospital local para que investigaran la aparente movilidad de su riñón; pero ni ellos, ni la propia Ruth, parecían haber oído hablar

nunca de un riñón flotante. Totalmente desesperado pedí ayuda a un radiólogo privado que realizó las pruebas necesarias. Los rayos X confirmaron la sospecha de que, entre la posición supina y la posición de pie, el riñón se desplazaba aproximadamente unos seis centímetros, lo que constituía una clara indicación de que era necesaria una operación.

Dos cirujanos se negaron a realizarla, y un tercero accedió de mala gana sólo cuando yo me ofrecí a ayudarlo, pues en el transcurso de los últimos años había realizado tres intervenciones parecidas. La operación demostró que, de hecho, su riñón podía desplazarse tanto vertical como lateralmente. Limitándonos a coserlo, conseguimos mantenerlo en su posición correcta. Di por sentado que, una vez superado con éxito el problema del dolor físico, seguiría quedando por resolver el otro, el de sus violentos estallidos de mal genio; pero, desde el mismo momento de la operación, no volvieron a producirse; y, veintiséis años después, Ruth sigue siendo una mujer perfectamente sana y equilibrada. No había necesitado arrepentirse ni que se orase por su curación; lo único que había necesitado era una sencilla operación de riñón.

Dado que es importante que la persona liberada reciba en su seno a Jesucristo, siempre que puedo, prefiero alcanzar esa liberación por medio de la Eucaristía.⁸ Si una persona alcanza esa nueva libertad mejor mediante dicha ceremonia que mediante oraciones pronunciadas por mí aunque sea en su nombre, tendrá más probabilidades de seguir participando regularmente en la celebración de ceremonias de Eucaristía y se centrará más en la búsqueda de una relación con Jesucristo que conmigo. Dado que los espíritus malignos poseen ese poder, intentarán impedir por todos los medios que la persona liberada participe en la celebración de la Eucaristía. (De hecho, las brujas reconocen que su mayor enemigo es el poder redentor de la Eucaristía, por lo que su máxima profanación consiste en la celebración de las llamadas "misas negras").

La Eucaristía puede solucionar incluso los casos más difíciles, los más estrechamente relacionados con el ocultismo. En cierta ocasión, unos amigos trajeron a mi consulta a una muchacha de diecinueve años que padecía alucinaciones. Era famosa por su conocimiento de las artes de magia negra, que había aprendido de su abuela antes que ésta muriese. Logramos convencerla para que quemase todos sus libros sobre ocultismo y, para purificarse, decidió asistir a una ceremonia evangélica que reproducía la última cena de nuestro Señor. Durante la ceremonia se volvió a encomendar a su abuela al Señor. A la mañana siguiente, la muchacha se sintió totalmente libre de cualquier alucinación y muy feliz y contenta. El domingo siguiente, se levantó en la iglesia y le habló a toda la congregación de su recién conquistada libertad. No importa lo más mínimo que la ceremonia se denomine Eucaristía de la Resurrección, Eucaristía de muertos, Última Cena, compartir el pan, sagrada comunión o misa de Réquiem. Lo que importa es su poder curativo y los efectos que genera.

Aunque durante la celebración de una ceremonia de Eucaristía de liberación, puedo contrarrestar cualquier comportamiento (angustia, cansancio, depresión, etc.) capaz de impedir a una persona participar plenamente, ha habido ocasiones en las que, para liberar a los que permanecían bajo el control del maligno, todo lo que ha hecho falta ha sido una ceremonia de Eucaristía normal y corriente, sin oraciones extra.

Nancy, una adolescente que vivía en Hampshire, padecía agorafobia. La simple idea de salir a cualquier parte bastaba para ponerla enferma. Contrajo dolores de estómago y empezó a dejar de ir a la escuela. No obstante, la anomalía más terrible de Nancy no era ésta, sino que constantemente veía a su abuelo muerto subiendo y bajando las escaleras de su casa, abriendo las ventanas y guiñándole el ojo desde una fotografía colgada en la pared. Su abuela y las dos tías que vivían

con ella afirmaban que también lo veían. Una de sus tías me contó que a veces Nancy se sentaba como si estuviese en trance, dedicándose a trazar rápidamente líneas rectas sobre una hoja de papel. Cuando las examinamos con una lupa descubrimos que estaban compuestas por palabras. Se trataba de "conversaciones" que mantenía con su abuelo: Un exorcista al que se consultó afirmó que se trataba de una muestra de escritura automática y que Nancy se encontraba bajo la influencia de una posesión demoníaca. Entonces se pidió al vicario local que celebrase una ceremonia de Eucaristía en el hogar de Nancy. Yo esperaba que pronunciase una oración por la liberación de aquélla y oraciones para encomendar a su abuelo al Señor. Celebró la ceremonia de Eucaristía pero sin pronunciar oraciones por esos dos fines específicos ni antes ni durante la misma.

Yo me sentí desconcertado y algo molesto, pero dicha ceremonia bastó por sí sola para hacer desaparecer al "fantasma" de aquel molesto antepasado. No volvió a aparecerse a Nancy y cesaron sus "conversaciones" por escrito. La muchacha superó inmediatamente su agorafobia y cambió tanto que sus dos tías se convirtieron al cristianismo.

El Señor parece utilizar nuestras vacilaciones y errores e incluso nuestras buenas intenciones para liberar a las personas; quiere que confiemos en El en lugar de insistir en que le ofrezcamos un ritual perfectamente realizado. Yo me preocupé demasiado por si se rezaba o no por el antepasado en cuestión; es decir, por Su abuelo, o por la expulsión de todos los espíritus malignos en general a través de la oración liberadora. Cuando intervienen antepasados, pienso que están provocando esos sufrimientos para llamar la atención de los vivos, de manera que pueda liberárselos.

No obstante, algunas veces al enfrentarme al maligno me parece posible que los sufrimientos de los vivos sean de hecho obra de éste. El maligno puede intentar

torturarnos con enfermedades físicas o mentales que nos permitan centrarnos emocionalmente sólo en nosotros, de manera que nos olvidamos de intentar ayudar a los muertos. Los síntomas de la presencia del maligno y la desesperación a que dan lugar y que conducen al suicidio revelan su presencia luchando o combatiendo con los que se muestran sensibles a las necesidades de los muertos a los que no sean consagrados o encomendados al Señor. Quizá se trata sólo de un acto del gran drama descrito en la Biblia: "Porque nuestra lucha no es contra adversarios de carne y de sangre, sino contra los Principados, contra las Potestades, contra los Guías de este mundo de tinieblas. Los Espíritus del Mal que tienen su morada en los aires" (Efe., 6.12).

Según vayamos aprendiendo más acerca del subconsciente colectivo, con sus arquetipos y espíritus, iremos comprendiendo con mayor precisión qué es lo que hace daño a los vivos. Hasta ese momento, deberemos continuar orando y pidiendo que tanto los muertos como los vivos reciban el amor de Jesucristo, así como que, a través de la Eucaristía, podamos descubrir todo lo que favorezca la presencia de espíritus malignos. En el caso de Nancy, a través de la escritura automática de cartas de su abuelo, los espíritus malignos pudieron hacerse con el control hasta que, durante la celebración de la ceremonia de la Eucaristía, Jesús logró llenar el vacío tanto de Nancy como de su abuelo, de manera que los espíritus malignos tuvieron que marcharse aunque no se les ordenara que lo hicieran. El maligno no puede mantener jamás una relación con una persona ya poseída por Jesucristo.

8. "AL SEÑOR EN ORACION"

Mi Dios es un Dios de amor. Y tengo el derecho conquistado por Jesucristo y que me ha sido dado libremente, de encomendarle a través de la oración a cualquier persona viva o muerta, así como cualquier situación o circunstancia que decida. Mi fe me asegura y mi experiencia me convence de que esta curación puede resultar eficaz más allá de "todo lo que pueda pedir o desear". No entiendo ni puedo entender cómo ocurre, pero eso no altera de ninguna manera el hecho de que así es. El ejercicio de nuestro ministerio cristiano no descansa en nuestra interpretación de lo que ocurre, sino en sus evidentes resultados curativos.

Durante una de las fases de mi vida cristiana llegue a pensar que era inútil orar por los muertos, ya que el juicio de Dios se produce inmediatamente después de la muerte. "Y así como está decretado que los hombres mueran una sola vez, después de la cual vendrá el juicio, así también Cristo sólo tuvo que ofrecerse una sola vez para tomar sobre sí los pecados de la multitud y por segunda vez aparecerá..." (Heb. 9.27.28). En esas palabras no se especifica cuándo ocurrirá el Juicio Final, aunque se da a entender que podría producirse coincidiendo con el segundo advenimiento a la Tierra de Jesucristo. El Antiguo Testamento prohíbe consultar a los muertos o ponerse en contacto con ellos mediante la práctica del espiritismo (Deut. 18.11), pero no orar en su nombre. El Antiguo Testamento apenas da respuestas a estas cuestiones. Por su parte, el Nuevo Testamento tampoco nos cuenta nada acerca de los treinta primeros años de la vida de Jesucristo, de cómo fallecieron sus padres terrenales, José y María, o de cómo les lloró y llevó luto por ellos. (Por todo ello, el mismo apóstol San Juan llega a la conclusión de que en la vida de Cristo existen otros muchos aspectos oscuros y que no fueron debidamente registrados (San Juan 21.25).

Nuestro Dios desea tanto salvarnos que envió a su propio Hijo a la muerte para que

nuestros pecados nos fueran perdonados, y 'nos dice que ni tan siquiera la muerte puede desposeernos de su amor (Rom. 8.38,39). Incluso cuando le volvemos la espalda, sigue ofreciéndonos su amor y compasión en todo momento (1 Cor. 13). Podemos ayudarnos unos a otros; ya que, gracias al bautismo, somos todos miembros del cuerpo de Jesucristo. Nuestro bautismo es algo tan poderoso que elimina o hace desaparecer las distinciones entre judío y griego, varón y hembra, amo y siervo, de manera que ante Cristo somos todos iguales. Los primeros cristianos se dieron cuenta de que esa unidad duraba más allá de la muerte y unía a los vivos y a los muertos en la llamada "comuni3n de los santos". Dado que tanto los vivos como los muertos son miembros del cuerpo de Cristo (1 Cor. 15-29), podemos pedir a Cristo que ayude a los muertos a recibir su amor y su perd3n, que les ofrece a trav3s de la Eucaristía.

S3lo comprenderemos la forma exacta en la que Jes3s influye sobre los muertos que le encomendamos cuando nos reunamos con El en el Cielo. Pero sabemos que, cuando oramos por los muertos y 3stos consagran sus vidas a Jesucristo, y deciden cumplir su voluntad, las personas quedan curadas. Podemos elegir entre ser como los fariseos, que dudaban de todo mientras no pudieran explicarlo l3gicamente, o como el ciego que, guiado por la fe y a pesar de no comprender del todo c3mo había ocurrido, confes3: " s3lo s3, que era ciego y ahora veo" (San Juan 9.25). Existe una larga tradici3n cristiana de orar por los muertos. La importancia de amar y perdonar a los muertos mediante las oraciones forma parte de las enseñanzas de muchos de nuestros primeros padres¹ como Tertuliano, Orígenes, Efraín, Cipriano, Ambrosio, San Agustín, Basilio, Gregorio de Nisa, Gregorio de Nacionzo, Gregorio el Grande y Martín Lutero. El 3nfasis que ponen en la necesidad de orar por los muertos para que sean perdonados y para que alcancen una nueva vida recuerda la actitud de los judíos del siglo II antes de Cristo, que alababan a Judas Macabeo por rezar por sus soldados muertos (para que

quedasen redimidos del pecado) pensando en la "resurrección de los muertos".

"El (Judas Macabeo) realizó entonces una colecta entre todos sus soldados, recogiendo en total 2.000 dracmas de plata que envió a Jerusalén para la celebración de un sacrificio expiatorio. Actuó de una manera noble y elevada, pensando en todo momento en la resurrección de los muertos. Pues, si no esperase que los caídos en la batalla volvieran a levantarse, no habría tenido ningún sentido o habría sido totalmente estúpido rezar por ellos. Pero si lo hizo pensando en la espléndida recompensa que espera a los que consiguen descansar en el seno del Señor, su forma de actuar no pudo ser más santa y piadosa. Realizó así un sacrificio por los muertos de manera que pudieran verse libres de sus pecados" (2 Macab. 12. 42-46).

La diligencia que puso en orar por sus soldados, la elevada cifra de dinero donada por todo el ejército y la suposición de que los sacerdotes de Jerusalén aceptarían esa colecta indica que todo eso no tenía nada de innovador sino que se trataba de algo perfectamente aceptado en la vida religiosa judía de la época.

Las tradiciones de la Biblia que se ajustan más al Antiguo Testamento hebreo que al griego (Septuaginto) no contienen en todos los casos este pasaje acerca de Judas Macabeo. No obstante, y en su calidad de iglesia de habla griega, la primitiva iglesia de San Pablo creía que el Septuaginto, incluyendo este pasaje, contenía la palabra de Dios. La iglesia Corintia de San Pablo realizaba una práctica misteriosa, consistente en utilizar las oraciones del bautismo para ayudar a los muertos (1 Cor. 15.29) que el Santo no condena como muestra de herejía, aún cuando en dicha Epístola se muestra dispuesto a condenar tantas y tantas cosas. Menciona casi de pasada la práctica de la iglesia de los Corintios de encomendar a los muertos a Cristo a través de la oración, dándole así su tacita aprobación. San Pablo (o el autor de 2 Tim. 1.18) ora incluso por el fallecido Onesiforo pidiendo que sea perdonado.

Una de las indicaciones más claras y evidentes en el sentido de que orar por los muertos es una práctica perfectamente válida y aceptable procede de Daniel, que le pidió a Dios que le perdonase tanto sus pecados presentes como los de sus antepasados:

"...Estaba orando, confesando mis pecados, los pecados de mi pueblo, Israel..." (Dan. 9.20). El Señor se sintió tan complacido por la oración de Daniel que le envió al arcángel San Gabriel con una respuesta de perdón por los pecados presentes y pasados que había confesado: "Para tu pueblo y tu ciudad santa se decretan setenta veces siete perdones con el fin de acabar con las agresiones y los pecados y de expiar las maldades..."(Dan. 9.24).

En la misma tradición de Daniel, Baruch también reza pidiendo a Yavé que le perdone y no "recuerde las malas acciones de nuestros padres" (Baruch, 3.1-8). Por tanto, en el Antiguo Testamento se era perfectamente consciente de que, mediante las oraciones, podemos pedir y recibir el perdón del Señor para los muertos. La aparente injusticia de que se siguiera castigando "los pecados de los padres" hasta la tercera y cuarta generación no lo es tanto cuando se comprende que Dios está de hecho urgiendo a los vivos a ayudar a sus pecadores padres mediante la oración, pidiendo perdón en su nombre.

El Nuevo Testamento, escrito por los primeros cristianos, constituyó la base de las enseñanzas para los que siguieron a los apóstoles. Sabemos que los más próximos a los acontecimientos relatados en el Nuevo Testamento oraban por sus muertos. Durante las persecuciones decretadas por los emperadores romanos se ocultaban en las catacumbas, donde estaban enterrados sus muertos sobre sus tumbas y tallaban súplicas. Por ejemplo, en la lápida funeraria de una catacumba (que se encuentra actualmente en el Mueso Laterano de Roma) el marido declaraba que mandaba grabar esa inscripción por su amada esposa Lucífera "para que todos los hermanos que la lean puedan rezar por ella y pueda ser

recibida en el seno del Señor". Otras inscripciones de los siglos II y III de nuestra era piden que los muertos gocen de paz y reposo o sean admitidos en "la comunión de los santos". Un especialista² describe cómo las imágenes que acompañaban a dichas inscripciones giraban siempre en torno al mismo tema: "Los fieles rezaron por los muertos, encomendándole a Dios que protegiera sus almas, al igual que protegió a Daniel en la gruta de los leones, a los tres jóvenes condenados a morir en un horno, a Noé en el arca y a Susana contra los dos ancianos. Con la misma intención y para invitar a quienes visitaran esos cementerios subterráneos a orar por los muertos, se solían representar esas figuras bíblicas cerca de los sepulcros: A Daniel y a Noé en el hipogeo de los Flavü ya en el siglo I de nuestra era, y las cuatro figuras juntas a comienzos del siglo II de nuestra era en la llamada Capella Greca".

Así, "ya en el siglo I de nuestra era" los cristianos eran perfectamente conscientes de que tenían la responsabilidad de no abandonar a sus muertos y de continuar ayudándolos a aproximarse a Dios. Celebran la ceremonia de la Eucaristía ante las tumbas de sus mártires y, con motivo de celebraciones y aniversarios, oran por los "muertos menores" enterrados alrededor de Él. Tanto San Juan Crisóstomo³ en Oriente como San Cipriano en Occidente (año 245 d. C.) consideraban que esta práctica emanaba de las enseñanzas de los apóstoles. En la obra *Mass of the Román Rite*⁴ Jungmann reconstruye la evolución de estas ceremonias de Eucaristía y afirma que sus raíces son tan antiguas como la comida en honor de los muertos, o "refrigerium", que se celebraba en tiempos cristianos, o los sacrificios. Las primitivas ceremonias de Eucaristía, como las que se mencionan en las actas Apócrifas de San Juan (año 170 d. C.) se celebraban con frecuencia ante la tumba de una persona muerta, al tercer día después de su enterramiento o un año después, como ocurría con la misa anual celebrada en la ciudad de Esmirna en honor de San Policarpo (año 155 de nuestra era). En el siglo 111 d. C. ya era

habitual orar por los muertos el día de su aniversario.

Según Tertuliano:⁵ "la esposa fiel debería orar por el alma de su marido muerto, especialmente en el aniversario de su fallecimiento. Si no lo hace, es que ha repudiado a su esposo después de muerto y le ha mentado en vida". Tertuliano aconseja a un viudo que no vuelva a contraer matrimonio, ya que se encontraría en la situación de tener que seguir orando por su primera esposa.

Pero el ofrecimiento de esa clase de oraciones no era sólo una práctica privada e individual, sino también colectiva. En el año 337 d. C, murió el Emperador Constantino depositándose su cadáver ante el altar para que los sacerdotes y el pueblo pudieran orar por su alma.⁶ También en ese siglo se seguían celebrando varias ceremonias conmemorativas, sobre todo los días tercero, séptimo, noveno, decimotercero y decimocuarto después del fallecimiento de una persona; doscientos años más tarde, los sacerdotes celebraban la ceremonia de Eucaristía por una persona fallecida no al tercer día sino a lo largo de una serie de días consecutivos que podían oscilar entre 3 y 40. Desgraciadamente, este hábito sagrado se fue deteriorando durante la Edad Media hasta convertirse en una especie de conjuro mágico que prometía resultados seguros mediante la repetición de un determinado número de misas prácticamente sin sentido y dichas a toda prisa. Los reformadores protestantes rechazaron justamente este abuso; pero, junto con esa "magia", estaban rechazando también una tradición cristiana profundamente arraigada.

Jungmann⁷ ha analizado también la historia de los textos eucarísticos que reflejan la preocupación y el interés de los primeros cristianos por orar por sus muertos. Por ejemplo, el llamado Canon de Hipólito (33:1.169), que probablemente refleja lo que se solía hacer en el siglo m de nuestra era, menciona de manera concreta la costumbre de orar por los muertos. La llamada Constitución Apostólica* contiene la fórmula siguiente: "Oremos por nuestros hermanos que reposan en Cristo; que

Dios, quien en su amor hacia los hombres ha recibido en su seno a los ya fallecidos, pueda perdonarles todas sus faltas y pecados; y, dando muestras de su enorme misericordia y clemencia, recibirles en el seno de Abraham junto con aquellos que, en su paso por la Tierra, han complacido a Dios". En el siglo V los cristianos recordaban a los muertos en el *Kyrie* (Señor, ten piedad) especialmente durante los días de la semana. Así, el primer misal de Bobbio (año 700 d. C.) utilizado en los monasterios irlandeses, contenía una oración especial por los muertos. Esta costumbre se mantiene en los ritos de la iglesia católica. En el siglo VIII de nuestra era, y durante la celebración de la ceremonia de Eucaristía, el Canon leído de los Dípticos (esto es, charlas conteniendo escrituras divididas en dos hojas unidas entre sí mediante goznes) contenía los nombres de las más destacadas autoridades civiles y eclesiásticas fallecidas para que todo el mundo pudiera rezar por ellas.

Pero, al margen de los ritos de la Iglesia Católica Romana existía una fuerte tradición de ofrecer oraciones por los muertos. San Juan Crisóstomo⁹ afirmó en cierta ocasión: "Con un sacrificio tan impresionante ofrecido ante el altar, ¿cómo no conseguiremos conmover a Dios con nuestras súplicas a favor de los muertos?" El formulario de oraciones más antiguo de Egipto, el Seration, contiene una oración por los ya fallecidos: "Santifica a todos los que han muerto en el Señor y numéralos entre su santa tropa, dándoles paz y albergue en tu Reino". Así pues, tanto los cristianos de Oriente como los de Occidente, han orado por sus muertos durante siglos y siglos, y continúan haciéndolo.

Los primeros cristianos tanto de Oriente como de Occidente tenían una gran fe en las historias de santos que ayudaban a los muertos con sus oraciones.¹⁰ Uno de esos relatos nos cuenta como, estando encarcelada, Santa Perpetua, que murió en el año 203 d. C, tuvo una visión de su hermano muerto, Denócrates. Parecía encontrarse herido y ser incapaz de beber de una fuente, por lo que Santa

Perpetua comprendió que necesitaba de sus oraciones. Rezó por él todos los días, pidiendo que fuera llevado al cielo, y se vio recompensada por otra visión de su hermano feliz, curado del todo y ya capaz de beber de la fuente eterna.

Esta tradición de ayuda a los muertos de los santos se mantiene actualmente en la Iglesia Católica Romana, que les ha consagrado de manera especial todo el mes de noviembre. El 2 de noviembre celebra el día de Todos los Santos, ofreciendo en su honor oraciones y celebraciones de Eucaristías. Santos tales como Santa Teresa de Ávila, Santa Catalina de Bolonia y el Cura de Ars se vieron honrados por su devoción y rezo por las almas del purgatorio (es decir, el proceso de purificación), y el Concilio de Viena, celebrado en 1858, confirmó su creencia de que los que se encuentran en el purgatorio pueden interceder por los vivos. El Cura de Ars explicó en cierta ocasión: "Debemos orar por ellos al igual que ellos deben orar por nosotros".

La Iglesia Anglicana también celebra el día de Todos los Santos.

Un pastor anglicano me lo explicó con gran sencillez, de la manera siguiente: "Durante siglos la gente ha celebrado funerales, normalmente algunos días después del fallecimiento de una persona. Si podemos orar por una persona tres días después de su muerte, ¿por qué no podemos seguir haciéndolo más tarde?"

Un pastor baptista irlandés conocido mío se mostró contrario a esta teoría. Sin embargo, y con el tiempo, terminó reconociendo que, durante su parto, su madre había dado a luz gemelos, pero que su hermano había nacido muerto, prácticamente aplastado, habiéndosele enterrado sin más, sin ninguna clase de ceremonia. "Quizá fui yo quien lo maté", confesó. "Debemos rezar por él esta noche".

En cierta ocasión, un vicario anglicano me escribió lo siguiente: "Antes sentía grandes reservas acerca de sus ideas de orar por los muertos; pero recientemente he descubierto numerosos párrafos, sobre todo en las Epístolas a los hebreos y a

los efesios y en los escritos de San Juan en los que se nos dice que en el cielo hay muchas zonas distintas. "En la casa de mi Padre hay muchas moradas" (San Juan 14.2). Parece que existe un área en la que muchas almas parecen estar en tránsito hacia el Señor, aprendiendo y siendo corregidas. Esas almas dependen de nuestro ministerio". Pocas semanas más tarde recibí de él una postal en la que aparecía reproducida la siguiente frase de San Juan, 5.25: "... Los muertos escucharán la voz del Hijo de Dios...". Desde entonces, ese vicario ha celebrado la ceremonia de la Eucaristía de Resurrección tanto en el seno de su propia familia como para los demás y ha descubierto que, gracias a ello, ha conseguido numerosas curaciones. En el libro **del doctor Raymond Moody, *Vida después de la vida***^{11/12} se describen las experiencias de pacientes resucitados, mostrándose a favor de la opinión de que después de la muerte debe de haber una especie de período de adaptación, destinado al aprendizaje y la corrección. Algunos de esos pacientes afirman haber contemplado un "Reino de espíritus turbados" en el que los muertos están atrapados e intentan comunicarse con sus parientes vivos en la esperanza de acercarlos al Cielo. Dado que en la eternidad no existe concepto de tiempo, es posible que ésta sea la etapa en la que Jesucristo utiliza las oraciones de los vivos para enseñar a los muertos a amar y ser amado.

Probablemente no tiene mucho sentido intentar averiguar si las oraciones pueden ser o no beneficiosas para los que han cometido pecados tan graves como el suicidio. Pero, aún en el caso de que se hayan visto condenados al infierno y no puedan recibir amor, no tienen nada de malo que los vivos intenten encomendárselos a Jesucristo mediante oraciones, ya que su presencia acaba con todo mal. La iglesia Ortodoxa Griega¹³ cree que si se ora por los que están en el infierno se les da otra oportunidad de elegir y verse salvados gracias a la misericordia y la intercesión de Jesús.

Tras haber escuchado a numerosos pacientes que han estado a punto de

suicidarse, muchos psiquiatras han llegado a la conclusión de que las presiones a las que se someten estas personas son tan grandes que la mayoría se ven empujados a cometer ese acto final e irreversible en lugar de decidir hacerlo libremente. Una analogía parecida es la de un hombre obligado a salir de un edificio en llamas, que se cuelga desesperadamente de una cornisa hasta que la debilidad y la fuerza de gravedad lo empujan a la muerte. Algunos pacientes piensan en la posibilidad del suicidio y hablan de ella sólo porque están siendo poseídos y utilizados por la voz de un antepasado que pasó por ese trauma y cuyo pecado no ha sido todavía expiado. Por tanto, si llegan de hecho a suicidarse, no debe culpárseles sólo a ellos, cabe argumentar que algunas iglesias se equivocan cuando se niegan a permitir que una persona que se ha suicidado sea enterrada en suelo sagrado o a que se digan misas por su alma. No debemos juzgar a los que se suicidan o a los que cometen otros pecados igualmente graves, sino encomendarlos tan sólo a la merced del Señor (Rom., 14.10). Nosotros teóricamente enviamos más personas al infierno de las que enviaría el propio Jesucristo.

Es cada vez mayor el número de anglicanos que reconocen que existe, y que hay necesidad absoluta de una etapa intermedia de purificación entre la muerte y la resurrección. Probablemente, esa fase es la que se describe en San Pedro 3.19-20, cuando dice que Jesucristo "visitó y predicó a los espíritus encarcelados que anteriormente no le habían obedecido". Es decir, que del pecador que ha muerto no queda ya su cuerpo, pero sí su espíritu. Buena parte de éste continúa ligado a la tierra y conserva sus apetitos y deseos; no está del todo libre en el mundo espiritual. A ese lugar los espíritus perturbados llevan todas sus batallas o disputas terrenales sin resolver. No saben cómo escapar de ellas. Quizá están apelando a los vivos, pero éstos no los escuchan, no los comprenden o se limitan a considerar sus intentos de comunicarse con ellos como muestras de enfermedad.

Somos conscientes de la existencia de "hechizos" o "encantamientos" en algunos lugares y somos capaces de reconocer la "posesión del maligno" en algunas personas, reconociendo también la influencia de los antepasados en determinadas muestras de comportamiento. En Pedro 4.6 se repite esa misma idea, pero utilizándose en el original griego una expresión más reveladora: "Fue a evangelizar a los muertos", por lo que podemos dar por sentado que lo que cabría esperar es que se produjera en ellos un cambio.

C. E. B. Cranfield,¹⁴ especialista en la Biblia, comenta: "... que el intervalo (entre la muerte y la resurrección) no carece de significado, y en él Jesucristo despliega una gran actividad como Salvador del Mundo, siendo tal el alcance de su actividad redentora que no nos atrevemos a fijarle límites". Dado que esas almas atormentadas son incapaces de liberarse a sí mismas, sobre todo si se limitaron a elegir o no conocían el camino de Dios cuando estaban en la Tierra, está claro que alguien debe mediar por ellas. Un grupo de teólogos anglicanos que presentó un informe a "La Comisión Arzobispal para la Doctrina Cristiana"¹⁵ describió cómo los vivos pueden utilizar las oraciones para los muertos, sobre todo por mediación de Jesucristo, así como que, durante el estado de purificación pueden experimentar "una profundización de su carácter y una mayor maduración de su personalidad". Cuando por fin están listos para recibir un amor total, y para adaptarse a la imagen de Jesucristo, podrán alcanzar la eterna "visión beatífica".

Durante los últimos años he asistido a numerosos agonizantes en su lecho de muerte. Muchos han expirado en medio de la desesperación y el miedo, pero otros lo han hecho en un estado de ánimo, de paz y tranquilidad, viendo algo claramente interesante y alegre en la aventura que estaba a punto de embarcarse. Un hombre de setenta y ocho años que había sido sordomudo toda su vida, se incorporó de repente en su lecho de muerte, con una gran sonrisa en la cara que irradiaba felicidad, levantó los dos brazos y con su último suspiro gritó: "Padre". Tres días

antes de que muriera mi padre, me contó que se le había aparecido una gran multitud de amigos para decirle que volverían a recogerle a una hora determinada. Esa visión le causó un gran placer y, de hecho, expiró en el momento en que sonaba la hora que se le había anunciado. Nuestra tristeza se transformó en alegría, y no sentimos necesidad de derramar lágrima alguna por él. En cambio, dimos gracias a Dios por la vida tan plena que mi padre había llevado durante su paso por la Tierra, por el tiempo que había trabajado como cirujano, por los treinta años que había consagrado a la creación y consolidación de una literatura médica y científica en idioma chino, y supimos que, en algún lugar, seguía llevando una vida activa y feliz, al servicio de Dios.

Creo que, según el estado de gracia que hayamos alcanzado, los vivos tenemos cierta responsabilidad y gozamos de cierta autoridad sobre los que durante su paso por la Tierra no quisieron o no supieron seguir los caminos trazados por el Señor y carecen por tanto de libre albedrío, así como que podemos pedir el perdón de sus pecados, sus defectos y su ignorancia, de manera que se les pueda revelar ya el camino o vía que tienen que seguir para llegar hasta Dios.

No obstante, no se nos permite establecer contacto directo con ellos. Lo único que se nos dice es que eso iría contra las leyes de Dios. No estamos autorizados a *rezar a los muertos*; lo que se nos pide es que oremos *por* ellos. Debemos actuar por así decirlo en tercera persona y limitarnos a encomendárselos al Señor para que se haga cargo de ellos. Los intentos de aferrarse a los que nos han abandonado o de hacerles volver a la vida son una muestra de gran egoísmo y crueldad. Lo que anhelan no es verse nuevamente ligados a las cosas o personas de este mundo, sino todo lo contrario: su liberación.

APENDICE

9. TRES ORACIONES

1. La Eucaristía de la resurrección

Oremos-

Padre Nuestro que estás en los Cielos, nos inclinamos en tu presencia y te damos las gracias por ofrecernos a tu único Hijo.

Sabemos que Tú, nuestro Señor Jesucristo, has resucitado de entre los muertos. Que estás vivo y entre nosotros. Así pues, pídele a tus ángeles que reúnan a todos nuestros muertos que parecen estar perdidos, especialmente _____ y a otros muchos a los que Tú conoces pero que hemos omitido. Llévalos hasta donde puedan ver tu cuerpo maltratado, curado y resucitado, de manera que puedan resucitar ellos también. Permíteles recibir tu sagrada Sangre, como muestra del perdón completo de sus pecados.

Combate y expulsa a Satanás y a sus huestes al lugar que les corresponde.

Permite que el Cuerpo y la Sangre de nuestro Señor curen todas las heridas y tormentos inflingidos por Satanás y sus huestes tanto a los vivos como a los muertos.

Padre, acudimos a Ti como niños inseguros y tambaleantes que o comprenden ni saben cómo suplicar. Envía a tu Espíritu Santo ara que interceda por nosotros.

Por nuestro Señor Jesucristo. Amén.

2. Ceremonia de la Comunión

El Padrenuestro.

Rito del Perdón.

Nosotros y los ya fallecidos hemos pecado contra Ti.

Todos: Señor, ten piedad.

Nosotros y los ya fallecidos no hemos sabido perdonarnos los unos a los otros.

Todos: Señor, ten piedad.

Nosotros y los ya fallecidos no hemos sabido rogarte con fe y esperanza.

Todos: Señor, ten piedad.

Nosotros y los ya fallecidos no hemos sabido perdonar a nuestros antepasados hasta remontarnos a nuestros primeros padres, Adán y Eva.

Todos: Señor, ten piedad.

Oración para ser pronunciada reunidos en congregación (se puede utilizar una o más de las que reproducimos a continuación)

Señor Eterno y Todopoderoso, que tienes poder tanto sobre los vivos como sobre los muertos, te rogamos humildemente por tu siervo o siervos _____, para que puedan alcanzar el perdón de todos sus pecados: que tu Hijo Jesucristo, Nuestro Señor, junto a Ti y al Espíritu Santo, viva y reine, ¡ Oh Señor!, por los siglos de los siglos. Amén.

Oh! Señor, concede el reposo al alma de tu siervo _____, para que pueda descansar en un lugar en el que no haya dolor, penas o suspiros, sino la vida eterna. Amén.

Oh! Señor, concede a tu siervo que descansa entre los justos y viva en tu Reino, como está escrito. Dado que eres misericordioso, Oh Señor, perdónale todos sus pecados y todas las agresiones que haya podido cometer de pensamiento, palabra y obra sabiéndolo o sin saberlo, pues amas a todo el género humano, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

Oh! Salvador, Tú eres Dios. Descendiste a los infiernos para liberar a los que

estaban encadenados en el sufrimiento; concédeles también el reposo a las almas de tus siervos fallecidos. Gloria al Padre al Hijo y al Espíritu Santo, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

Lecturas (elija una u otra)

Isaías 25.6-9 —Secaros todas las lágrimas.

2 Macabeos 12.38-9 —Se debe orar por los muertos. Rom. 6.3-9 —Si morimos con Cristo, viviremos con El.

1 Cor. 15.51-57 —Muerte, ¿dónde está tu victoria?

1 San Juan 3.1-2 —Seremos todos como Dios.

Mateo 27.51-54 —Los Santos liberados.

Lucas 8.49-56 —Jairo

Juan 6.35-40 - Elevado hasta M í Juan 14.1-6 —Numerosas mansiones

Lucas 18.15-17 —Jesús y los niños

Juan 6.51-58 —El pan de la vida Juan 11.39-44 -Lázaro

Oración de ofrecimiento del pan y el vino

(Después del Evangelio, se colocan el pan y el vino sobre el altar junto con los nombres que deseamos sean recordados)

Oración de consagración

Comunión

Yo soy la resurrección y la vida; el que crea en Mí, vivirá aunque haya muerto, y el que viva y crea en Mí no morirá nunca.

Oración para después de la comunión (elijase una u otra)

Te damos las gracias nuestro Dios y Señor por la alegría de este banquete celestial y te rogamos que el sacramento de tu Cuerpo y Sangre no se convierta en nuestra condenación, sino que represente para nosotros y para los ya fallecidos, especialmente _____, la purificación de los pecados, el reforzamiento de las debilidades y nuestra defensa más fuerte contra toda adversidad; merced a Ti, oh! Salvador del mundo, que vives y reinas con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

Esperando con impaciencia nuestra propia resurrección, celebramos también la futura transfiguración de todo lo creado en armonía y belleza. Señor, has creado el mundo para la alegría y arrancas las almas de la sima profunda del pecado para elevarlas a la santidad. Concede a los muertos una nueva vida en la luz inmutable del Cordero de Dios, para que podamos celebrar con ellos la vida eterna. Amén.

(De oraciones de un obispo ruso.)

Recuerda a tu siervo, oh! Señor, concediéndole el favor de formar parte de tu pueblo, y aumentando su conocimiento y amor hacia Tí, para que pueda lograr mayor fortaleza y alcanzar la plenitud de la alegría en tu reino celestial; por nuestro Señor Jesucristo que vive y reina Contigo y el Espíritu Santo ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén. (De la Iglesia Episcopaliana de Escocia.)

Bendición

Que Dios Todopoderoso continúe sanándote para que puedas gozar más de su amor hacia los vivos y los muertos.

Pedimos esta bendición en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Todos: Amén.

3. Bendición de un hogar

Oficiante: Nuestra ayuda es en el nombre del Señor.

Todos: Que creó el cielo y la tierra.

O: Que el Señor sea contigo.

Todos: Que sea también contigo.

Oremos.

Dios Todopoderoso, te imploramos fervientemente por el bien de este hogar, sus ocupantes y posesiones, que bendigas a _____ y santifiques a _____ enriqueciéndolos con tu bondad en todas las formas posibles. Vierte sobre ellos Señor, tus dones, así como una gran abundancia de bienes materiales. Escucha con compasión sus oraciones y haz que sus deseos

sean cumplidos. Por nuestra humilde intercesión, dignate bendecir _____ y santificar _____ este hogar, como te dignaste bendecir el hogar de Abraham, Isaac y Jacob. Que tus ángeles de luz presidan en estos muros y cuiden de quienes viven entre ellos; por nuestro Señor Jesucristo.

Todos: Amén.

Luego se rocía la puerta de entrada con agua bendita.

(Bendición extraída del libro *The Román Ritual* de Phillip We-ler, Milwaukee, Bruce Publishing Company, 1964, o de *Exorcism* e Dom Robert Petitpierre, S.P.C.K. Londres, 1972).

NOTAS

Capítulo 2

1. P. M. Yap "El síndrome de posesión", *Journal of Mental Science*, 106, 1960. Capítulo 3
1. La hija de Santa Isabel, Constanza, quedó libre de verdad después de que se dijeran 365 misas por ella. Constanza se le había aparecido y le había dicho que estaba encadenada, pero que sería liberada si todos los días del año se celebraba una Eucaristía por ella. Más adelante, Constanza se apareció vestida con una brillante túnica blanca. "Hoy" le dijo a su madre Santa Isabel, "he quedado libre de las penas del purgatorio". Santa Isabel se apresuró a darle la buena noticia al sacerdote Méndez. Este le aseguró que el día anterior había acabado de decir las 365 misas por la reina Constanza. Santo Tomás de Aquino también necesitó muchas misas antes de ver a su hermana liberada de los sufrimientos y el cielo. Sin embargo, y conociendo la curiosidad y la capacidad inquisitiva de su hermano, su hermana se detuvo para contarle varias cosas. Le dijo por ejemplo que su hermano Landolfo estaba todavía en el purgatorio, que su hermano el Emperador Federico estaba en el cielo y que a él le aguardaba un lugar magnífico. Santo Tomás de Aquino murió poco tiempo después de recibir estas noticias de su hermana. Aunque Santa Isabel y Santo Tomás tuvieron que ofrecer más de una misa, Santa Teresa de Jesús sabía que su benefactor, el Conde de Medina del Campo, quedaría liberado y podría ir al cielo tan pronto como pudiera mandar decir una misa por él en el nuevo convento que estaban construyendo. En esa primera misa, y mientras acudía a comulgar, Santa Teresa vio al Conde de Medina del Campo (con las manos juntas y un aspecto radiante, dándole las gracias por haberle librado del purgatorio". (Keppler, *op. cit.* 158, 271, 179).

Capítulo 5

1. La correlación entre el estrés o tensión de la madre durante el embarazo y las deformaciones congénitas han quedado debidamente demostrada por D. H. Stott y Sandra Latchford en "Antecedentes prenatales a la salud, desarrollo y comportamiento del niño", *J. Am. Academy of Child Psychiatry*, 15, 161-191, 1976.
2. Diez años antes David Spelt había demostrado ya que durante los últimos dos meses de embarazo se puede hacer que el feto humano responda a los ruidos altos. Véase David Spelt "Acondicionamiento del feto humano en el útero", *J. Experimental Psychology*, 38, 338-346, 1948.
3. Publicado en un artículo aparecido en el *Chicago Tribune* y titulado "Los embriones son capaces de recordar", 1 de noviembre de 1978.

4. Conrad Baars, MD, *Feeling and Healing Your Emotions*, (Plainfield, Logos, 1979) 82-84.
5. John Fitzherbert "La fuente de las instituciones humanas de inmortalidad", *British Journal of Psychiatry*, 110—, 1964.

Capítulo 6

1. Kurt Koch, *Christian Counseling and Occultism* (Grand Rapids, 1972: Kregel), 189. Capítulo 7

1. La meditación trascendental (MT) es peligrosa para los cristianos ya que implica una iniciación a través de la ceremonia hindú conocida con el nombre de "puja" y de "mantras" a través de los cuales se invoca frecuentemente habilidades hindúes. El Tribunal Supremo de Estados Unidos declaró que el carácter religioso hindú de la MT no podía apoyarse con fondos públicos.

2. Sobre cómo orar para alcanzar la curación interior, véase la obra de Ruth Stapleton *The Gift of Inner Healing* (Waco, Texas: Word, 1976).

Dennis y Matthew Linn, *Healing Life's Hurts* (Nueva York: Paulist, 1978).

3. Pat Brooks, *Using Your Spiritual Authority* (Monroeville PA: Banner, 1973), 85

4. Kurt Koch, *Occult Bondage and Deliverance* (Grand Rapids: Kregel, 1970), 100.

5. Kurt Koch, *Christian Counseling and Occultism* (Grand Rapids: Kregel, 1972), 307.

6. Para un estudio sumamente conciso pero muy bien realizado sobre el tema de las oraciones para la liberación, véase el libro de Francis McNutt, *Healing* (Notre Dame: Ave María, 1974), 208-231. En la obra de John Richards, *But Deliver Us From Evil*, puede encontrarse un estudio más amplio.

7. Para cómo orar para alcanzar la curación interior de las heridas y traumas, véase, Dobson, Theodore, *Inner Healing: God's Great Assurance* (N. Y.: Paulist, 1978) Linn, Matthew & Dennis, *Healing of Memories* (N. Y.: Paulist, 1974), *Healing Life's Hurts* (N. Y.: 1978).

Sanford, Agnes, Las dotes curativas del espíritu (Arthur James Ltd.)

Stapleton, Ruth, *Gift of Inner Healing* (N. Y.: Bantam, 1977) *The Experience of Inner Healing* (Waco: Word, 1977).

Tapscott, Betty, *Inner Healing Through Healing of Memories* (Houston: Box 19827, 1975).

8. Tras haber hecho frente a cientos y cientos de casos relacionados con el ocultismo, el doctor Kurt Koch recomienda también la celebración de la ceremonia de Eucaristía para verse libre de esa clase de fenómenos.

"En la conmemoración de la Última Cena de Nuestro Señor, la persona liberada del sometimiento al ocultismo tiene la posibilidad de participar en ese ágape cristiano. La persona liberada experimenta

mediante signos visibles su comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo, su incorporación a la Iglesia de Cristo, su pertenencia al Reino de Cristo y, así, consigue ver reforzada su resistencia espiritual contra las influencias y ataques demoníacos... Recomendando por tanto que una persona que se haya visto liberada de su sometimiento al ocultismo asista frecuentemente a la celebración de la ceremonia de la Eucaristía. De pasada me atrevería a sugerir que las distintas iglesias hicieran que este sacramento resultara más fácilmente alcanzable de lo que ha sido hasta ahora". (Koch, op. cit., 332).

Capítulo 8

1. Los primitivos patriarcas entendieron que la primera Epístola a los Corintios, 3:11-15 se refería a un estado intermedio de purificación. En su obra *De Purg.* 1,5 Robert Bellarmine cita distintos párrafos de San Ambrosio, San Agustín, San Jerónimo, San Gregorio y Orígenes.
2. Wilpert, *Die Malereien der Katakomben Roms*, p. 334, citado en la obra de Keppler, P. W. *Poor Souls in Purgatory*, St. Louis: Herder, 1972, 27.
3. San Juan Crisóstomo, *Ad Cor.*, Hom. XLI, n. 4, P. G., LXI, col. 361, 362. Cyprian Ep. 1,2 CSEL III, 4666f.
4. Joseph Jungmann, *Mass of the Roman Rite* (N. Y.: Benziger Bros. 1959), 441-3.
5. Tertullian, *De Monog*, 10:4; *Corp Christ.* 2:1043 y 2:1243.
6. Eusebio, *Life of Constantine* 4:71; GCS 7:147.
7. Jungmann, op. ct., 443.
8. *Apostolic Constitution*, P.G. I, Col. 1144.
9. John Chrysostomo, Hom 3 en *Ep ad Phil.*, n. 4.
10. Butler, *Lives of the Saints* (Nueva York: Kennedy, 1956) I, 495
11. Raymond Moody, *Vida después de la vida* (Madrid, EDAF, 1982), 18-22.
12. Raymond Moody, *Reflexiones sobre vida después de la vida* (Madrid, EDAF, 1981), 18-22.
13. Serge Buigakov, *The Orthodox Church* (Londres: Centenary, 1935), 208-9.
14. C. E. B. Cranfield, *The First Epistle of Peter* (Londres: SCM).
15. *Prayer and the Departed*, Comisión Arzobispal para la Doctrina Cristiana (Londres: SPCK, 1971, 20). Muy pocas personas consideran que, en el momento de su muerte, estarán lo suficientemente maduras para la visión directa de Dios o para su presencia inmediata; tampoco se pueden dar por sentado que los arraigados hábitos del pecado puedan erradicarse de inmediato. A mucha gente le parece increíble y casi lindando con la magia que cualquier cristiano, incluso el más fiel y devoto,

alcance la perfección inmediata en el momento de la muerte. Si se desea respetar la naturaleza humana, el libre albedrío y la continuidad de la personalidad individual más allá de los confines de la muerte, parece poco probable que la transformación de un pecador, aún en el caso de que se trate de una persona deseosa de alcanzar la visión divina, no puede ser en ningún caso un proceso inmediato. En definitiva, y dado que la felicidad que se ha conocido en esta vida habrá sido sólo temporal, y una situación temporal (al menos como la conocemos aquí sobre la Tierra) constituye un contexto para la acción y un proceso de perfeccionamiento. ¿Cómo se puede imaginar un estado después de la muerte en el que características temporales tales como alegría y felicidad no experimenten desarrollo o evolución alguna? Todas estas consideraciones inclinan a numerosos cristianos a pensar que, aún después de la muerte, puede seguir uno evolucionando o perfeccionándose; si es así, las oraciones de intercesión son no sólo válidas sino incluso necesarias. Se nos podría prohibir interceder por ellas sólo si la situación en la que se encuentran las personas por las que oramos fuese inalterable y estática. Las oraciones en favor de la evolución o perfeccionamiento de las personas ya fallecidas no implican ninguna duda por nuestra parte sobre el resultado de su "peregrinación", como si se les pudiera asegurar la salvación en el momento de la muerte y perder luego su camino. Puede tratarse más bien de oraciones en favor de una profundización de su carácter y de una mayor madurez de su personalidad. Las oraciones en petición de paz e iluminación no implican tampoco ausencia de esas dos cosas. Siempre podemos rezar pidiendo una mejora (e incluso una continuación) de lo que ya están disfrutando las personas por las que oramos.